

77 25  
Abril 14/1872  
Nº 1511.

BIBLIOTECA ECONÓMICA  
DEL MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

# DIRECCION MORAL

PARA LOS MAESTROS,

POR

TH. H. BARRAU.

OBRA PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA  
Y AUTORIZADA POR EL CONSEJO DE INSTRUCCION PÚBLICA.

TRADUCIDA DEL FRANEÉS, DE LA SEXTA EDICION,  
Y ACOMODADA Á LA LEGISLACION ESPAÑOLA SOBRE PRIMERA  
ENSEÑANZA,

POR

D. CÁRLOS YEVES,

Caballero de la Real órden americana de Isabel la Católica, Inspector provincial de primera enseñanza que ha sido de Cuenca y Búrgos, Director de la Escuela Normal superior de Tarragona, y actual Catedrático de Matemáticas en la Escuela de Bellas Artes de Madrid.

2.<sup>a</sup> Edicion.

BARCELONA,  
LIBRERIA DE JUAN BASTINOS É HIJO, EDITORES.  
1870.

1907  
DIRECCION DE PRIMERA ENSEÑANZA

# DIRECCION MORAL

CADA UNO MAESTROS



1907

El presente libro es el resultado de un estudio detenido y exhaustivo de los problemas morales que se plantean en la escuela primaria, y que constituyen el fundamento de la educación del niño. El autor, con su experiencia y su conocimiento de la realidad escolar, ha tratado de exponer de una manera clara y sencilla los principios que deben regir la conducta del maestro y del alumno, y de indicar los medios más adecuados para su aplicación en el aula.

1907

Este libro es el resultado de un estudio detenido y exhaustivo de los problemas morales que se plantean en la escuela primaria, y que constituyen el fundamento de la educación del niño. El autor, con su experiencia y su conocimiento de la realidad escolar, ha tratado de exponer de una manera clara y sencilla los principios que deben regir la conducta del maestro y del alumno, y de indicar los medios más adecuados para su aplicación en el aula.

2.ª Edición

1907

647-9624

DIRECCION MORAL

PARA LOS MAESTROS

TE. H. GARCIA.

BIBLIOTECA ECONOMICA

DEL MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

5426

BIBLIOTECA ECONOMICA  
DEL MAESTRO DE PRIMERA ENSEÑANZA.

---

# DIRECCION MORAL PARA LOS MAESTROS

POR

THE. H. BARRAU.

Obra premiada por la Academia francesa y autorizada por el  
Consejo de Instruccion pública.

TRADUCIDA DEL FRANCÉS, DE LA SEXTA EDICION, Y ACOMODADA Á LA  
LEGISLACION ESPAÑOLA SOBRE PRIMERA ENSEÑANZA,

POR

---

D. CÁRLOS YEVES,

---

Caballero de la Real órden americana de Isabel la Católica, Inspector provincial de primera enseñanza que ha sido de Cuenca y Búrgos y actual Director de la Escuela Normal superior de Tarragona.

---

2.<sup>a</sup> edicion.

---

BARCELONA.

LIBRERÍA DE JUAN BASTINOS É HIJO: EDITORES.

1864.

DIRECCION MORAL

PARA LOS MAESTROS

POR

DR. E. SARRAU.

Tras de haber sido examinada por la Academia de Ciencias y Letras y el Consejo de Instrucción Pública.

INSTITUTO DE ESTUDIOS DE LA ENSEÑANZA PRIMARIA Y SECUNDARIA DE LA REPUBLICA ARGENTINA

POR

---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

---

El autor de esta obra se reserva todos los derechos de propiedad intelectual que le corresponden en virtud de las leyes de España y de los países de América y de Europa.

---

2.ª edición.

---

LIBRERIA DE JUAN BASTINOS E HIJO EDITORES

Barcelona.—Imp de Jaime Jépus, Petritxol, 14, principal.—1864.

## PARTE PRIMERA.

### EL MAESTRO.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### VOCACION.

---

Quereis, Anatolio, ser maestro. Yo aplaudo semejante decision, que puede ser adoptada por muchos jóvenes pero que sólo en un buen corazon puede arraigarse. Debo, no obstante, aconsejaros, que no os apresureis para poner en ejecucion semejante pensamiento; sino que reflexionéis atentamente sobre él, respondiéndole á estas primeras preguntas que os dirijo:

Habéis examinado seriamente la profesion que quereis abrazar? Sabeis cuáles son sus dificultades, sus obligaciones, sus peligros? Teneis una justa idea de los sacrificios que impone? En una palabra, ¿la conocéis?

Y si la conocéis, ¿habéis penetrado en el fondo de vuestro mismo corazon? Habéis examinado si se conforman vuestras inclinaciones con los deberes á que esta profesion ha de obligaros? Os sentís capaz de adquirir los conocimientos y de practicar las virtudes que ella exige? En una palabra, teneis verdadera vocacion?

Y cuidad: no confundais una seria vocacion con un

vano deseo, por ardiente que este pueda ser. Si las ventajas propias del magisterio, como el ejercicio de un trabajo ménos penoso que aquel á que se dedica vuestra familia, ó la consideracion de los favores y de los derechos cuyo goce lleva consigo, es lo que principalmente os ha determinado á elegirla, temo mucho que os arrepintais un dia, y temo sobre todo que vuestro error sea aun mas funesto para otros que para vos mismo.

Porque no sois el único interesado en la determinacion que vais á tomar; sino que ha de ser ésta, para un gran número de familias, un manantial de bienes ó de males.

No sucede lo mismo cuando se trata de las demás carreras.

Si os haceis labrador, artesano, militar, sin tener las cualidades necesarias para vuestra profesion, será sin duda una desgracia, pero desgracia que sólo vos y vuestra familia sufriréis. Porque el labrador negligente, el artesano inhábil, el militar indisciplinado, reciben por las circunstancias ó por los hombres lecciones rudas y frecuentes, que contribuyen á corregirlos; y si no se corrigen, las desgracias que infaliblemente les sobrevienen son para los otros una enseñanza útil. De este modo, sus faltas no son perjudiciales más que á ellos mismos, y la instruccion que resulta de estas mismas faltas aprovecha á todo el mundo.

No se puede decir otro tanto del maestro: es imposible que sea malo, ó mediano sólo, sin que comprometa la educacion de los niños que se le confian. Si, á fin de castigarle por haber cumplido mal los deberes de su profesion, se le priva de ejercerla, el daño que haya causado en virtud de su negligencia ó de sus malos ejemplos, no por ello dejará de subsistir. Los niños habrán perdido años preciosos, cuya pérdida no tiene compensacion; ó bien, lo que es mayor desgracia todavía, habrán recibido en una edad tierna fatales impresiones, impresiones que luego acaso será imposible borrar.

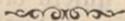
Habeis, pues, Anatolio, de sondear, con una especie de miedo vuestras disposiciones ántes de consagraros á un cargo formidable, de que Dios y los hombres os han de pedir una severa cuenta.

Este cargo exige cualidades bastante raras, y, por decirlo así, dones particulares del cielo; no sólo bajo el aspecto de la capacidad intelectual, pues una inteligencia mediana y una memoria comun son suficientes para adquirir todos los conocimientos necesarios al maestro más hábil, sino bajo el concepto de las disposiciones morales.

La existencia del maestro no se parece á la de los otros hombres. Debe mezclarse con la multitud, y vivir como en la soledad. Su profesion, sin tener la santidad del sacerdocio, debe reproducir su austeridad. Los hombres más indulgentes son para el maestro de una severidad inflexible. La participacion de éste en la mayor parte de placeres que ellos se permiten les parece vituperable. Mil distracciones, permitidas á todos, no lo son al maestro. Para él, en fin, es la ley exigente, y la opinion pública más exigente todavía que la ley.

Esta verdad se verá desarrollada en el curso de la presente obra.

Anatolio! si todas estas obligaciones os parecen dulces; si á todos los vanos goces preferís el noble placer de reinar sobre los corazones por la instruccion y por los beneficios; si encontrais en la dicha de una conciencia satisfecha la indemnizacion de todo aquello que os prohíbe Dios y por el mundo se os rehusa; si os sentís animado de un santo fervor por esa vida inocente, que se pasa entera en dispensar el bien, no vacileis más: es sincera vuestra vocacion, seguro vuestro buen éxito.



## CAPÍTULO II.

### PREPARACION.

---

Para llenar funciones tan espinosas como las del magisterio, no basta la vocacion: es preciso que se prepare el aspirante por medio de estudios especiales. La preparacion es una segunda vocacion, y aún muchas veces la pone de manifiesto en aquellas almas que tienen encubierto en su seno el germen de ésta.

Cosa, sin embargo, que parece no ser comprendida por la mayor parte de jóvenes que se dedican a la primera enseñanza. Reconocen que es indispensable para todos los oficios una especie de noviciado; que un obrero, por ejemplo, no sabria trabajar en hierro ó en madera, sin un aprendizaje largo y penoso; mas se les figura tan fácil el arte de cultivar las jóvenes inteligencias, que creen posible ejercerle, y ventajosamente, sin necesidad de haberle aprendido. Un joven, lleno de orgullo porque ha obtenido su título, se lanza á una escuela donde todo es nuevo para él, y se cree capaz de dirigirlo obteniendo buenos resultados: estudiante ayer, maestro hoy. Mas ¿qué prueba el título concedido á sus esfuerzos? Qué ha tenido acierto como discípulo. ¿Continuará teniéndole como maestro? ¿No va á alistarse en una nueva carrera, diversa en todo de la antigua, y espinosa bajo aspecto muy distinto?

Sabe perfectamente, quiero creerlo así, cuánto debe enseñar, y aún sabe más todavía. ¿Puede inferirse de esto que es capaz de instruir? Sin duda que no. No es el maestro más capaz quien posee más conocimientos, sino

el que mejor sabe transmitir á los niños aquellos que necesitan.

El mismo talento de enseñar, que sería suficiente para un preceptor encargado de un sólo niño, no es la más importante de las cualidades que se exigen á un maestro público. Este mismo talento le sería casi inútil, si no añadiera á él uno más raro todavía, el de educar á los niños; es decir, el de dominar su voluntad y dirigirla al bien.

Maestros hay dotados de distinguida comprension, á quienes engañan los discípulos más vulgares; se ven hombres de valor á prueba, antiguos militares, que ensayan inútilmente toda especie de medios para disciplinar la caprichosa ligereza de los niños, y maestros de conocimientos, puestos en irrision por la indócil ignorancia que se rie de sus esfuerzos. Y es que nada hay suficiente para suplir el talento de guiar la infancia, talento cuyo gérmen es debido á la naturaleza, pero que no puede ser desarrollado sino por la experiencia y la meditacion.

No ha de creerse que esta preparacion tan necesaria sea muy difícil: las funciones de maestro de primera enseñanza exigen de quien ha de ejercerlas facultades preciosas, pero sencillas, que la divina Providencia ha puesto á disposicion de los que en adquirirlas trabajen seriamente.

Sin embargo, las dificultades de esta profesion han aumentado de algunos años á esta parte, haciéndose por consecuencia más necesaria que nunca una formal preparacion.

Hace aún poco tiempo, no se concedia á los maestros toda la consideracion que les es debida. Y ahora, por un exceso no ménos vituperable, hay algunas personas que los lisonjean; y otras que tratan de extraviarlos inspi-rándoles una idea exagerada de su importancia.

Vos sabréis, Anatolio, manteneros en un justo medio

entre estos dos extremos. Así como no aceptaréis la condicion ínfima á que quiere relegaros una preocupacion que desaparece de día en día, rechazaréis el grosero incienso con que se trate de embriagaros. Procuraréis ser un buen maestro de escuela: léjos de avergonzaros por esta humilde denominacion, os tendreis por dichoso en merecerla, mostrándoos siempre razonable y modesto.

Pero el orgullo inspirado á algunos de vuestros compañeros ha producido amargos frutos, existiendo contra ellos prevenciones, á causa de las cuales tendréis tal vez que sufrir algo. Se aprovecha con gusto cuantas ocasiones se ofrecen á propósito para humillar á los soberbios; existe desconfianza respecto á cuantos abrigan pretensiones; se consideran como crímenes sus más ligeras faltas. Por extraño que seais á las causas que han producido esta irritacion general, necesitaréis habilidad y cuidado para ponerlos al abrigo de ella.

No creais tampoco encontrar en los niños la respetuosa docilidad que tan fácil hacia en otro tiempo sostener la disciplina en las escuelas; pues ha llegado hasta ellos el contagio de ese espíritu general de independenciam, que reina hoy dia entre nosotros, volviéndolos ménos sensibles á los buenos tratamientos, ménos susceptibles de temor, ménos bien educados en el seno de las familias.

Manifiéstase en éstas un espíritu de exigencia y aún de malestar que no existia otras veces. Se ha hecho más irritante el amor propio y la vanidad más envidiosa.

Se trata de excusar las faltas de los niños: se da oído á sus injustas quejas; se toma su partido contra una severidad que debiera secundarse y bendecirse.

Desde que el principio de eleccion se ha generalizado y fortalecido, se figura cada elector municipal que tiene una especie de derecho sobre la escuela y sobre quien la dirige. El maestro se halla obligado á considerar una porcion de cosas y atender á multitud de intereses: es preciso que haga resistencia á cuantas tentativas se pon-

gan en juego para dominarle, sabiendo conservar, á pesar de ello, el favor de las personas cuya influencia no acepte. No le es posible el acierto, sin una sabiduría de conducta que le era ántes mucho ménos necesaria.

¿No sería, pues, una grande imprudencia aventurarse en carrera tan espinosa sin estar convenientemente preparado ?

### CAPÍTULO III.

#### VENTAJAS DE LAS ESCUELAS NORMALES.

Podeis comprender por las reflexiones precedentes cuánta es la utilidad de las Escuelas normales, establecimientos destinados á preparar á los jóvenes que aspiran á las funciones del magisterio.

No quiero decir que para llegar á ser un maestro hábil y virtuoso, sea indispensablemente necesaria la asistencia á estos establecimientos. Un jóven que esté dotado de buena disposicion, de ardor para el trabajo y de docilidad para los buenos consejos, puede conseguirlo sin el auxilio de la Escuela normal; pero encontraría para ello muchos más obstáculos, y le sería mucho más difícil obtener buen éxito. Nuestra legislacion, por otra parte, hace obligatoria la asistencia á una Escuela normal para obtener el titulo de maestro de primera enseñanza.

Los estudios en las Escuelas normales son sin comparacion más sólidos que los que podrian hacerse fuera de ellos, y el trabajo es más inteligente y efectuado con más continuacion. Pero lo que constituye su mayor mérito es la circunstancia de que se desarrollan continuamente en el discípulo las cualidades necesarias para ejercer el ma-

gisterio, sin que él mismo siquiera se aperciba, por una multitud de medios ingeniosos empleados por el celo de aquellos que le dirigen. No trabajando el alumno sino para adquirir conocimientos, se forma en el arte de transmitirlos, y, lo que es de más valor aún, consiguiendo habilidad en su profesión, se hace digno de ejercerla.

Será una gran dicha para vos, Anatolio, el llegar á ser admitido en uno de estos estudiosos asilos.

El alma adquiere en ellos una admirable flexibilidad, una energía maravillosa, efecto de hallarse sometidas todas las voluntades á la ley de una severa disciplina. Vos, Anatolio, no podeis formaros una idea de lo que esta disciplina es. Las escuelas de niños mejor organizadas, no ofrecen nada que se le asemeje. Ni en la misma rigidez inflexible por que los militares se gobiernan encontraréis una imágen suya; pues la disciplina militar no ejerce imperio sino sobre los actos exteriores del soldado, dejando libre vuelo á su voluntad en cuanto al servicio no interese. Pero en un colegio, en un seminario, en una Escuela normal, hasta el mismo pensamiento se encuentra disciplinado bajo el imperio de una razon severa, y todos los movimientos del alma, así como todos los actos exteriores, están por igual sometidos á la regla.

Allí, todo está combinado por una sábia prevision para ejercer sobre el discípulo una influencia saludable. Esta influencia, que insensiblemente produce en él buenos hábitos morales, se encuentra en todo aquello que hiere sus miradas, en todo cuanto entiende, y hasta puede decirse que en el mismo aire que respira. Todo está allí acorde para animarle al bien, sus maestros, sus discípulos, sus estudios, sus distracciones, todo contribuye á esta santa obra. Cada mes, cada dia, y por decir así cada hora, señala un paso de su carrera.

En la Escuela normal, no solamente se acostumbra el discípulo á la práctica de todas las virtudes, sino que se dispone más particularmente para las reclamadas por el

ejercicio de su profesion. En estos planteles de la enseñanza, no se olvida jamás que no han de formarse sólo hombres de bien, sino maestros útiles, de lo cual, Anatolio, os convenceréis por vuestra misma experiencia, si es que teneis la dicha de ser admitido. No se dejará errante vuestro espíritu entre teorías generales, ni tampoco descarriado con inciertas aplicaciones, sino que se os facilitará, por medio de un hábito anticipado, el ejercicio de las cualidades que vuestra profesion exige. Se os preparará para las pruebas que habeis de sufrir más tarde, se os dará armas para los combates que habreis de sostener, y aún se hará que estos mismos combates sean ménos formidables y más raros para vos, porque se os destruirán las pasiones que los provocan y las debilidades que son origen de sucumbir.

Maestros escogidos cuidadosamente, y cuya instruccion es en general muy superior á la que están encargados de transmitir, no cesarán de velar sobre vos. Nada queda abandonado por ellos á la casualidad; hacen un asídúo estudio sobre los diversos caractéres de sus discípulos y dan á cada uno de ellos la cultura que le conviene.

Finalmente, y no es esta la ménos preciosa de las ventajas, que estaréis rodeado de otros jóvenes, émulos vuestros, que, aspirando al mismo fin, rivalizarán esforzadamente por alcanzarle: su ardor os animará, y ellos á su vez serán animados por el vuestro. En estas honrosas luchas, acreciéntase el valor, así por la victoria como por la derrota; cada uno de los contrincantes da y recibe el ejemplo, y de las buenas disposiciones de los dos se forma un espíritu general, que vuelve en seguida á obrar sobre cada uno con una fuerza siempre creciente.

¡Qué hermoso es ver una juventud pura y generosa conspirar santamente por el bien, y disputarse la palma del trabajo y de la sabiduría! No, no hay espectáculo más agradable á los ojos de la religion y de la pátria:

## CAPÍTULO IV.

CONDUCTA QUE SE DEBE SEGUIR EN LA ESCUELA  
NORMAL.

Produciendo tales ventajas el cursar en Escuela normal, no se debe perder ni la parte más insignificante del tan precioso tiempo que se pasa en ella. Este tiempo, por otra parte, no pertenece al alumno; pertenece al Estado, que ha instituido semejantes establecimientos, no en interés de los jóvenes que á ellos van á estudiar, sino en el de los niños á quienes más tarde han de instruir.

El que tiene la dicha de ser admitido, y por falta propia no llega á ser capaz y digno de enseñar, hace una especie de robo al Estado; y es también culpable para con la infancia, en virtud de que otro, ocupando la plaza que él ha usurpado, hubiera sido para aquella un maestro útil.

El buen sentido público no se engaña sobre semejante particular. Se exige mucho más de los alumnos que se preparan para ejercer el magisterio, que de los jóvenes que estudian á fin de seguir otra profesión. Hay en general mucha indulgencia tratándose de las faltas en que incurre la juventud por ligereza: se castigan para no sentar malos precedentes, pero sin darles importancia, y aún no es raro que al condenarlas se celebren.

Mas no se extiende semejante indulgencia hasta los alumno-Maestros, pues se quiere que desde luego se hallen penetrados del espíritu que más tarde los ha de animar, y que su obediencia, su aplicacion al estudio, su conducta no sean dignas de reproche de ninguna especie.

Felicitáos, Anatolio, de estas disposiciones manifestadas por el público y secundadas por la autoridad; pues contribuyen á mantener inalterables en la Escuela los hábitos de subordinacion y de trabajo.

Durante todo el tiempo de vuestra asistencia á la Escuela normal, no tengais sino un sólo pensamiento: el de cumplir todos vuestros deberes.

Qué deberes son estos?

Despues de los de cristiano, que son los más sagrados é importantes de todos, pero de los que no trato de ocuparme aquí, los principales son la obediencia á las órdenes que se os dicten, la confianza en vuestro director y la benevolencia para con vuestros condiscipulos. Entraré en algunos detalles sobre estos puntos.

Desde luégo, Anatolio, comprenderéis perfectamente en qué consiste el primero de estos deberes. Hay dos suertes de obediencia: la una, que yo llamaria obediencia exterior, consiste en evitar lo que está prohibido y en hacer todo aquello que se manda; arregla las palabras y las acciones, y pone al abrigo de la reprension.

Esta obediencia es por desgracia la única que conocen muchos jóvenes. Pero vos, Anatolio; vos no os contentaréis con ella. Hay otra que excede en mucho á la primera; otra que llamaria obediencia voluntaria ó de corazon.

Esta última no regla, como la otra, los actos exteriores del corazon, sino los movimientos del alma. Sólo por ella es el discipulo verdaderamente dócil. No se contenta con obedecer, obedece con alegría, no cumple solamente la orden que se le da, trata de prevenirla; no se conforma sólo á una prescripcion expresa, sino á un deseo, á un pensamiento; ama lo que se le recomienda, detesta lo que se le prohíbe.

Vos no debeis examinar, poner en tela de juicio las órdenes que se os comunicuen. ¿Sois capaz de comprender los motivos que mueven á obrar á vuestros maestros? Están ellos obligados á daros cuenta de sus deter-

minaciones? Que la obediencia, pues, sea completa, que sea pronta, y, por lo tanto, que jamás acompañe á la ejecución de ninguna orden una secreta murmuracion. El que se somete con repugnancia á la voluntad de sus jefes no obra como discípulo, sino como esclavo: cede, pero no obedece.

No tendrá precio la obediencia que manifestéis á vuestro director, si está acompañada de confianza; es decir, de una disposicion interior á considerarle como un segundo padre, á decirselo todo y á creerle siempre.

El que os representa á vuestros padres, de que os hallaréis separado, al gobierno, que dirige vuestra instruccion; al país, que funda en vos todas sus esperanzas. Es vuestro maestro, vuestro protector, vuestro amigo. ¿Quién hay de mayor capacidad que él para enseñaros á hallar la dicha en el cumplimiento de vuestros deberes? Abandonadle, pues, vuestros pensamientos, para que ejerza sobre ellos un soberano imperio. ¿Cuál será vuestro error si no mirais en él al hombre que os ha de poner en disposicion de sufrir con buen éxito el exámen á que os habeis de sujetar? Él, por otra parte, está encargado de formar en vos los hábitos morales que os harán digno de ejercer vuestro ministerio. ¿Cómo podrá llenar esta tarea, si vuestro corazon no es para él como un libro abierto en que pueda leer á cada instante? Cómo podrá hacerlo, si no seguís sus consejos con absoluta docilidad? Desgraciado de vos si teneis secretos para él! Desgraciado de vos si dais oido á otra voz distinta de la suya!

Además de esto, teneis tambien deberes que cumplir para con vuestros compañeros de estudios; deberes que se pueden reducir á dos principales: la benevolencia y el buen ejemplo.

Si os hallais animado de estos fraternales sentimientos, no conoceréis las contiendas, ni el odio, ni la envidia; sentiréis los defectos de vuestros condiscipulos, sin que

sean para vos un objeto de burla, y aplaudiréis sus adelantos, que excitarán vuestra emulacion sin produciros nunca celos.

Tened presente sobre todo que os hallais en la sagrada obligacion de animarlos para el bien, así por medio de vuestras palabras como por vuestros ejemplos. Si, Anatolio, el mal ejemplo de los camaradas ha perdido mayor número de jóvenes que el salvado por las buenas lecciones de los maestros. Una sola palabra, un gesto, una mirada, han bastado muchas veces para provocar la indocilidad en un corazón joven, y como consecuencia inevitable, todos aquellos vicios que en la indocilidad tienen su origen. Conducíos de manera que al salir de la Escuela, podais rendiros este consolador testimonio: «Jamás me ha visto hacer ninguno de mis compañeros cosa alguna, ni me ha oído jamás nada, que fuera motivo para apartarle del camino del bien.»

Vivid amistosamente con todos; no tengais intimidad sino con los que manifiesten más inclinacion á la virtud; rechazad lejos de vuestro corazón toda amistad que vuestro director no apruebe, y guardaos sobre todo de esas funestas relaciones que preside un espíritu de desobediencia y de hipocresia. Tales relaciones, cuyo objeto es naturalmente el confiarse malos pensamientos, por las cuales se denigra en secreto lo que en público se aparenta respetar, y se habla con desprecio del deber y hasta de los mismos jefes, son, Anatolio, abominables, y conducen á una pérdida infalible á los que tienen la desgracia de contraerlas.

## CAPÍTULO V.

### NOVICIADO Y PRINCIPIO EN EL EJERCICIO DE LA ENSEÑANZA.

Habéis terminado vuestros estudios; un título de maestro ha venido á coronar vuestros esfuerzos y vais á dar los primeros pasos en la carrera.

Tened entendido que los resultados que obtenga un jóven al dar principio á ejercer su profesion, son para su porvenir de una influencia decisiva. ¡ Cuántos maestros han tenido que sufrir toda su vida á causa de algunas faltas originadas por la inexperiencia de sus primeros años! Antes de colocaros en una escuela, será una fortuna para vos el pasar algun tiempo bajo la direccion de un maestro hábil, sirviéndole de ayudante, y haciendo así el aprendizaje de vuestra profesion. Y no llamo yo *hábil* al que durante el curso de sus estudios en la Escuela normal haya obtenido grandes resultados, sino aquel que sobresale en el arte de transmitir á los niños los conocimientos más sencillos; á aquel, sobre todo, que sin ruido, sin esfuerzos aparentes, y sólo por la fuerza de una voluntad sabiamente dirigida, sabe sostener entre ellos hábitos de orden y de trabajo.

El será quien os allane el difícil tránsito de la teoría á la práctica; quien os enseñe á ser maestro sin que ceseis, por decirlo así, de ser discípulo. El ilustrará vuestro celo, prevendrá vuestros errores, sostendrá vuestra incierta mancha. Os hará ver como podeis granjearos el respeto sin rigor; como conseguireis ser amado sin incurrir en debilidad; como, en fin, poniéndoos al nivel de los niños, adquirireis ascendiente sobre ellos.

Si no alcanzais la ventaja de pasar por semejante noviciado; si inmediatamente despues de haber obtenido el título se os confiere la direccion de una escuela, ya interinamente, ya en propiedad, velad cuidadosamente sobre vos mismo; no os olvideis de que, si bien teneis el título de maestro, no sois en realidad sino un estudiante. Es muy fácil tropezar al principio de la carrera, y un sólo paso en falso puede bastar para perderos.

¿Cómo os conduciréis, tan jóven todavía, en un pueblo donde habeis de responder de la escuela y de vos mismo? Si este pueblo, por una excepcion bastante rara, es el mismo en que habeis nacido, os encontraréis con relaciones de la infancia y con costumbres de familiaridad que os embarazarán más de una vez. Si, como acontece casi siempre, se os coloca bastante léjos de vuestro lugar natal, os encontraréis rodeado de extraños, y no conoceréis el pais, ni á los habitantes, ni el espíritu que domina en ellos. Entónces, os hallareis expuesto á chocar en mil escollos que apenas me es posible indicaros aquí, escollos que ofrecen tanto mayor peligro cuanto que ni siquiera os será dado sospechar su existencia.

De todos estos peligros, Anatolio, sólo podreis libraros, teniendo una prudente desconfianza de vuestras fuerzas y abandonándoos á una sabia direccion.

Consultad con vuestro párroco, quien, por la naturaleza de sus funciones, debe tener por vos sentimientos paternales.

Escribid á vuestro antiguo director, é id á visitarle tan frecuentemente como la distancia os lo permita. Elegid en las inmediaciones de vuestra residencia algun maestro ya experimentado, y depositad en él vuestra confianza. Respetad su experiencia, y recurrid á ella cuantas veces sea necesario. No porque su memoria haya dejado de retener alguna parte de los conocimientos que la vuestra conserve todavía, os creais más instruido que él. La verdadera ciencia, así para él como para vos, ha de ser la de la en-

señanza. El la posee, y conoce por medio de una larga práctica los niños, los padres, el espíritu de pueblo.

Y no ha de ser solamente para el ejercicio de vuestras funciones de maestro para lo que debéis pedir que os aconseje, sino tambien sobre vuestra conducta privada.

Sujeto hasta entónces por los lazos de una severa disciplina, habeis sido puesto de repente en posicion de gozar una independendencia peligrosa. Acaso no os encontreis en los primeros momentos sino con disposiciones para abusar de ella. Como viviréis sólo, las necesidades de una familia no os obligarán á ser económico. Creeréis poder gastar sin escrúpulo todo cuanto recibais por vuestro sueldo, y contraeréis hábitos de disipacion. Jóven, seréis buscado por otros jóvenes; olvida réis que los placeres propios de la edad aún siendo lícitos, os están casi prohibidos. El público quiere, y tiene razon, que envuelva tanta madurez la cabeza del maestro bajo ca bellos negros como bajo cabellos grises. No conociendo aún las familias, es fácil que os engañeis al elegir vuestras relaciones, y que cedais á propuestas que hubierais rehusado si comprendiérais su fin.

Evitaréis todos estos escollos concediendo vuestra confianza á los hombres experimentados de que os he hablado ya. No les pidais elogios, sino advertencias, y si á ello hubiera lugar, reprensiones. La alabanza es dulce para el oido, mas produce para el alma frutos de corrupcion: la censura por el contrario, es amarga, pero sus frutos son dulces.

## CAPÍTULO VI.

### ELECCION DE UNA ESCUELA.—ESTABILIDAD.

Hecho el aprendizaje de vuestra profesion en cualidad de ayudante bajo la direccion de un buen maestro, ó habiendo ensayado vuestras fuerzas en una modesta escuela, para así pasar vuestro noviciado, os hallais en el caso de ocuparos seriamente en elegir ó aceptar una plaza, en que el cumplimiento de vuestros deberes pueda conciliarse con el legítimo deseo de un bienestar proporcionado á vuestra condicion.

De alta importancia es para vos este negocio: reflexionadle maduramenté, y ántes de fijar vuestra determinacion, ya de estableceros en escuela privada, ya de dirigir la correspondiente solicitud á la autoridad, si tratais de dedicaros á la enseñanza pública, evitad una preocupacion que seduce á gran número de maestros: se figuran que su importancia se halla en proporcion con la de la escuela que dirigen, y sobre todo con la del pueblo en que esté la escuela situada. Semejante creencia es un grande error.

Todas las localidades tienen sus inconvenientes y tambien sus ventajas. En las ciudades, no disfruta el maestro tanta quietud, y se le oponen más resistencias: en las aldeas, se halla frecuentemente obligado á acumular varios destinos. En las ciudades, es su dotacion más elevada, al paso que sus gastos en las aldeas son mucho ménos considerables; existiendo de este modo, bajo el concepto pecuniario, una especie de igualdad.

Convengo, sin embargo, en que, relativamente á las ventajas materiales, hay mucha diferencia entre las escuelas, y que esta diferencia se gradúa generalmente

por la importancia de las poblaciones; mas no de esto ha de deducirse que la importancia del maestro aumente ó disminuya en la misma proporcion.

El aprecio concedido á los maestros tiene su medida en la manera con que se cumplen sus deberes, y no en consideraciones ajenas á su persona y á la enseñanza. Si hay dos maestros ejerciendo en dos pueblos distintos, de los cuales tenga uno, por ejemplo, una poblacion de dos mil almas, y el otro solamente de cuatrocientas ó quinientas; ¿se hará mas aprecio del primero que del segundo, sólo por la diferencia de estas cifras?... Quién se puede imaginar semejante absurdo?

Bien al contrario: sucede por lo general que en un pueblo pequeño goza el maestro de mayor consideracion, porque es comunmente el sólo hombre que hay allí algo instruido y puede ser de grande utilidad así al ayuntamiento como á las familias. Pero en una ciudad, ó en un pueblo de alguna consideracion, hay siempre muchas personas que bajo el punto de vista de los conocimientos, se encuentran muy por encima de los suyos.

En una poblacion pequeña, se juzga á un buen maestro como una especie de tesoro; hay temor de perderle, porque se sabe muy bien que ha de ser difícil reemplazarle, y se considera su presencia en el país como un verdadero beneficio del cielo. Pero en un pueblo importante ó en una ciudad, se fija mucho ménos la atencion en él; se sabe que no han de faltar pretendientes si la escuela queda vacante; y, por muy hábil que sea, se tiene la esperanza de que podrá fácilmente ser reemplazado, y tal vez con ventaja.

No sería gran desgracia que un pueblo no encontrase maestro por la única razon de que es pequeño y pobre? Es indispensable que en España todos los niños, sean de una ó de otra localidad, reciban cuidados inteligentes.

Los niños de la aldea más insignificante son tan preciosos para el Estado como los que habitan en las más

populosas ciudades. Entre los maestros que los instruyan, no debe haber otra diferencia que la de su mérito personal.

No desprecieis, pues, Anatolio, una oscura escuela de aldea: acaso allí sea donde encontréis los corazones más agradecidos, los espíritus más dóciles; allí Dios bendecirá vuestros trabajos, humildes sin duda alguna á los ojos de los hombres, pero importantes y grandes á los suyos.

Debo añadir ahora un consejo.

Cualquiera que sea la escuela que os hayáis determinado á elegir, partiendo de detenidas reflexiones, amada, y en cuanto posible os sea, no la dejéis por otra.

No quiero decir con esto que la primera escuela en que os hayáis colocado sea también la última que debais regir. No: tal vez no hayáis podido conseguir al principio lo que razonablemente teneis derecho á desear, y aspiréis á un cambio de posición que sea muy justo concederos.

No vitupero, ni mucho ménos, el deseo razonable de mejorar vuestra suerte. Este deseo es legítimo cuando no degenera en manía, como sucede á algunos maestros jóvenes que, por un corto aumento de dotación, cambian continuamente de residencia, y que se afanan sólo en ir pujando sueldo.

Hay circunstancias en que el censor más rígido no puede desaprobár este deseo; pues el interés de vuestra familia ó el vuestro propio, es posible que os lo prescriban; pero estos casos son rarísimos, y así para la escuela como para el maestro, por regla general, la estabilidad es uno de los mayores bienes. Luego que hayáis conseguido una plaza que satisfaga vuestros deseos, decíos á vos mismo: «Hé aquí mi patria; aquí quiero vivir y morir; aquí quiero merecer el respeto de los niños, la amistad de los padres de familia, la estimación de todos. Quiero unirme á mi escuela por un lazo sagrado, que durará cuanto mis fuerzas duren, cuanto dure mi vida.»

Séame permitido trasladar aquí un párrafo extractado de una obra sobre las Escuelas normales :

«Cuánto más se aficione un maestro á su escuela, tanto más será útil su ministerio. Se crearán mil relaciones simpáticas entre el pueblo y él, y no sólo amará la escuela que dirige, sino la casa que habita, los corazones que ha formado, el jardín que ha embellecido, los árboles y las flores que él solo ha cultivado, el pueblo entero en fin. Blanquearán sus cabellos entre las generaciones que le deben el beneficio de una educación moral. Instruirá á los hijos de sus discípulos, y siendo objeto de la veneración de los padres, será como un oráculo para los hijos. Su existencia tendrá algo de patriarcal que realzará su profesión, imprimiéndole una especie de santidad.»

## CAPÍTULO VII.

### AMOR Á SU PROFESION, PRIMERA CUALIDAD DEL MAESTRO.

Para que tengais afición á vuestra escuela es indispensable que ameis vuestra profesión. Si es digno de lástima todo hombre que no ame el estado que tiene, lo es el maestro mucho más.

Abrigad, Anatolio, esta noble pasión. Cualesquiera que puedan ser los conocimientos que poseáis, guardaos de imitar á esos maestros que se creen muy por cima de sus humildes deberes, mostrándose en virtud de estas mismas pretensiones indignos de su cargo. Guardaos sobre todo de imitar á los que declaman continuamente contra el ministerio que ejercen; que le soportan con la misma impaciencia que si fuese una cadena á la cual estan atados; que exajeran sin cesar sus inconvenientes y las desazones que origina, y que exhalan á cada instante amargas quejas sobre su suerte.

Semejantes hombres creen por este medio aumentar su importancia á los ojos de los otros. ¡Miserable error! Sus insensatas quejas no producen más resultado que ponerlos en ridículo.

En efecto: ¿puede oírseles, sin una indignación mezclada de desprecio, quejarse de una profesion que son muy dichosos de ejercer? Digámosles muy alto lo que cada uno de aquellos que los escuchan dice para sí. Casi todos estos maestros (y no lo digo por rebajarlos) han encontrado en el ejercicio del Magisterio recursos sin los cuales tendrian necesidad de quejarse mucho más amargamente todavia. Sabido es que, por regla general, los padres que cuentan con bienes de fortuna tratan de proporcionar á sus hijos una carrera que no exija género de vida tan austera como la de maestro de primera enseñanza. ¿Cuánto no envidia el pobre jornalero, nacido en las mismas condiciones de fortuna que los que así se quejan, una suerte y una instruccion que les permitiria estar al abrigo de las injurias de las estaciones, sin otra fatiga que la de transmitir á los niños algunos conocimientos elementales?

Por otra parte, quien no ama su profesion la ejerce contra su voluntad, y, por lo tanto, la ejerce mal.

¿Cómo he de creer yo que amais á vuestros discípulos si os quejais continuamente de estar obligados á instruirlos, si manifestais en vuestras relaciones con ellos, no el afecto de un amigo, sino la resignacion de un esclavo?

Este odio á vuestra profesion es verdaderamente absurdo. Reflexionad, y os convencereis de que seria una desgracia para vos abrazar otra. Las posiciones que, en general, podriais sustituir á la vuestra, son mucho más penosas, mucho ménos lucrativas y ninguna tan honorífica.

Pero si semejantes consideraciones no ejercen influencia sobre vuestro ánimo, si realmente os desagrada vuestra profesion, dejadla. Un buen jornalero satisfecho de su oficio vale mucho más que un maestro descontento de su facultad.

No es posible haya hombre más desgraciado que el maestro á quien fatiga y enoja la enseñanza. De poco sirve que concurra á su clase y permanezca en ella, cuando su pensamiento y su deseo no están allí. Suspira por el instante en que dé fin á sus lecciones; es decir, á su suplicio. Cada uno de los minutos que pasan son un siglo para él. Acusa incesantemente la lentitud de las horas; pero cuanto más desea acelerar su marcha, con más lentitud parece que se van arrastrando.

Si este mal maestro consigue hacer sobre sí mismo un generoso esfuerzo, la atención que presté á su clase será ménos penosa para él que el suplicio que sufre de otro modo. Aquellas horas que tan lentas le parecían pasarán con rapidez. Así, aun cuando no sea por un motivo de conciencia, sino solamente por librarse del fastidio que le mata, debe hacer esfuerzos por amar los deberes á cuyo cumplimiento le obliga su profesion.

Algunas veces, ¡cosa increíble! no los aborrece, sino que afecta despreciarlos. ¡Qué lastimosa debilidad! Si aparentais desden por vuestro ministerio, vuestro ministerio no os honrará. Se encontrarán los niños tan poco satisfechos de teneros por su maestro, como vos de considerarlos vuestros discípulos. Cuanto más disgustado parezcáis de vuestra condicion, tanto más se aburrirán ellos de la suya: porque ¿cómo es posible que reciban con placer las lecciones que les suministráis con repugnancia? Cuando os oigan decir de vuestras funciones *¡qué maldito oficio!* ¿no es natural que digan ellos de su clase *¡qué infierno!*

Preservaos, Anatalio, de estos odiosos caprichos. Amad una profesion que os honra y que os suministra medios de subsistencia. Amad tambien á la infancia; no dejándoos desanimar ni aún por su misma ingratitud que hará más relevante todavía vuestro mérito. Amad á esos jóvenes discípulos, que se os confían por vuestra patria, y pensad en que si ellos no son capaces de comprender

ni de apreciar lo que haceis en su obsequio, lo ve quien ha criado sus almas inmortales y no lo olvidará jamás.

## CAPÍTULO VIII.

### OPINION Y CONDUCTA PRIVADA.

Se entiende generalmente por *opinion* la reunion de aquellas cosas que hallándose en los hábitos de un hombre y en su manera de obrar, puede ser visto y apreciado por el público.

Una buena opinion no siempre supe á una conducta buena; pero es casi siempre la prueba, la expresion de esta.

Se dice que un maestro tiene mala opinion, ó que carece de ella, cuando se familiariza en la clase con sus discípulos, ú olvida en presencia de estos las prescripciones de una severa decencia, ó manifiesta inconsideradamente los efectos de sus pasiones; cuando no sabe establecer en el seno de su propia familia la calma, el orden y la moralidad; cuando habla mucho y con indiscrecion ó atrevimiento, y cuando permanece mucho tiempo fuera de casa ó contrae amistad con personas de crédito dudoso ó de poco crédito. Y no hablo aquí del que olvide las leyes de la temperancia: porque esto no se comprende ya en la falta de opinion sino que se califica de mala conducta, y yo no puedo suponer que haya maestro capaz de llegar á semejante punto.

El hombre ligero en sus propósitos, ó caprichoso en sus resoluciones, ó inconstante en su manera de vivir; el hombre que condena hoy lo que ayer defendia, que se deja arrastrar por el primero que llega, que va delante de las decepciones, y que plantea á la ventura reglas de disciplina ó de enseñanza que requieren ser desarrolladas poco á poco; este hombre, digo, no dis-

fruta la opinion digna y firme que conviene al maestro, así como tampoco el que promete, anuncia ó amenaza sin haber reflexionado lo bastante, encontrándose luego necesariamente que sus anuncios son engañosos, sus amenazas poco temibles, vanas sus promesas.

Pero, sobre todo, en lo que la opinion del maestro no ha de dejar nada que desear es en la dignidad exterior de hombre.

Pensad, Anatolio, en que vuestra profesion participa en cierta manera de la santidad del sacerdocio. El país, confiándoos sus hijos, presta mucha atencion á las impresiones que hará nacer en ellos su contacto con vos. No debeis, pues, consentir, ni en vos, ni al rededor de vos, nada que no les sirva de buen ejemplo.

Es preciso que los padres puedan recomendar á sus hijos que os imiten en todo: es preciso que, más tarde, sea una dicha para estos niños el estar modelados sobre su maestro.

He dicho *en vos y al rededor de vos*. Toda vuestra familia, bajo tal concepto, ha de estar al abrigo de reproche. Mas de una vez se ha visto perder un maestro todo su crédito en un pueblo, y hasta verse reducido á dejarle á causa de haber comprometido su posicion las personas que le rodeaban.

Ya hablaré luégo sobre este particular.

Persuadido como ántes he dicho de que en ninguna ocasion, cualquiera que ella sea, faltaréis á las leyes de la temperancia, leyes que no os será dado infringir una sola vez sin que os degradeis, añadiré sin embargo un último consejo sobre este particular.

En las aldeas, y en muchos pueblos de corto vecindario, es muy comun el valerse del maestro para la redaccion de contratos que se extienden privadamente. Podéis sin inconveniente prestaros á ello, siempre que las disposiciones de vuestras correspondientes autoridades no lo prohiban. Pero es costumbre, muy general tambien,

cuando se trata de esa clase de negocios, que tengan su conclusion en la taberna, y aun tambien que por completo se efectúe en este lugar de disipacion, en medio de una especie de orgía.

No debéis criticar semejante costumbre, puesto que no es á vos á quien corresponde hacerlo. No censuréis tampoco á los que se conformen con ella; pues vos tenéis el cargo de instruir á los niños y no el de dar á los hombres reglas de direccion. Pero dejando libres á los otros para que obren segun su gusto, declarad desde luego que no los imitaréis y sostened con firmeza semejante resolucion. No os dejéis arrastrar por las provocaciones, ni intimidar por el ridículo. Si desean que el acta del contrato sea escrita por vos, exigid que acudan á vuestra casa ó al local de la escuela cuando los niños no estén en él; y que los contratantes vayan luego, si así lo quieren, á celebrar la conclusion de su negocio con la pérdida de su tiempo. Poco os importa á vos, puesto que no habeis de acompañarlos.

Pero no consintais nunca en prestar semejante servicio, ni en la escuela, ni aún tampoco en vuestra casa, á los que despues de haber estado en la taberna os lo vengan á reclamar. Es frecuente que el vendedor, con la esperanza de obtener un aumento de precio, y el comprador, para conseguir alguna rebaja, traten recíprocamente, por medio de reiteradas libaciones, de turbarse la razon. Aquel, de entre ambos, que en tan indigna lucha sucumbe, tiene por necesidad comprometidos sus intereses. Rehusad, rehusad vuestro ministerio, á toda persona á quien el vino haya exaltado ó debilitado sus ideas; importándoos poco que el lazo se haya tendido por el mismo que se ha enredado en él. Aprovecharse del estado en que se encuentra seria una mala accion, y la sospecha sólo de si podiais estar en connivencia con su contrincante, bastaria para deshonoraros.

Vos mismo, en donde quiera que esteis, á donde quie-

ra que vayais, huid de todos esos lugares en donde se reúnen los hombres que malgastan su tiempo. El aire que en ellos se respira es mortal para su virtud. Al salir de esos lugares os sentiréis ménos predispuesto á practicar el bien. El cumplimiento de vuestros deberes no tendrá para vos el mismo atractivo. Experimentaréis una especie de languidez, acompañada de un secreto deseo de gustar nuevamente goces tan funestos.

Yo no dudo de que tarde ó temprano se prohibirá formalmente á los maestros que concurren á tales sitios; cuya *frecuentacion*, por otra parte, se considera por todas las autoridades escolares como una de esas *faltas graves* que están castigadas por la ley. Y puesto que en frecuentarlos se considera culpabilidad, ¿por qué penetrar en ellos ni siquiera una vez? Cuando el concurrir á un lugar no es bueno, la simple aparicion en él se califica ya de mal.

## CAPÍTULO IX.

### MÉTODO DE VIDA QUE CONVIENE Á UN MAESTRO.

Creo oportuno dirigiros ahora algunos consejos sobre el método de vida que á un maestro es conveniente, así como á todos los individuos de que se componga su familia.

Este método de vida ha de ser en extremo sencillo.

Sea el que quiera el producto que obtengais de vuestra colocacion, no debeis consentiros de ningun modo ostentacion ni lujo. Procurad una extraordinaria sencillez en todo aquello que pueda rodearos. Que sea el único adorno de vuestra morada una exquisita limpieza. Que nada en vuestra casa sea capaz de ofender las miradas del pobre que os confie sus hijos, ni de despertar en vuestros discípulos ideas de prodigalidad y ostentacion.

No por esto, Anatolio, seréis mas desgraciado; pues es de mucho ménos valor el aparato que la verdadera

comodidad. ¿Creeis que en las veladas de invierno se goza mejor del reposo y del bienestar en un rico salon, que en una modesta sala donde se reunen al derredor de un buen fuego, personas á quienes calienta el corazon el recuerdo de un día pasado en hacer bien?

Y debo insistir sobre estas recomendaciones, porque hace algun tiempo que se trata de arrastrar á los maestros á un camino totalmente diverso.

Creedme, Anatolio, si teneis la dicha de vivir en un pueblo, no envidieis cosa alguna de las que se usan en las ciudades; y si vivis en una ciudad, conservad cuidadosamente la modesta existencia de las aldeas. Solamente obrando de este modo seréis verdaderamente ricos; sólo así seréis dichoso.

Abundando en estos sabios sentimientos, los trasplantaréis insensiblemente al corazon de vuestros discípulos. Pero estad seguro de que no conseguiréis jamás inspirarles aficion á una vida sencilla, si os contemplan rodeado de lujo. Se predica muy mala la medianía cuando de ella no se dá ejemplo. Nos persuaden muy poco las amonestaciones cuando el que nos las dirige se dispensa de seguirlas.

El gobierno, en cuyo nombre ejercéis vuestras funciones, comprende el gran peligro á que expondria á la juventud, si la colocase bajo la direccion de un hombre cuyo ejemplo, en lugar de enseñarle resignacion para una existencia modesta, inculcase en ella el deseo de un bienestar inmoderado. Si el pensamiento que el gobierno abriga sobre este punto no se os ha manifestado siempre por los diversos delegados que le representan cerca de vos, no por ello existe ménos, debiendo vos, por consecuencia, considerarle como una ley.

Pensad, Anatolio, que es una bella y noble mision el enseñar á la pobreza á estar satisfecha y contenta de si misma.

Vicente de Paul, este grande santo, este admirable

hombre, que disponia del nombramiento de los obispos en todo el reino, no tenia habitacion, muebles ni vestido, sino como un pobre vicario de una aldea.

Entrad en esos santos asilos donde tantas buenas hermanas se dedican al consuelo de los indigentes y de los enfermos. Para este piadoso servicio nada se economiza; hay hasta elegancia en el asco, y en la abundancia, lujo. Pero si se trata de ellas mismas, la simplicidad, que la constituye en un deber, excede á todo aquello que se puede imaginar. Su hábito es grosero, su alimento en extremo frugal y apenas suficiente; y sus modestas celdas no tienen otro adorno que la virtud de quienes las habitan. La superiora misma no se distingue de sus compañeras sino por un celo aún más vivo para honrar la condicion de los pobres cuyo cuidado les pertenece.

Y, sin embargo, algunas de estas buenas hermanas se han educado con tales hábitos de comodidad, que parece deben hacerles infinitamente penosa una vida semejante. Pero á fin de llegar á ser dignas representantes de la Providencia para con los pobres se han hecho pobres ellas mismas, no sólo en la apariencia sino tambien en el fondo de su corazon: esfuerzo generoso que nada cuesta á su celo.

Y vos tambien, Anatolio, vos seréis para con los pobres el representante de la Misericordia divina. El resignaros á pasar una modesta existencia, es probable que os cueste poco. Habeis pasado en una pobreza honrada los primeros años de vuestra vida, porque no son los dichosos del siglo los que dedican á sus hijos al rudo apostolado de la primera enseñanza.

No os sonrojeis, pues, por la humilde condicion de vuestros padres, ni os figureis que en llegando á ser maestro vais á adquirir una elevacion que ellos no tienen. Hijo de un cultivador, vos tambien roturais y cultivais una tierra ingrata, vos tambien regais con el sudor de

vuestra frente una cosecha que no siempre madurará. Hijo de un artesano, trabajais en pulimentar jóvenes facultades, tan rebeldes con frecuencia á vuestras lecciones, como la madera y la piedra pueden serlo á las herramientas de vuestros padres.

Honráos, pues, con ser un hombre de trabajo, hijo de laboriosos obreros, y vos mismo tambien obrero laborioso. Los hombres colocados más ventajosamente que vos en la escala social, que os despreciarian si tratarais de igualaros á ellos, os estimarán mientras conserveis los hábitos correspondientes á vuestra profesion. La misma vanidad, por poco inteligente que sea, preferirá siempre un rango honroso entre las existencias modestas, á una plaza ínfima y disputada en el mundo de las pretensiones.

Por mucho que mediteis sobre estos sábios consejos, aun será poco todavía : porque entre el número de las miserias que atormentan nuestro siglo, es una de las más peligrosas la manía de elevarse á mayor altura de la que corresponde á la propia condicion. No sucumbais al contagio de esta fiebre; y mucho ménos vos que os hallais en el deber de contribuir, en tanto como podais, á que se extirpe.

La prudencia, en este punto, está de acuerdo con la moral. Los gastos que haria indispensables una manera de vivir algo pretenciosa absorverian los productos de vuestra plaza, tal vez los excedieran. Es un cálculo bien mal hecho el considerar como una renta lo que se obtiene del trabajo, y vivir en consecuencia. Si vuestros emolumentos son más crecidos que lo reclamado por vuestras verdaderas necesidades, conservad en reserva lo superfluo para crearos si es posible recursos independientes de una profesion que acaso no os sea dable ejercer siempre.

Obrar de otra manera, y crearse, por orgullo, hábitos de comodidad ó lujo á que habrá que renunciar más tarde, ¿ no es una verdadera locura ?

## CAPÍTULO X.

### RELACIONES DEL MAESTRO CON LAS AUTORIDADES ESCOLARES.

Para el Gobierno en general, así como para la adopción de medidas reglamentarias sobre la primera enseñanza, se halla designado en primer término el Ministro de Fomento, y en segundo lugar el Director general de Instrucción pública, autoridades centrales ejecutivas que, por consecuencia, residen en la corte, teniendo como cuerpo consultivo á la Junta superior central de instrucción primaria. Esta Junta se compone del Ministro de Fomento, presidente; del muy Rdo. Arzobispo de Toledo, ó en su representación el Rdo. Obispo auxiliar, ó el vicario eclesiástico de Madrid; de otros dos eclesiásticos caracterizados que residan en la corte; de dos consejeros de Estado; de dos ministros del Tribunal Supremo de Justicia; de tres individuos del Real Consejo de Instrucción pública; del Director general del ramo, y de otros tres individuos escogidos entre académicos, antiguos profesores y personas que se hayan distinguido notablemente por sus servicios á la enseñanza.

El primer magistrado de la provincia en el órden civil, el Gobierno, es el designado para vigilar en esta sobre el cumplimiento de las leyes y demás disposiciones relativas á la instrucción primaria, hallándose asistido para el efecto por una Junta provincial. Esta Junta está compuesta del Gobernador; del Prelado diocesano, ó en su representación de un sacerdote que designe; del Rector de la Universidad donde la hubiere, y donde no del Director del Instituto; de dos eclesiásticos propuestos por el Diocesano, del fiscal de la Audiencia donde la haya, y donde no del promotor fiscal del juzgado; de un individuo de la diputación provincial y otro del ayuntamiento, y de un padre de familia.

Para ejercer la inspeccion local en los pueblos mayores de 500 habitantes hay tambien en cada uno de ellos una Junta, que se compone del párroco, presidente; del procurador síndico, del concejal mayor contribuyente y de dos padres de familia.

Hay además de estas otras autoridades encargadas de visitar las escuelas, informando lo que corresponda: tales son los Inspectores generales. Tambien pueden ser estas visitadas por los Sres. Srios. de las Juntas provinciales, ó por un oficial de la seccion de Fomento ó por un profesor caracterizado de la capital ó de la provincia.

Tales son, Anatolio, los jefes, los protectores y guias que os han sido designados por la ley. No sólo debeis estar penetrado de respeto hácia ellos, sino que asimismo y más bien, lleno de confianza en sus intenciones y en sus luces. En efecto, ¿qué es lo que ellos quieren? ¿qué es lo que esperan de vos? Que la infancia sea convenientemente instruida y piadosamente educada. Si cumplis dignamente esta mision, su benevolencia para con vos será la misma que la de los oficiales con un buen soldado, que la de los jefes de una industria con un obrero de conciencia, que la profesada por vos mismo á los discípulos celosos para el cumplimiento de sus obligaciones.

Hay veces en que una mala inteligencia, muy comun, sobre todo en las poblaciones pequeñas, separa los ánimos de los dos inmediatos vigilantes de la escuela, esto es, del párroco y del alcalde. No os inquieteis por esta desunion; pues cesará necesariamente, y más necesariamente en lo que á vos hace referencia. Estos dos funcionarios no pueden tener, por lo que respecta á los niños, sino un sólo pensamiento. El alcalde quiere que reciban estos una educación religiosa, y el párroco desea que se les instruya con esmero; comprendiendo ámbos perfectamente que no os podeis mezclar en sus diferencias sin comprometer intereses igualmente caros á sus

ojos. Sabe muy bien cada uno de ellos que el apoyo del otro no es tan necesario como el suyo, y que no sería el quitárselos sino cometer un acto de hostilidad contra la infancia.

Sin embargo; si uno de ellos (lo que no puedo considerar como posible), cegado por su pasión, llega á pretender sacaros de la sábia neutralidad que ha de constituir vuestra fuerza, resistios respetuosamente, pero con firmeza. Debeis permanecer inquebrantable en el cumplimiento de vuestra mision. Todo el mundo aplaudirá vuestro proceder; la autoridad superior, si es necesario, os sostendrá, y aun aquel mismo á cuya injusta pretension habeis cerrado los oidos, apreciará en adelante vuestra conducta.

Tambien puede suceder que el alcalde ó su teniente sean menos instruidos que vos; no siendo imposible que en el mismo acto de visitar la escuela, y en presencia de los niños, testimonie su inferioridad por alguna falta de pronunciacion y lenguaje. No sólo debereis entónces guardaros bien de censurar esta falta; sino que hasta os hallais en la obligacion de no manifestar, por una sonrisa ó por un gesto, que de ella os habeis apercebido. Procurad disimularla, á causa sobre todo de los niños, que es muy probable no la noten si vos no se la haceis comprender. Persuadíos de que no sois vos el juez de uno de los gefes del pueblo, sino que él lo es vuestro. Si tiene poca instruccion, será probablemente su falta hija de las circunstancias y no de su voluntad; pero si vos obrais como indiscreto, y no teneis con él la deferencia que es debida, sólo sereis vos el culpable. El ignorar lo que prescribe la gramática, es para él un mal harto pequeño; pero sería una gran desgracia para vos el ignorar ó el descuidar tan sólo lo que prescribe la conveniencia, y lo sería sobre todo para los niños el recibir de su maestro un ejemplo que se opusiese á esta ó que á la subordinacion fuera contrario.

Quiero creer, Anatolio, que semejante leccion os es innecesaria, mas para algunos maestros, cuyo número por fortuna es muy escaso, no será inútil. Lo poco que estos saben les inspira una vanidad tan rara, que llegan tan prontamente al fin que con ella parece se proponen, esto es, á indisponer contra sí á los hombres razonables y, lo que es peor por desgracia todavía, á indisponerlos contra vuestra profesion.

Cuando el Inspector de primera enseñanza ó alguna autoridad provincial vaya á visitar vuestra escuela, debéis estar preparado para recibirle sin esas inquietudes que hacen latir con violencia el corazon de tantos maestros. Habiendo cumplido siempre cuidadosamente vuestros deberes, esperareis el dia de la prueba tan exento de temor como de orgullo.

Hay maestros á quienes la proximidad de la llegada del Inspector preocupa tan vivamente, que absorbe por sí sola todos sus pensamientos: saben á poca diferencia la época de su venida; se preparan con dos meses de anticipacion, á fin de que sus discípulos puedan lucirse; se esfuerzan por obtener para el dia crítico algunos ficticios resultados; este trabajo excesivo agota desgraciadamente sus fuerzas, así como las de sus alumnos, y, despues de la partida del Inspector, todos tratan de indemnizarse con una inaccion casi completa. Se ha obtenido una nota favorable: no se quiere nada más.

Semejante charlatanismo, en primer lugar, no es propio de un hombre de bien. En segundo lugar, Anatolio, debo advertiros, si es que de ello teneis necesidad, que un Inspector hábil no se deja sorprender por semejantes maniobras; al primer golpe de vista penetra la impostura, descarta de cuanto se le presenta lo que es apariencia solamente, y pide cuenta á los niños de la instruccion que en realidad han recibido, no de los vanos esfuerzos de memoria cuyo efimero resultado no dura sino momentos.

Desempeñad concienzudamente vuestras tareas todos los días, desempeñadlas como si esperaseis inmediatamente la visita del Inspector, y en lugar de temer su llegada la deseareis.

## CAPÍTULO XI.

### RELACIONES DEL MAESTRO CON LAS AUTORIDADES LOCALES.

Además de los que se originen del ejercicio de vuestra profesión de maestro, habrá muchos motivos para que mantengais frecuentes relaciones con el alcalde y el párroco del pueblo en que os halleis establecido.

Lo serán tanto más con el párroco, cuanto conviene que marcheis de acuerdo con él constantemente. Siendo respetuosas estas relaciones por vuestra parte, serán benévolas y políticas por la suya.

En algunos pueblos, lo sé bien, llegan á ocurrir enfadosas diferencias entre el párroco, encargado de enseñar la palabra de Dios, y el maestro que, bajo la dirección de aquél, ha de preparar á la infancia para recibirla. ¿Quién no ve, sin embargo, que entre ellos debe reinar siempre una perfecta armonía? Si se va á buscar el origen de tan deplorables conflictos, se reconocerá que la mayor parte de veces hubieran dejado de existir, si el maestro hubiese sido más severo en su conducta privada ó más exacto en el cumplimiento de sus deberes. El párroco es con frecuencia muy exigente bajo este doble concepto, lo cual no debe producir en nosotros sino sentimientos de gratitud.

Sumiso á la Iglesia en cuanto á la fe concierne, tened presente, Anatolio, que, en todo lo demás, es la autoridad civil á quien principalmente corresponde dictaros reglas. Permaneced extraño siempre á las discusiones políticas; pues ni la multiplicidad de vuestras ocupaciones, ni aun la misma naturaleza del cargo que des-

empeñais os permiten intervenir en ellas. Si una imperiosa necesidad, sin embargo, os obligara á tomar parte en las mismas, entended que el partido del orden, de la sumision á las leyes, de la obediencia á la autoridad, debe contar siempre entre sus más celosos defensores al que está encargado de formar el corazon de la niñez.

El alcalde representante inmediato de la autoridad, debe contar pues no sólo con vuestro respeto y deferencia, sino tambien con vuestro concurso. Hablad siempre con encomio de su manera de administrar, de su persona con respeto, y de sus intenciones con la conviccion de que son puras. Si os dispensa el honor de consultaros, respondedle con franqueza, sin alabarle indebidamente y sin dejar de censurar lo que de censura fuere digno. Mas cuando no esté presente, guardaos de hablar de sus decisiones con otro fin que el de defenderlas; ó bien, si creéis que no lo merecen, manifestad únicamente vuestra reprobacion por medio del silencio.

Tan sábia conducta, Anatolio, os grangeará más y más el aprecio de todo el mundo; diversa conducta producirá naturalmente contrario resultado. No es estraño en nuestra época que á la autoridad se haga oposicion; pero los mismos que con más virulencia la censuran, despreciarian en el fondo de su alma al maestro que tratase de imitarlos; pues saben que la niñez debe ser educada en una especie de santuario, donde jamás se haga oír la voz de las pasiones, y que el hombre á cuyo cargo está la inoculación de los buenos hábitos morales, no debe hablar de las leyes sino para proclamar su santidad, no ha de tomar en boca á los representantes de estas sino para recomendar la obediencia á sus prescripciones. No será difícil que llegueis á desempeñar una parte secundaria en la ejecucion de los actos de la autoridad, bajo el concepto de secretario del alcalde, del juez de paz ó del municipio. En este caso, desempeñad con esmerado celo los útiles deberes que se os impon-

gan por semejante cargo ; no seais ménos modesto por tal causa ; no abrigueis la presuncion de figuraros que participais del ejercicio de la autoridad, porque descargan sus depositarios sobre vos algunos detalles subalternos; compadeceos de aquellos individuos de vuestra profesion que, por el hecho de ser secretarios del ayuntamiento ó auxiliares de la parroquia, se vanaglorian de dirigir con sus consejos al alcalde y al párroco, y gobiernan segun dicen, al pueblo y á la iglesia. Vos, Anatolio, no tendreis la pretension de gobernar á nadie y sabreis manteneros en vuestra verdadera posicion. Toda vuestra ambicion se cifrará en dirigir, no el pueblo ni la parroquia, sino la escuela; tarea de por sí harto difícil, para que trateis de aumentarla aspirando al peligroso honor de tomar sobre vuestros hombros una responsabilidad más extensa.

## CAPÍTULO XII.

### RELACIONES DEL MAESTRO CON LOS PADRES DE FAMILIA.

Dentro de la escuela, todos los niños son iguales, y, por una consecuencia natural, todos los padres de sus discípulos son iguales á los ojos del maestro. Si se cuenta entre vuestros alumnos el hijo del alcalde, éste, como padre de familia, no debe tener para vos más importancia que el jornalero ménos favorecido por la fortuna; lo cual no se opone en nada al respeto que ha de mereceros y que debeis profesar á la primera autoridad civil del pueblo. Si una viuda indigente os confia sus hijos, debeis satisfacer sus preguntas con tanta complacencia, con la misma finura, tan detenidamente como si estuvierais respondiéndolo á una gran señora que os confiara los suyos.

No consentiréis jamás, como sucede con frecuencia, que se abroguen algunas familias una influencia tiránica en

vuestra escuela. Semejantes familias llegan á ser para los establecimientos de esta clase un verdadero castigo: ejercen una especie de inquisicion; todo cuanto se haga debe hacerse por sus hijos; sus hijos han de ser el centro sobre que gire todo. No os dejéis dominar de ese modo. Les parecería á estos padres exigentes que no haciais otra cosa, complaciéndolos, que cumplir con su deber. Se les oye decir con la mayor inocencia: «Todos los maestros manifiestan por nuestro hijo una predileccion exclusiva: ¿y cómo? ¡Es tan digno de ella!»

No dejéis, Anatolio, que tome nadie tan injusto ascendiente sobre vuestra escuela y sobre vos. En vuestras relaciones con los padres de familia, huid tanto de una excesiva condescendencia como de una independiente altanería.

Estas relaciones deben ser siempre benévolas, y en cuanto posible sea asiduas, pues nada contribuye más á obtener buenos resultados en educacion que la frecuente correspondencia entre el maestro y los padres.

Haya la injusticia que quiera en las reconvencciones que padres apasionados os dirijan alguna vez, conservad cuidadosamente esa prudente sangre fria contra la que se embota la cólera sin fundamento; tened lástima de su ceguedad; tratad de disiparla, y no respondais jamás á la irritacion con irritacion, sino con dulzura.

Os hallais en el deber de ilustrar á las familias sobre la conducta y disposiciones de sus hijos; pero, en el cumplimiento de semejante deber, hay que guardar más consideracion de lo que se cree generalmente. Voy á dirigiros algunos consejos sobre tan delicado asunto.

Debeis sinceramente decir á un padre cuanto concierne á su hijo. Nada de reticencias: le debeis toda la verdad.

Esta verdad puede ser agradable ó desagradable de oír.

Es agradable? Decidla con placer, pero sin exageracion al mismo tiempo. No os sirvais de esas expresio-

nes que hacen nacer el orgullo en el espíritu de los niños, y que inspiran en los padres esperanzas ilusorias. La infancia está sujeta á inesperados cambios: un discípulo de quien podais hacer hoy pomposo elogio, merecerá tal vez mañana severas reconvenciones. Alabad lo que verdaderamente sea digno de alabanza; pero dejad comprender que aun es posible algo más sobre lo que elogieis como bueno. Que no se figuren los padres, después de haber escuchado vuestros informes, que son sus hijos excepciones ó prodigios. Sed modesto para vuestros discípulos como para vos mismo.

Si lo que hayais de comunicar á los padres es, por el contrario, de una naturaleza penosa y capaz de producir inquietudes, tened toda la moderacion, toda la dulzura en vuestras expresiones y en la manera de dirigirlas. Hablar de otro modo, seria impolítico por lo ménos; debo decir que casi seria cruel. ¿Podrá creerse que amais á los niños si vuestras quejas, al dar cuenta de su conducta, tienen un carácter de irritacion y acrimonia? El lenguaje del maestro no ha de ser el de un acusador, apénas el de un juez; si no el de un severo amigo, que es el primero en afligirse por las faltas que se ve obligado á revelar ó bien á dar castigo.

Quiero explicaros mi pensamiento por medio de un ejemplo.

Hay un niño que ha mentido; quereis, y con razon que llegue tan grave falta á noticia de sus padres; pero no debéis decirles: «Es un embustero vuestro hijo;» pues habria en esta manera de expresar algo que en cierto modo heriria á la familia, á quien manifestabais con vuestro tono que era considerado por vos como responsable de tan vicioso hábito, descuidando prevenirle ó castigarle. Decid sencillamente: «Tiene inclinacion á la mentira,» ó bien: «Acostumbra á mentir con mucha frecuencia.»

Si es tal en el niño la costumbre de mentir que el apli-

carle el epíteto de embustero le considerais como correctivo necesario, haced comprender á sus padres que es para vos el decírselo tan penoso como penoso para ellos el escucharlo. Usad de estas locuciones: «Os digo con sentimiento, ó manifiesto á mi pesar.» No es esto todo. Manifestad al mismo tiempo la esperanza de que, gracias á los exquisitos cuidados de la familia, el niño se corregirá de vicio tan odioso, y manifestaos dispuestos á emplear todos vuestros esfuerzos para cooperar á semejante resultado.

Un maestro á quien su corazón sugiera tan benévolas precauciones, se captará sin duda alguna el aprecio de todos.

Hay sin embargo circunstancias en que, hasta por piedad, debeis mostraros cual sí no tuvierais este sentimiento. Tal sucede cuando los padres, con su loca indulgencia, excusan y aun justifican los defectos que de acuerdo con vos debieran castigar. En este caso hay peligro para vos, para el niño y para la escuela. No temais, si llega, dar á la expresion de vuestro descontento toda su energía.

Sucedará, por ejemplo, que en virtud de una falta cometida por varios ó por todos los niños de la escuela, cada uno de los padres vituperará la conducta de los otros niños y gustificará ciegamente la del suyo. «Los otros, dirá cada padre han arrastrado á mi hijo: estoy bien convencido de ello.» Reducid esta excusa á su justo valor. «Mi hijo me lo ha dicho, añadirán, y él no miente nunca.» Decídle que pensais sobre la prevenicion de sus juicios. Decídeles que su hijo *miente*, que ha sido sorprendido por sus *mentiras*. Si son diez, por ejemplo, no encontraréis uno solo que diga: «Mi hijo ha arrastrado á sus camaradas á desobedecer: si es tan indócil!» Pero todos dirán: «Mi hijo se ha dejado seducir por sus compañeros: si es tan bueno!» destruid con todo vuestro poder tan absurda debilidad.

### CAPITULO XIII.

#### RELACIONES DEL MAESTRO CON EL PÚBLICO.

Dando cuenta á los padres de familia de cuanto sepaís sobre la conducta y disposiciones de sus hijos, y rindiéndosela fielmente á las autoridades de cuanto á la escuela es concerniente, cumplis con un deber de que nada puede dispensaros; pero no debéis pasar de aquí. No deben ser vuestras revelaciones indiscretamente prodigadas al público. Los extraños no tienen derecho alguno á vuestras confidencias.

Todo cuanto digais relativamente á un discípulo, fuera del círculo que por vuestros deberes se os prescribe, no es una relacion obligada hecha por vos en calidad de jefe de la escuela, sino conversaciones que teneis fuera de necesidad y de propósito; es chismografía, murmuración. No se necesita más para indisponer las familias y destruir la confianza.

En semejante libertad de lenguaje hay algo de ilícito; pues lo que sabeis como maestro no os pertenece personalmente, ni teneis derecho por lo tanto para hacer uso de ello fuera del ejercicio de vuestras funciones.

Si siempre es mala la murmuración, murmurar de los niños no es pueril, y murmurar de los niños de cuya instruccion estais encargado es odioso.

En cuanto á los jóvenes que no esten bajo vuestra direccion, no habéis de ellos sino para bien, y si en tal sentido no os fuere dado hablar, guardad silencio.

La recomendacion que os acabo de hacer no es aplicable á aquellas ocasiones importantes en que se os piden, bajo el sagrado del secreto, explicaciones confidenciales; pues no es en tales casos una indiscreta ligereza la que provoca vuestras palabras, si no el interés de las familias; mediando el cual, la sinceridad es un deber.

Sobre este punto, además, como sobre todos los otros, os aconsejo que penseis mucho sobre lo que digais. Hablad poco en público, y sobre todo, hablad poco de vos mismo. Los hombres cuya profesion exige un ejercicio frecuente de la palabra, contraen á veces una especie de enfermedad bastante extraña: el hablar viene á ser una necesidad para ellos; los órganos de la voz se estimulan, y se hallan en un estado de sobreexcitacion que provoca un ejercicio continuo. Semejante manía, así fatiga sus pulmones como hace insoportable su sociedad. ¿No les convendría mucho más, por el contrario, recurrir por medio del reposo las fuerzas gastadas por el trabajo?

El maestro tiene naturalmente la inclinacion de hablar á los otros de sí mismo: lo que sucede sobre todo cuando está muy lleno de su propio mérito, cuando se exagera su importancia, cuando llega á creerse superior á cuantos le rodean. Vos, Anatolio, no incurridéis en defecto semejante: un hombre bien educado (y todo maestro debe aspirar á este título) no ocupa á los demás hablándoles de sí mismo; no se hace centro de nada, sino que procura lo contrario. Quiere tratarse de lo que afecta á su persona, y trata de variar la conversacion: hacen su elogio, y él se avergüenza y calla.

Por poderosas que quieran ser las razones que á ello le muevan, no tomará jamás á cargo suyo hacer su alabanza propia. Hay algunos maestros que publican inocentemente cuanto piensan de sí: «Han tenido el primer rango en la Escuela normal en todos los concursos; las comisiones de exámen y oposicion han quedado extraordinariamente satisfechas de su manera de responder; el inspector de primera enseñanza y la junta local le consideran, el alcalde y el párroco han formado de él una excelente opinion: el mismo gobernador y hasta el rector le estiman.»

Si es verdad todo esto, dejad á cargo de los demás el

cuidado de publicarlo: á vos os debe ser bastante la satisfaccion de haber obtenido tantos votos honrosos en vuestro favor; y desde el momento en que la vanidad propia se haga la trompeta de vuestra fama, casi puede decirse que dejais de merecer aquellos.

No solamente debe hablar poco el maestro, sino que tambien ha de evitar que se le vea mucho: es preciso que, fuera del desempeño de su cargo, no le vean los niños con frecuencia; es indispensable que no se prodigue en público. Así es como inspirará á los niños más respeto y se granjeará de todos mayor estimacion.

Que dé en todas sus relaciones el ejemplo de esa política que es el signo exterior de los sentimientos benévolos y generosos. Permítaseme citar aquí lo que he dicho en otro lugar, recomendando á los directores de escuelas normales que acostumbren á sus discípulos á esa amenidad de costumbres que conviene á todos los estados sociales y á esas muchas atenciones que son compatibles hasta con la más íntima familiaridad.

«Hace ya mucho tiempo que la nacion francesa se distingue por ese exterior amable que llena de encantos las relaciones de los hombres entre sí. Exterior que puede muy bien decirse, comunica á las posiciones más humildes una especie de gracia y aun de dignidad, que otros muchos pueblos no poseen. En una obra célebre sobre Francia, hace notar un escritor inglés, con satisfaccion y con sorpresa, que no existe hombre en aquel país, por elevada que sea su clase, que se permita entrar en la choza más humilde sin dirigir á los que en ella habitan algunas expresiones de atencion. Deberia suceder lo mismo en todas partes: el hombre se honra honrando á sus semejantes.

«Por desgracia, esta recomendable virtud, como sucede con otras muchas, va decreciendo de dia en dia; siendo reemplazada, segun se dice en el mundo elegante, por una noble franqueza: quiero creerlo así; pero, en

una esfera ménos elevada , tendrá lugar el reemplazo por una brutal grosería.

«Los maestros pueden contribuir, por su influencia y por su ejemplo, á prevenir esta desgracia, y á conservar al rededor de ellos, en las relaciones sociales, esa política que tan llena está de encantos.»

## CAPÍTULO XIV.

### RELACIONES DEL MAESTRO CON SUS DISCÍPULOS.

Una recomendacion cuya grande importancia no me será dado encomiar lo suficiente , es la de que no recibais nada de los discípulos mientras estén confiados á vuestra direccion, excepto en casos muy raros ó cuando una antigua costumbre autorice que, en comun, se haga un regalo al maestro, y aun sería de desear que semejante costumbre se aboliera.

Los hombres , por regla general , no dan , sino que prestan ó venden. El padre de familia que os envia un regalo, se lisonjea secretamente de que tendreis algunas complacencias por su hijo: lo que espera de vos (cuidado con engañaros sobre este punto) no es un conveniente y saludable aumento de severidad , sino que cerreis los ojos á alguna infraccion de la disciplina, y aun que, al llegar la época en que verifiqueis alguna distribucion de premios ó distinciones , os sintais dispuesto á inclinar la balanza en favor suyo.

Así, ¡qué despecho se apodera de él cuando sus hijos no obtienen lo que se atrevian á esperar ! Irritase entonces; abriga tentaciones de echaros en cara lo que os dió, le parece que sois un deudor infiel , ó un ingrato por lo ménos.

Preservaos contra un compromiso tan indigno , con-

tra suposiciones tan innobles ; y no establezcáis , aceptando de los unos lo que los otros no pueden ofrecer , una especie de desigualdad entre vuestros discípulos , que deben ser iguales ante vos .

Ved ese pobre niño que , no teniendo nada que dar , contempla con aire contristado á sus dichosos camaradas que se acercan á vos con la sonrisa en los labios y con las manos llenas ; su tierno corazón se hincha de pesar y se abre al amargo sentimiento de la envidia ; se reconoce humillado y no se atreve á levantar los ojos ni sobre ellos ni sobre vos , cree siempre ver en las miradas de estos compañeros afortunados el orgullo del triunfo y en la vuestra la reconvencion de su pobreza .

Un sabio maestro rehusará asimismo , á no mediar circunstancias extraordinarias , los servicios que sus discípulos esten dispuestos á hacerle , y cuyo precio pueda valuarse en dinero , y no consentirá jamás que los acepte su mujer de las jóvenes que concurren á la escuela , caso de que se admita á estas : rehusará siempre con política , pero no aceptará nunca .

Porque si llega un tiempo en que se levante contra él en el pueblo una de esas borrascas de que la prudencia más previsora no siempre pone á cubierto , los padres de aquellos niños que hayan escardado algunos rincones del jardín del maestro , ó prestado algunos cuidados á la limpieza de su casa , exclamarán á voces : « Este maestro convertía á nuestros hijos en criados suyos , y se hacia servir su casa por nuestras hijas . »

En el pueblo más pacífico y mejor dispuesto en vuestro favor , obrad siempre , Anatolio , con los discípulos como si temierais que algun dia se os ha de volver hostil . No tendreis sino motivo de alegraros por la reserva y discrecion que os inspirará semejante pensamiento .

Vuestras relaciones con los niños deben ser en todo caso las de un amigo sabio y sincero . Guardaos de tener familiaridad con ellos ; no permitais jamas , ni aun fuera de la

clase, que olviden la distancia que les separa de vos; pero manifestaos siempre con ellos lleno de bondad, de complacencia, de mansedumbre, y demostrad interés por cuanto les concierna. No os recomiendo que vayais á ver frecuentemente á los que esten enfermos; pues suponer que necesitais esta recomendacion seria hacerlos una ofensa.

Teneis bastante juicio para que os olvideis nunca de vuestra dignidad en presencia de los alumnos, para que no seais constante siempre en vuestro modo de obrar á vista suya, para burlaros con ellos ó en su presencia, para ocuparlos de vos mismo ó de vuestros asuntos. Nada os diré, por consecuencia, sobre semejante particular.

Amad, os lo repito, á esos queridos niños, que Dios, vuestro país y sus familias os confian; amadlos á todos en conjunto, y á cada uno de ellos en particular. Pero acertad á preservaros igualmente, así de una indiferencia que seria culpable, como de un extraordinario cariño que podria convertirse para vos en un manantial de decepciones. Es indudable que os avergonzariais de pareceros á esos maestros duros y egoistas, que se dedican á su tarea como á un trabajo mecánico, y que no experimentan simpatía alguna por la amable juventud que se fia á sus cuidados; mas no querais tampoco, por vuestra dicha, pareceros á esos otros á quienes anima una ternura viva y llena de inquietud.

Pues si llegais á figuraros que, porque sois un padre para vuestros discípulos, estos han de ser para vos unos liernos y amantes hijos, os haceis una ilusion.

Quiero creer que algunos de entre ellos correspondrán á vuestros cuidados con un cariño sincero; quiero tambien creer que todos, ó casi todos, experimentarán por vos un sentimiento de simpatía más ó ménos vivo, más ó ménos duradero; pero lo que hay de cierto, por regla general, en el cambio de afectuosos sentimientos entre el maestro y los discípulos, aun entre el padre y

el hijo , es que el niño recibe siempre mucho más de lo que da.

Léjos de mí, sin embargo, el pensamiento de criticar al maestro que , dotado de un alma muy afectuosa y de una ardiente afición á su sagrado ministerio , prodiga á la juventud todos los tesoros de su amor. Expónese sin duda á decepciones crueles pero ¡cuán dichosos son sus discípulos si saben gozar del cariño de su maestro ! Su palabra , inflamada por el celo , llena de calor á las almas más tibias ; haciendo al mismo tiempo florecer como de un dulce rocío , en los corazones donde penetra, todos los sentimientos generosos.

Si experimenta muchos pesares, no deja de tener muchos consuelos; pues existen para las almas tiernas una multitud de goces que ni siquiera es capaz de sospechar el egoísmo. Una lágrima de arrepentimiento, una generosa conversion á la virtud , un noble movimiento del alma, y hasta progresos rápidos é inesperados en el trabajo, le proporcionan raptos de alegría que le hacen olvidar sus pesadumbres todas.

Estos caracteres elevados y tiernos son muy raros. Vos , Anatolio , procurad colocaros en un justo medio entre la indiferencia, que os constituiria culpable, y un celo muy ardiente , que os haria desgraciado. Llenad los deberes que teneis respecto á los niños con una ternura tranquila , y resignada de antemano á cuanto el porvenir pueda reservaros.

Imitad al sabio duque de Montausier. Encargado este ilustre personaje de educar al hijo del gran rey Luis XIV, cuando llegó el dia de poner término á tan difícil como honrosa tarea , dirigió estas palabras al jóven príncipe:

«En el dia de hoy , Monseñor , vuestra educacion ha terminado. Si teneis buenos sentimientos , me amaréis; si no, me aborreceréis, y yo recibiré consuelo.»

El príncipe fué siempre digno de su antiguo maestro. Tomad anticipadamente vuestra resolucion, como hizo

Montausier. Quiero creer que ninguno de vuestros discípulos será ingrato ; pero la mayor parte serán indiferentes, ó parecerá por lo ménos que lo son. Conservando hácia vos un verdadero afecto , no buscarán ocasiones de probárosle ; deseando vuestra dicha , no harán nada para contribuir á ella.

Esto , Anatolio , no debe turbaros ni sorprenderos. Gozad del reconocimiento que os profesen los corazones generosos, y no os inquieteis por los que no lo sean.

## CAPÍTULO XV.

### EL MAESTRO EN SUS RELACIONES DE FAMILIA.

«La vida privada, ha dicho un gran orador, debe permanecer oculta.» Esta máxima, admirablemente verdadera, no es aplicable por completo al maestro público, que así pertenece al país por su vida íntima como por el ejercicio de sus funciones. En efecto , el país tiene derecho á exigir que el manantial de donde fluyen para los niños las lecciones y los ejemplos, permanezca puro constantemente.

La casa del maestro debe ser como una segunda escuela que esparza por todo el pueblo, bajo la forma del ejemplo, lo que en la otra escuela no se enseña á los niños sino con el carácter de lecciones.

Anatolio ! si la divina Providencia os ha conservado parientes ancianos á quienes podais devolver una parte de lo que por vos han hecho en vuestra infancia , estoy cierto de su dicha. Gracias á vuestros cuidados, no turbará nube alguna el ocaso de su existencia. El ejemplo que debeis á todos los niños os hará más sagrada esta obligacion , que la misma naturaleza nos impone y el corazon acepta con alegría.

Todo el pueblo admirará , y aun me atrevo á expresarme así, estudiará en vuestra casa la union conyugal, los exquisitos cuidados, las previsiones mútuas , y, se-

gun el estado de vuestra fortuna , el ahorro sabiamente administrado ó la pobreza noblemente vencida.

Que no se vaya nunca á visitar al maestro en su modesta casa, sin que sea motivo de edificacion el contemplar su tranquila dicha , que jamás se salga de ella sin sentirse mejor.

Así es como se mostrará digno de educar á la juventud.

Mas no es posible que lo llegue á conseguir sólo por sus fuerzas; es preciso que se le comprenda y sea secundado: la eleccion de una compañera es para él de la más alta importancia.

No hay duda en que las ventajas materiales y las gracias exteriores serán para los ojos del maestro de algun valor; pero lo que debe buscar ántes que nada es esa sabiduría de costumbres que asegura el reposo de la vida, esa amenidad de carácter que constituye su encanto. Es preciso que su compañera, tan razonable y dócil como amante , acepte con placer cuanto hay de excepcional en la posicion de su esposo. Sin la consideracion pública nada puede : y no gozará de esta consideracion en tanto que las personas de quienes se halle rodeado no la merezcan como él.

Que las ocupaciones de maestro , por multiplicadas que sean, no roben nada á sus deberes de esposo y padre. Que á fuerza de cuidados , de ejemplos de valor moral, de dulces previsiones, haga dignos á su mujer y á sus hijos de cooperar á su más noble tarea, la de propagar los buenos hábitos morales.

Que jamás su familia tome parte en las divisiones, chismes ni querellas del lugar; que nunca partan de su pacífica morada los tiros emponzoñados que van á herir la reputacion de otro; que se haga un crimen de la más ligera murmuracion. Pero que aquel á quien se ataque injustamente encuentre sus defensores en el maestro y su familia; que no en vano busque en este su consuelo el dolor, y que la inexperiencia encuentre consejos útiles.

Así los miembros de esta dichosa familia amarán los vínculos que los unen: así no se dejarán arrastrar sino muy difícilmente á ninguna de esas reuniones en que preside el placer, pero sabrán salir de ella sin vacilacion cuando se trate de visitar á los afligidos y á los enfermos.

Mas por estrechos que sean aquellos vínculos, es preciso distinguir y separar muy bien la casa de la escuela. Cuando el maestro se halle en clase, se ha de guardar muy bien de creer que está en su casa, y nunca debe consentir que los individuos de la familia se mezclen ó intervengan en los asuntos de la enseñanza.

Si el maestro tiene hijos, le diria yo: «De entre todos los niños que hay en el pueblo, ellos deben ser los mejor educados y los más instruidos. ¿Cómo ha de creerse que atendeis cuidadosamente á los hijos de los demás, si descuidais los vuestros?»

Su educacion, sin embargo, puede ofreceros dificultades. La costumbre que tienen de vivir en vuestra compañía quitará á vuestra autoridad una parte de su prestigio; la indulgencia del padre debilitará algunas veces las exigencias del maestro; las súplicas de una madre, siempre muy tierna, encontrarán un auxiliar poderosísimo en el secreto deseo que tendreis de no continuar en vuestra familia y en las horas consagradas al descanso los combates que asiduamente sosteneis en la clase.

Si conoceis que todos estos motivos oponen grande obstáculo á la buena educacion de vuestros hijos, llegaria á ser conveniente que os separárais de ellos. Podriais hacer con alguno de vuestros compañeros una especie de cambio: vos os encargariais de uno de sus hijos, y él se llevaria á su casa al vuestro. Así tendriais entre las manos una especie de rehenes, que os responderian de sus cuidados. Así tambien quedaria asegurada la buena educacion de vuestro hijo, sin necesidad de que os gravárais con ningun desembolso.

Os indico este medio para aquellas ocasiones en que

sea necesario y practicable. Si semejante separacion momentánea os fuera muy penosa, ó si por otro cualquier motivo dejara de seros conveniente, conservad vuestro hijo en vuestra escuela, pero multiplicad los cuidados y las precauciones para educarle bien.

No le preguntéis jamás sobre lo que pasa, ya en la escuela, ya fuera de la escuela; y aun negaos á oír las inocentes confidencias que estará dispuesto á haceros. Jamás digais en su presencia cosa alguna de las que á la clase sean concernientes. No consintais tampoco que revele á ninguno de sus condiscipulos lo que suceda en el interior de vuestra casa. Velad atentamente sobre sus relaciones. Sed para él, en público, más severo y más exigente que para ningun otro. En sus pequeñas cuestiones con los demás niños, tened algunas veces el valor de reprenderle, aunque parezca tener razon. La afectuosa bondad del padre le indemnizará del rigor obligado del maestro.

Gracias á semejantes precauciones, vuestros hijos, sábios y rectamente educados, podrán llegar á ser (é importa que lo sean) los modelos de la juventud.

Celoso en velar sobre vuestra familia, velad tambien asiduamente sobre vos mismo. Dedicad al estudio algunos instantes al dia; sin dispensaros jamás bajo ningun concepto de semejante práctica. ¡Anatolio! el tiempo nos hace una guerra incesante, robándonos insensiblemente una parte de lo que hemos adquirido. Al trabajo es á quien toca prevenir el efecto de semejantes pérdidas. No para adquirir, sólo para conservar vuestras facultades intelectuales, así como vuestra instruccion, declinarían con rapidez si no diese la lectura diariamente algun nuevo alimento á vuestra alma. Estudiar un poco cada dia, es el único medio, no de avanzar solamente en la carrera, sino de no retroceder.

Basta con que dediqueis á este estudio diario una media hora; cuyo ejercicio, al mismo tiempo, ejercerá una

influencia saludable sobre vuestro perfeccionamiento moral. ¡ Admirable poder del estudio ! suministrándonos instruccion, contribuye á hacernos mejores.

## CAPÍTULO XVI.

### INFLUENCIA DEL MAESTRO.—USO QUE DE ELLA DEBE HACER.

Los hombres cuyos hijos educaréis, y con quienes estais destinados á vivir, pertenecen, por regla general, á la parte laboriosa del Estado. Sereis considerados por ellos próximamente como su igual; pues aun cuando algunos os superarán en bienes de fortuna, vos los superareis por vuestros conocimientos, y lo que pudieris tener sobre los otros, bajo cualquier título que sea, quedará necesariamente compensado por la dependencia en que os constituye vuestro cargo. Si el pueblo en que ejerzais vuestra profesion es de poco vecindario, y se os confiere la secretaría del ayuntamiento y la sacristía de la parroquia, sereis para los habitantes de aquel el vínculo que los unirá á estos tres grandes poderes: el Estado, la Iglesia, la ciencia.

Semejante posicion os grangeará respecto de ellos un prestigio considerable; y si sabéis igualmente elevar vuestro carácter á la altura de los deberes que se os han encomendado, y plegarle segun requieren las exigencias de vuestra posicion, os será bien fácil obtener su benevolencia y su cariño; y os concederán, casi sin pensarlo, una confianza que rehusan la mayor parte de las veces á otros hombres cuyo estado social ó mucha instruccion los hace muy superiores. Con estos se mantienen reservados, pareciéndoles que sus intereses, si no son hostiles á los suyos, son por lo ménos muy distintos. Pero saben muy bien, respecto á vos, que sus intereses son los vuestros; y la superioridad de vuestras luces, que ellos mismos se complacen en reconocer, les dispone á dejarse dirigir por vuestros consejos.

Estos , las conversaciones que con ellos sostengais y los ejemplos que les suministreis, ejercerán sobre todos un verdadero ascendiente. Que este ascendiente no os enorgullezca nunca , ni menos hagais alarde de él; por el contrario , dad á entender que ignorais habérosle ganado ; pero empleadle discretamente para el triunfo de toda buena idea, de todo noble sentimiento.

Tratad sobre todo de generalizar el gusto de las buenas lecturas. ¿Por qué, gracias á vuestros esfuerzos, no habia de ser posible el ir formando poco á poco una pequeña biblioteca, cuyos libros, yendo alternativamente de familia en familia, harian deliciosísimas aquellas horas que en los dias festivos se dedican al ocio? Ya leeria el mismo padre en alta voz; ya querría que uno de sus hijos tomando el libro á su vez, diera una prueba de lo que en sus lecciones habia adelantado. Todos los miembros de la familia miéntras tanto escucharían con la atencion más profunda. El padre, al mismo tiempo que adquiriria conocimientos, gozaria con la inocente admiracion de sus hijos y contestaria á las preguntas llenas de curiosidad que se le dirigieran ; transcurriendo asi las horas con la mayor dulzura y rapidez. Encantado de emplear así sus dias de descanso, se propondria gustoso no perderlos en la impura atmósfera de las tabernas, en medio de groseros placeres de disputas y de blasfemias.

¿Por qué, debo añadir de paso, no habia tambien de ser objeto de vestros cuidados la pureza del lenguaje? ¿Creeis que no es asunto verdaderamente moral el dar á la expresion del pensamiento aquel aire noble y puro que contribuye sin duda alguna á la dignidad del hombre? Es preciso que, por la influencia de los maestros, vaya insensiblemente desapareciendo esa odiosa jerga á que los habitantes del campo, y aun los de los arrabales de las mismas ciudades, se muestran tan obstinadamente aficionados. Por un capricho inexplicable, estos hombres que entienden con perfeccion la lengua pátria, y que la saben em-

plear con las personas instruidas, se complacen en hablar un idioma totalmente diverso cuando tratan entre sí. Úsase ya esta jerga en las mismas salidas de las ciudades; toma un carácter más salvaje cuanto más en los campos se penetra, y llega á ser ininteligible en los pueblos que disfrutan escasa comunicacion. Y no es esta otra lengua, es la misma que hablamos nosotros; pero tan desfigurada en sus articulaciones, tan alterada en el sonido de sus vocales, que casi no se entiende (1). En cuanto á vos, Anatolio, dad á entender que no comprendéis lo que se os dijo con semejante modo de expresarse; y así se verán obligados á renunciar, á lo ménos hablando con vos, á tan bárbaro lenguaje (2).

Instruíos cuidadosamente sobre horticultura y jardinería en la Escuela normal, y propagad en cuanto posible os sea la práctica de estas artes tan útiles como encantadoras. Imposible parece! Semejantes medios de produccion, se ignoran completamente ó no se aplican en los pueblos que están lejanos de las ciudades. Los árboles frutales son muy raros y se ingertan con poca inteligencia, ó sin inteligencia alguna, y son desconocidas muchas hortalizas ó se conocen sólo de nombre. La vida material está privada de mil goces, que parece sin embargo debieran ser propios muy particularmente de las campiñas. El maestro que sepa procurárselas á su pueblo, será su bienhechor. ¿Por qué no habeis de aspirar á semejante gloria? Así el país en que habiteis os será mucho más querido, y vos mismo seréis más estimado

---

(1) En España, por fortuna, no llega el idioma á tal extremo de corrupcion en las aldeas; y aun casi puede decirse, que en los arrabales de las grandes poblaciones y en los pueblos cercanos á esta, es donde se nota más, defecto tan censurable. Los maestros que se ocupen en combatirlo, donde quiera que exista, y en combatir sobre todo el uso de estas expresiones repugnantes que así ofenden á la religion, como á la moral y á la decencia, prestarán sin duda alguna un notable servicio á su país y á las costumbres. (N. del T.)

(2) Esto no es aplicable á los idiomas que no provienen de un español corrompido, sino que son verdaderas lenguas ó dialectos, como el vascongado, el catalán, el valenciano, etc.

por el país. Los árboles que, bajo vuestra inteligente dirección, hayan sido plantados ó inertados en las cercas del lugar, serán para vos como amigos á quienes no podreis ver con indiferencia : todos vuestros paseos estarán llenos de encanto. Un célebre naturalista, Jussieu, importó del Perú á Europa una flor poco brillante pero de un olor de infinita suavidad, conocida bajo el nombre de heliotropo. Se dice que cuantas veces, paseando por las calles de Paris, apercibia esta flor en algun balcon, experimentaba un estremecimiento de alegría. Tales serán las dulces emociones que experimentaréis, Anatolio, viendo al rededor de las casas del pueblo un risueño circuito, donde todo lo que encante con su verdor, todo cuanto florezca sea debido é vuestros cuidados, á vuestros ejemplos, á vuestros conceptos.

Así tambien os impondréis el deber de propagar los escrupulosos hábitos de respeto á la propiedad que en la Escuela normal habeis aprendido á practicar y á apetecer.

Los niños de ambos sexos, en un gran número de pueblos, andan durante el estío sin calzado; sus piés no conocen las medias ; y aun me atrevo á añadir que, para ellos, seria el gastar moquero mucho lujo. ¿ Qué se necesitaría sin embargo para darles todo esto ? Sembrar algunas centiáreas más de cáñamo. Cosa que los más pobres pueden hacer, cosa que harán si el maestro, observando una sabia reserva y empleando alguna habilidad en la eleccion de medios, se muestra algo exigente para la desaparicion de semejante abuso.

No es esto todo : ¡ Cuántas observaciones no podreis dirigir á los jefes de familia ! La falta de aseo produce la insalubridad, y reciprocamente. Las casas de las aldeas se han construido, casi en todas partes, en la posicion menos aireada y eso por si solo ofrece ya un inconveniente. Mas ¿ por qué han de añadir á este tantos otros ? Por qué permiten ó colocan delante de sus puertas y bajo sus ventanas esos montones de estiércol que se descom-

pone, esas balsas infectas, esas inmundicias que se abandonan á la putrefaccion y que ofenden á todos los sentidos á la vez? ¿Por qué, en el interior de las habitaciones, esa repugnante negligencia? Aquí, ropas que se echan á perder; allí, objetos húmedos ó empolvados; más léjos vestidos impregnados de sudor, á cuya limpieza no se ha atendido; en otra parte aguas de jabon corrompidas, ó montones de frutos ó desperdicios que despiden emanaciones insalubres. Declarad la guerra á semejantes hábitos. Recomendad á los padres tan útiles reformas en nombre de la salud de sus hijos: estos llegaran á ser hombres á su vez y pondrán en práctica vuestras lecciones.

Pero sobre lo que habeis de ejercer principalmente vuestra influencia es en favor de las sanas doctrinas. Sin dogmatizar, sin convertiros en predicador, por medio solamente de sencillas conversaciones, podeis hacer un bien infinito á los hombres con quienes vivais.

Mientras hay quien trabaja por disgustarlos de su modesta existencia, vos debeis empeñaros en que la quieran más y en que la consideren estimable. Les hablaréis con efusion de los beneficios que Dios ha dispensado á una vida exenta de bullicio y rodeada de inocencia, y os lamentaréis, aunque sin vituperarlas, de esas ilusiones que reconociendo su origen en esperanzas llenas de ambicion, arrastran á los vecinos de las aldeas á establecerse en las ciudades, y á los habitantes de las provincias á la córte. Sin negar los raros y brillantes resultados que han conseguido algunos, preguntadles si es prudente arrojarse á la ventura sobre un mar que se distingue por su infinito número de naufragios. Habladles del trabajo como una cosa santa á los ojos de Dios y honrosa á los de los hombres; mostrádsele tal como es; quiero decir, como manantial de la riqueza, salvaguardia de la salud, garantía segura de la dicha.

Anatolio! existe en la hermosa ciudad de Nimes un

hombre á quien el cielo ha dado un extraordinario talento para la poesia francesa ; cuyos versos la Europa entera sabe de memoria. Este hombre es panadero, y su oficio no es obstáculo para que posea conocimientos y le adornen modales distinguidos. En que diréis que consiste su manera de vivir? Escuchad: muy léjos de renegar de su modesta posicion, de ir recogiendo aplausos por los salones, de correr en Paris tras los honores y la fortuna, trabaja como un obrero y fabrica pan ; educa y mantiene á su familia con el sudor de su frente, en el trabajo y para el trabajo, y no pide otra cosa á su talento y sus libros que el que vengan á divertir sus pocas horas de ocio.

Sed ganoso de citar ejemplos semejantes, y asi contribuiréis á calmar esa fiebre de ambicion y goces que produce hoy tantas víctimas.

Aun nuestro siglo está atacado por otro mal no ménos funesto : hablo del ódio á las superioridades, cualquiera que sean. Llamad la atencion de los hombres con quienes viváis sobre el respeto de que es digna toda superioridad, y, por lo tanto, llamadla sobre el culto que merecen los deberes á los que se preocupen excesivamente por sus derechos : este es uno de los grandes servicios que la sociedad espera de vos.

Este respeto, en un país que goza como el nuestro todos los beneficios de la libertad, honra tanto más á quien acierta á profesarle, cuanto que es el resultado de una voluntad ilustrada, y que no hay fuerza material para imponerle. ¡ Qué demencia puede haber más execrable que la de profesar aversion á un hombre, sólo por el mero hecho de hallarse revestido de una autoridad cualquiera ó de poseer algunos bienes de fortuna! Combatid, Anatolio, esta locura, ménos por lecciones expresas, que por sabias reflexiones y por advertencias indirectas.

Gracias á vos, se comprenderá que los ciudadanos deben corresponder por medio de una ilustrada sumi-

sion á la solicitud de sus magistrados y de sus jefes, y los ódios, hijos de la envidia y de la mezquindez de corazon, harán lugar á esa general benevolencia que se extiende á todos los hijos de una misma patria; que respeta los dones concedidos por Dios, donde y como quiera que los haya repartido; que hace en fin que el hombre, encuéntrase en el rango en que se encuentre de la escala social, trate de honrar su clase en vez de tener envidia á la posicion de los otros.

Las mismas autoridades naturales... ¿podré decirlo sin dolor? las que Dios mismo ha creado instituyendo la familia, parecen hoy ménos respetadas de lo que debieran ser. Antiguamente los niños sin dejar de amar á sus padres, los temian, y bajo la salvaguardia de la obediencia filial se conservaban el temor de Dios, la santidad de las costumbres y el respeto á las leyes. Sucede lo mismo hoy dia?

Si prodigando vuestros cuidados, vuestras exhortaciones, vuestros esfuerzos, conseguís reanimar este fuego sagrado allí donde parezca próximo á extinguirse, si los discípulos á quienes hayais educado conservan hasta el último momento una tierna y respetuosa condescendencia para la autoridad paternal, ¡oh Anatolio! no habrá á mano de los hombres recompensa alguna que de vos sea digna; ni hay tampoco quien dignamente pueda pagaros, sino Dios y vuestra conciencia.

## CAPÍTULO XVII.

### DE LOS ACONTECIMIENTOS PRÓSPEROS Y DE LOS ADVERSOS.

Hay veces en que el maestro es en todo afortunado: la docilidad de los niños, la sabia cooperacion de los padres de familia, el buen espíritu que anima al pueblo, todo, todo siembra de hermosas flores, y allana y embellece su espinosísima carrera.

Cuando no hay cosa, Anatolio, que no parezca son-

reiros, y coronen los resultados vuestro esfuerzos, agradecédselo á la Divina Providencia; pero pedidle al mismo tiempo nuevas fuerzas.

Porque habeis de saber que los buenos resultados inspiran con frecuencia á los maestros jóvenes una seguridad que les puede ser fatal. Atribuyen á su propio mérito lo que no es debido la mayor parte de las veces sino á una favorable reunion de circunstancias. Se echan á descansar en la confianza que se inspiran á sí mismos. No se creen necesitados de consejos, ni guia, y se extravian bien pronto.

Además, cuando se acierta, no ve uno al rededor de sí otra cosa que semblantes risueños, recibiendo de todos y sin cesar felicitaciones: hasta la misma malevolencia corre á ocultarse; ó bien, para luego dirigir más acertadamente sus tiros, aplaude tambien y adula.

Distinguid bien, Anatolio, cuanto en los buenos resultados pueda haber de casual y peligroso. Sed vos mismo vuestro más severo censor. Aun cuando seais generalmente reconocido como un maestro hábil, concienzudo, irreprochable, emplead los mismos esfuerzos, igual trabajo, que si fuerais un maestro novicio, cuya reputacion y cuyo porvenir se hallasen á disposicion del primero que llegára.

Gracias á esta inquieta atencion sobre vos mismo, vuestra prosperidad será duradera, ó bien si algun inesperado acontecimiento la viese turbar, descansaréis en la tranquilidad de vuestra conciencia.

Redoblad sobre todo vuestro celo si llegais á merecer que se os conceda alguna distincion honorífica. No la atribuyais á vuestro mérito, sino á la benevolencia de vuestros gefes. Miradla al ménos como una recompensa por lo que habeis hecho, y como un estímulo para hacerlo aun mejor en adelante. Pensad en que, cuando se os haya concedido una posicion excepcional ó superior á la de vuestros competidores, os hallais en la absoluta necesidad

de conservarla, trabajando más y trabajando mejor que estos.

Pero tanto cuanto os recomiendo que os sepais conservar modesto entre los felices ó brillantes resultados, os ánimo á que soportéis con valor las contrariedades y desgracias, inseparables casi siempre del ejercicio de vuestra profesion.

Estas contrariedades son bien amargas algunas veces, vuestras intenciones no se comprenden, vuestros esfuerzos no se secundan, la autoridad os abandona, los padres os contrarian, los niños son indiferentes y aun se revelan contra vuestros cuidados. Trabajáis incesantemente, y no adelantais cosa alguna; sois de fuego, y no encontráis sino hielo á vuestro rededor. Os preguntais todas las noches, todas las semanas, todos los meses: «¿Qué he adelantado?» y vuestra conciencia os responde con dolor: «Nada.»

Esto es sin duda muy penoso, pero guardaos cuidadosamente de desesperar. La desesperacion proviene siempre ó de un espíritu pobre ó de debilidad del alma; la desesperacion quita al maestro toda la energía que le es absolutamente indispensable, y le encierra en un círculo fatal de que no le será posible salir. Se desanima porque no acierta, y no puede acertar porque está desanimado.

No hay cosa alguna que una voluntad firme no pueda llevar á cabo; la perseverancia obtiene la palma siempre. A fuerza de paciencia y de valor disipareis las prevenções, llegareis á vencer las malas voluntades; y cuanto más os haya costado vuestro triunfo, tanta mayor honra os ganará.

Acaso os está reservada una prueba más dura todavía.

Hay veces en que bajo ligerisimos pretextos, extraños con frecuencia á los deberes del profesorado, una parte de los habitantes del pueblo declara al maestro una guerra injusta.

La malignidad de sus enemigos suele rayar en furor. Inducen á las personas pacíficas, por toda especie de medios, á que se asocien á sus complots, y se declaran en hostilidad abierta contra quien preste protección al maestro. La discordia hace progresos todos los días. Los amigos, los vecinos y hasta los parientes suelen enemistarse. Se cruzan invectivas de una y otra parte, son propagadas por la murmuración, y la calumnia las envenena. No hay cosa que no se invente, ni resorte que deje de tocarse. Para hacer creer que el maestro ha perdido la confianza de las familias, no tienen los padres inconveniente en enviar sus hijos, aunque sea en el rigor del invierno y atollando barros y nieves, á una escuela bien distante. Se escudriña ó se calumnia su pasado para destruir su porvenir. Un ligero movimiento de vivacidad, olvidado después de veinte años, se representa y pinta como una acción de ferocidad salvaje, y los actos más inocentes llegan á ser objeto de las más graves inculpaciones.

En semejante estado de irritación, la conducta del maestro, sea la que quiera, siempre encuentra censores: obra mal si calla, y si habla hace mal. Si trata de defenderse, se quejan coléricos sus enemigos, como si fuera él quien atacase, si en lugar de defenderse permanece tranquilo, fiándolo todo á la justicia del Gobernador ó de la Junta provincial, se saca la consecuencia de que reconoce su culpa, y de que es su silencio una explícita confesión. Se le acusa de todo el ruido originado por sus perseguidores, y del desorden que han levantado para perderle. «Es increíble, dicen, que esté todo el pueblo hecho un infierno por culpa de un sólo hombre.» Si se reconoce la inocencia del maestro por sus jueces, es acogida semejante decisión con furibundos gritos y exclamaciones, y no se pierde la esperanza de que á fuerza de repetir las denuncias, se acabará por conseguir el triunfo.

A semejantes ataques, Anatolio, debeis oponer una paciencia y una dulzura inalterables. Pero, ¿qué hacer si

se prolongan? Persistireis en continuar en un pueblo, donde es vuestra presencia una incesante causa de divisiones?... Hay casos en que debéis absolutamente continuar. Ceder cuando vuestra moralidad sea atacada por la calumnia, seria un acto de debilidad; dabais á entender con ello que os reconociais culpable. Pero si no se trata de otra cosa que de incompatibilidad de caractéres, y si amigos de buen criterio os aconsejan que cedais á las circunstancias, seguid sin inconveniente su opinion: pedid á la autoridad que os coloque en otro pueblo, donde pueda conciliarse vuestro reposo con el cumplimiento de vuestros deberes.

Es sin duda costoso el renunciar á honrosas relaciones, separarse de personas á quienes se ama, ver como se disipan muchas dulces ilusiones que se forjaron para el porvenir: la separacion es cruel; mas pasada la amargura del primer momento, se goza con las delicias de la calma que sucede á la tempestad: la nueva mansion que se ha escogido, se embellece con los encantos de la antigua, sin que los vengán á turbar pesares ni peligros.

Dios será con vos á donde quiera que vayais, si vuestra alma se conserva digna de su presencia. En cualquier parte en que el hombre de bien pueda ejercer con éxito una tarea honrosa, no permanece aislado. Su verdadera patria es aquella en que se sepa apreciar su virtud, y en que él pueda hacerla útil á los demás.

## CAPÍTULO XVIII.

### CONVENIENCIA DE RETIRARSE Á TIEMPO.

Por mucha que pueda ser vuestra aficion al magisterio, llegará acaso un dia en que debais voluntariamente renunciar á él.

Son indudablemente muy dichosos aquellos, á quienes

la edad no debilita sus fuerzas, aquellos cuyo trabajo no tiene otro término que el de su misma vida. Pero no es dado á todos los hombres conservar hasta el último momento toda la energía de sus facultades. Las funciones de la enseñanza son infinitamente penosas; gastan muchas veces antes de tiempo las más vigorosas constituciones, y el maestro por consecuencia puede sentirse agoviado por el peso de la edad mucho antes que los otros hombres.

Cuando os apercebais de que no os es dable ejercer vuestras funciones, resignadlas si os es posible. No gasteis los recuerdos de un pasado honroso reclamando para el porvenir una indulgencia que probablemente os será negada. Ante la consideracion del deber, ha de callar toda otra.

La ley, desgraciadamente, no ha consignado todavía de un modo terminante que se os concedan derechos pasivos; pero hay muchas probabilidades para creer que disfrutareis de este favor cuando la ancianidad llame á vuestras puertas. Si esto no sucede, no dejará como en el dia de ser potestativo á los ayuntamientos el acordarlos en beneficio de sus dependientes; y en tal caso, esperad que llegareis á obtenerlos si podeis alegar una vida sin tacha, empleada por completo en derramar el bien á manos llenas, en sembrar todas las virtudes, y entre ellas el agradecimiento, en el corazon de aquellas mismas personas cuyo voto necesitareis. Y por fin, si desde el dia en que deis principio á ejercer vuestro ministerio tenéis presente que acaso no llegueis á disfrutar jubilacion, que es en la juventud cuando podemos prevenirnos contra los reveses de la vejez, que no hay familia alguna, y mucho menos la de un maestro, á quien sea necesario por medio de una vida laboriosa y ordenada conseguir algunos ahorros, que debeis hacer estos productivos por medios lícitos y honrados, y que hay en España una *Sociedad de socorros*

*mutuos* cuyo porvenir parece seguro ; no tendreis una absoluta necesidad de que os venga á conceder un socorro para que podais retiraros de vuestra escuela en tiempo oportuno, y pasar en descanso y con comodidades la vejez.

Si no teneis la vista bastante penetrante, el oido bastante fino, los movimientos bastante prontos para vigilar con éxito sobre esa multitud de jóvenes aturridos, tan hábiles para descubrir las imperfecciones de su maestro como deseosos de aprovecharlas; si decae vuestra memoria, si vuestro pecho se fatiga y rinde, si el tiempo destinado á la clase se os hace largo, si los niños tambien se cansan, y, sobre todo, si sentís que languidece en vos esa energía de voluntad que es absolutamente indispensable para trabajar con buen éxito, no esperéis á más ; por mucho amor que conserveis á vuestro ministerio, por necesario que os pueda parecer á vuestra existencia, retiraos.

«Yo me veria entonces, me direis acaso, reducido á vivir con una jubilacion ó renta que no llegaria ni á la mitad de lo que disfruto ahora.»

A lo cual os responderia yo : «Más vale sufrir todos los tormentos del mundo que ser un malvado ; y vos mereceriais este título si, reconociéndoos incapaz de dirigir una escuela, persistierais en tenerla á cargo vuestro.»

¿Qué ganariais por semejante terquedad ? Esa dimision que no habriais querido presentar voluntariamente, os seria impuesta bien pronto, ó si el establecimiento que dirigiais no fuese público, los discípulos se os irian retirando. No podria menos de notarse el decaimiento de vuestras fuerzas, y el retraso por lo tanto que se experimentaria en la enseñanza. Y no creais que se os mantendria en vuestra plaza, dejando á los niños bajo vuestra direccion, por reconocimiento á lo que hubieseis podido hacer. ¿Con qué derecho se sacrificaria la educacion de

los niños , atendiendo á consideraciones personales ?

Pero la objeccion que habeis hecho se desvanece ante un exámen sério: podeis ver sin temor que se aproxima este término fatal , siempre que os hayais preparado para él por medio de recursos.

Estos recursos son de dos clases:

En primer lugar, un tesoro de afecciones que sean la corona de vuestra vejez. Estad cierto de que recibireis esta recompensa si habeis llegado á merecerla. Aquellos mismos á quienes animaba contra vos el espíritu de la envidia ó de otras pasiones , os llegarán á hacer justicia. Al fin de vuestra carrera , encontrareis pocos indiferentes , y muchos menos que sean ingratos.

En segundo lugar, los recursos materiales que , gracias á vuestra prevision , y segun os dejo indicado, hayais podido reunir mediante vuestra prevision.

Persuadios , Anatolio, para llegarlo á conseguir , de que no hay ahorros insignificantes, y de que, gracias al espíritu de prevision y economía , que se concilia perfectamente con la austera práctica de todos los deberes, ninguna escuela, por muy pobre que quiera ser, puede dejar de asegurar á un maestro para los dias de su ancianidad una digna y decorosa independencia.

## SEGUNDA PARTE.

### LA ESCUELA.

#### CAPÍTULO XIX.

##### CELO.—PACIENCIA.

Para que el maestro pueda obtener buenos resultados en la enseñanza, le son indispensables sobre todo dos cualidades: celo y paciencia.

Compónese el celo de dos sentimientos, amor al deber y afición á los niños: el amor al deber constituye el celo activo, vigilante, infatigable; y la afición á los niños le hace cuidadoso, ingenioso, tierno.

El hombre más instruido, si no tiene celo, no pasará de ser un maestro detestable; permanecerá dentro de él toda su ciencia, sin que á los demás sea transmitida bajo una forma agradable y conveniente; y así se aburrirá enseñando, como aburrirá, por una consecuencia inevitable, á los que haya de enseñar. Abundan tanto los malos hábitos cuando se tiene esta especie de negligencia, como las yerbas nocivas en un campo mal cultivado.

Sucede todo lo contrario cuando hay celo: un hombre poco instruido que posea tan inestimable don, llegará á ser á poca costa un maestro estimable. Enseñará muy pronto á sus discípulos todo lo que sepa, lo cual, si bien

será poco para un maestro, es ya mucho para los niños, y trabajará asiduamente en perfeccionarse y en mejorar su instruccion. Pedirá consejos, procurará ilustrarse escuchando dócilmente á sus compañeros de profesion, y aprovechará todo el tiempo que sus habituales ocupaciones le dejen libre para ampliar sus conocimientos. Llegará finalmente á ser tan hábil como grande su celo, y prestará servicios utilísimos al pueblo que tenga la fortuna de poseerle; mientras que el hombre instruido, pero sin celo, será considerado como una carga de que nunca será bastante pronto para desembarazarse de ella.

No os entregueis ciegamente, sin embargo, á vuestro celo; por muy laudable que sea, ilustradle por un profundo estudio sobre vos mismo: no todos los hombres están llamados á conseguir buen éxito por iguales medios.

El uno, muy impetuoso, no se puede detener en expresar su descontento: va mas allá del fin que se propone, y en lugar de imponer agría los ánimos: quien así sea, debe encerrarse siempre en una reserva fria é impasible.

El otro sabe conservar su dignidad en medio de las mayores emociones: tiene en su modo de mirar y en su voz, animada por una justa indignacion, algo que impone, que subyuga; hable en tono de autoridad, y se hará obedecer.

Hay tambien algunos cuyas palabras dulces y benévolas infunden á la vez emocion y respeto; conmuevese al escucharlos el corazon de los niños, y se humedecen de lágrimas sus ojos. Estos hombres, favorecidos del cielo, serán capaces de obtenerlo todo por la exhortacion y el cariño.

En otros por el contrario, la expresion de una bondad afectuosa tiene algo de vulgar que enajena el respeto; y no deben tratar de aparecer buenos, sino contentarse con dar pruebas de que son justos.

En una palabra: el celo del maestro debe ilustrarse continuamente por medio de la prudencia y del conocimiento de sí mismo.

El celo, además, debe ir acompañado de paciencia. Estas dos cualidades son indispensables una á otra. El celo sin paciencia no es otra cosa que un ardor temerario; la paciencia sin celo no es digna de este nombre, es una apatía deplorable.

La paciencia, virtud generosa y santa, no consiste como podria creerse en una especie de insensibilidad y resignacion, sino en una lucha incesante contra la ignorancia que se quiere desvanecer, contra los defectos que se trata de destruir, contra los obstáculos que se pretende arrollar.

La paciencia exige una continuacion de esfuerzos; pero esfuerzos que han de ser interiores, que absolutamente no se hagan ostensibles. Sostiene el alma combates verdaderos, pero el gesto, la cara, la voz permanecen en profunda calma.

Es raro que la paciencia no triunfe de las circunstancias más rebeldes; es imposible que, sin el socorro de la paciencia, se llegue á este gran resultado, y es sobre todo al maestro á quien se debe aplicar esta verdad. No se concibe mejor á un maestro sin paciencia, que á un sacerdote sin caridad, que á un soldado sin valor.

Este paciente celo es incompatible con un defecto contra el cual, por mucho que yo os diga, no acertaré á preveniros lo bastante: tal es una especie de contempORIZACION ó de lentitud, que se aproxima mucho á la negligencia.

Está uno lleno de buenas intenciones, pero estas intenciones no se ponen en práctica. Tiene excelentes ideas; mas en el estado de ideas permanecen en el espíritu, sin que nunca se lleguen á convertir en esfuerzos ni en actos.

Se disfruta una verdadera complacencia con la agradable perspectiva del bien que se hará, pero siempre se deja para mañana el ponerlo en ejecucion. Pasan dias sobre dias, meses sobre meses, y nada se ha hecho....

Aquel medio, cuya eficacia se habia reconocido, no se ha empleado aun; este registro, en el cual debian inscribirse tantas cosas, no se ha principiado ó sólo tiene algunas líneas; el niño á quien era preciso dedicar, por extraordinario, algunos cuidados particulares, todavía los espera.

Este defecto, á que están sujetos muchos hombres, estimables por otra parte, es tanto más peligroso cuanto que pasa, por decirlo así, desapercibido. Las faltas originadas por él producen poca inquietud de conciencia; pues van siempre acompañadas de una incesante resolución de repararlas. La buena esperanza que hace semejante resolución, mantiene al espíritu en una engañosa calma. No se inquieta hoy, por una deuda que al otro día ha de pagar; pero este otro día, por desgracia, tiene un mañana, y el prometido no llega nunca.

Anatolio, si os parece una cosa bien, ¿por qué no la ejecutais al instante? Es tal vez penosa; ¿pero lo será ménos mañana? Indudablemente que nó. Qué digo? tendreis una gran ventaja haciéndola cuanto antes. La debilidad de carácter con que hoy contemporalizais, tendrá mañana sobre vos mayor imperio; puesto que ha obtenido una victoria más sobre vuestras acciones.

Guardaos, pues, de tan fatal debilidad, y no dejéis nunca para el otro día la ejecución de un buen pensamiento.

## CAPITULO XX.

### EXACTITUD.

Una de las más seguras pruebas para conocer el celo de que el maestro está animado es la exactitud.

Es exacto un maestro cuando á sí mismo se impone é impone á sus discípulos el cumplimiento de todos sus deberes sin excepcion, efectuado en el tiempo prescrito y en conformidad con las reglas establecidas.

La verdadera exactitud supone necesariamente cuatro

cosas : la preparacion, la puntualidad, la asiduidad y la constancia.

No puedo yo concebir que haya clase bien desempeñada, sin una preparacion, más ó ménos detenida y concienzuda siempre. Detestad, Anatolio, la presuntuosa negligencia de esos maestros jóvenes cuyo ánimo, acalorado todavía con ideas extrañas á la enseñanza que han de suministrar, se arrojan sin transicion en medio de las dificultades de que está erizada la clase. ¡ Ridículo orgullo ó imperdonable ligereza! Preparaos á lo ménos una vez por día. Recapitulad entre vos mismo los trabajos de la clase precedente, revisad vuestras notas, estudiad lo que habeis de decir, haced con anticipacion todos los preparativos materiales que os puedan economizar el tiempo destinado á la enseñanza de los niños. Un cuarto de hora de preparacion del maestro, vale para los discípulos una hora más de leccion. Recogeos, sobre todo, algunos instantes dentro de vos mismo, invocad la asistencia divina, no sólo con los labios y repitiendo algunas palabras devotas, sino con el fondo de vuestro corazón, y preparaos animosamente para la energía, para la paciencia y para la bondad.

La puntualidad del maestro no es como la del discípulo. El concurrir éste tarde, sólo es nocivo para él; mas el retardo del maestro es nocivo para todos. El discípulo se halla exento de todo reproche cuando llega á la hora precisa, pero el maestro incurre en falta sino está en la escuela con anticipacion á la hora señalada para entrar.

En efecto: si ordenais vuestro tiempo de tal modo que no llegueis sino al momento fijo de la entrada, os sucedera más de una vez, á pesar vuestro, que llegaréis ya tarde. ¿ No hay mil obstáculos imprevistos que os pueden detener? Bien encontraréis en el camino á un padre de familia, á quien tengais necesidad de oír; bien se os puede olvidar algun recado, que os obligue á volver á

vuestra casa; bien algunos papeles ó algun libro que os sean indispensables, y que acaso no encontréis á la mano para dejar de deteneros mucho más tiempo del que creiais. Arreglaos, pues, de tal modo, que os halleis dispuesto siempre un cuarto de hora ántes del momento prescrito, y así, aun cuando sobrevengan estos pequeños obstáculos, no serán hastantes para que incurrais en falta.

Por otra parte, si teneis el tiempo tasadísimo para ir á la escuela, ó si la hora ha dado ya, os vereis en la necesidad de apresuraros por la calle; y un hombre que se apresura pierde la gravedad que á vuestra profesion es conveniente. Si encontráis á alguno, tendréis que pasar por descortés, tratando de ser exacto. Y casi siempre, al llegar á la escuela, estaréis de mal humor contra vos mismo, ó contra los demás, disposicion de espíritu peligrosa para dar principio á una clase.

Todos estos inconvenientes quedarian orillados, si como es ordinario, se hallara vuestra habitacion en el mismo edificio que la escuela. Pero no ha dejado de notarse muchas veces que los maestros más cercanos á su clase, son tambien los que más tardan en llegar á ella: como su espíritu no está inquieto por la distancia, no piensan en la hora sino cuando la oyen sonar.

Procurad que no haya sobre este punto nada que criticar ni reprender. No os permitais tampoco, como algunos malos maestros, ausentaros de vuestra clase, dejándola al cuidado del ayudante ó de algun niño. Semejante abuso, es por fortuna poco comun. Casi siempre que el maestro le comete, recibe á su vuelta quejas ó no halla sino desórdenes y confusion. Irritase entonces y castiga; pero, á decir verdad, no hay otro culpable allí sino el maestro. No hubieran los niños faltado á sus deberes, si él hubiese cumplido con el suyo.

Tiènese en la Universidad como regla sagrada é inviolable no dejar solos á los discípulos. Los maestros de

primera enseñanza deben tambien seguirla. No hay motivo alguno que pueda autorizar una ausencia mayor de cinco minutos.

Pero el Alcalde puede llamaros. — El Alcalde será el primero que os reprenda, si no esperais, para recibir sus órdenes, á la hora en que los niños salgan (1). — Puede tambien el Párroco reclamar vuestra cooperacion. — Debeis estar prevenido desde la víspera, caso de que el asunto sea oficial ó de comun costumbre, y tomar, competentemente autorizado, una determinación, por la cual la hora de las clases sufra un ligero cambio. No habiendo tal importancia en el asunto, debeis tambien esperar hasta que los niños salgan de la escuela. — Quiere hablaros un padre de familia. — Que vuelva cuando la clase haya terminado. El tiempo destinado á la enseñanza de los niños no le pertenece á él ni os pertenece á vos, sino á su hijo y á todos los demás.

¿Qué podré decir de los maestros que reciben visitas en la escuela, que se ocupan de sus negocios personales, que abrevian la duracion de la clase, que se permiten conceder algun dia de vacaciones sin la debida autorización?

Todas estas son faltas graves. Para merecer el título de maestro hábil y concienzudo, no basta evitarlas; es preciso trabajar, no solo asiduamente y con puntualidad, sino tambien con lo que yo llamaria *espíritu de continuacion*; es decir, con aquella razonada perseverancia que permanece fiel á la marcha fijada de antemano. Esta cualidad es la que falta á un gran número de maestros. No son coordinados ni progresivos sus esfuerzos, se hace bien cada cosa, pero sin cuidar de su relacion con lo que luego ha de seguirla. No basta que las clases se sucedan, es preciso que se encadenen.

(1) El maestro, sin embargo, y reservándose hacer las observaciones ó reclamacion que fuesen oportunas, debe obedecer semejante orden del Alcalde, si es que terminantemente le previene ésta que al momento se presente á él. (N. del T.)

El maestro que tiene un verdadero espíritu de continuacion no abandona al azar cosa alguna; no pasa temerariamente de una idea á otra, y no emprende sino lo que le es posible acabar. Todos los dias se oye decir: «Esto es un fin que me propongo, pero del que estoy léjos todavía: es preciso esperar. Esta parte de la enseñanza deja aun que desear, hay una laguna en ella; pero ya la llenaré. La mayor parte de los discípulos han obtenido un éxito que no todos han alcanzado, ya le obtendrán.»

## CAPITULO XXI.

### BONDAD.—SEVERIDAD.

No basta tener celo, paciencia y exactitud; sino que es tambien indispensable, y no os importa ménos establecer vuestra autoridad sobre los niños y hacerlos obedecer.

La obediencia de los niños es el resultado de dos sentimientos que á la vez debeis inspirarles, y que se prestan mucho apoyo: el temor y el amor. Una prudente severidad es el origen del primero, y por medio de una bondad paternal obtiénese el segundo.

Juzgad, Anatolio, segun estos principios, á esos Maestros duros y groseros que, no atreviéndose á desahogar dando golpes el furor que los anima á veces, anonadan á fuerza de brutales invectivas la inocente timidez de los niños. ¡Desgraciado el maestro que se aventura á entrar en tal camino! Llegará á serle imposible salir de él, y encontrará su primer castigo en semejante imposibilidad. Si se deja llevar una ó dos veces de semejantes arrebatos, adquirirá tan fatal costumbre; no le será posible contenerse, no sabrá decir nada con dulzura, se hará de vez en vez más grosero, insultante, y hasta sin apercibirse de ello él mismo.

Qué resulta de aquí? Que los niños se acostumbran á estas furiosas manifestaciones, llegándolas á tener como acompañamiento indispensable del trabajo que hay que

emplear en instruirlos. Resulta que cuando se quiere ejercer influencia sobre ellos por medios naturales y empleando la dulzura, no se consigue nada ; que semejantes á los sordos, no pueden ser despertados sino por el ruido del trueno. Su sensibilidad se embota de tal modo, que no es posible excitarla sino por palabras picantes, por palabras que hieran. Fieles imitadores de su maestro, son brutales los unos con los otros, groseros entre sí. ¡ Qué puede haber más repugante que una escuela de esta especie !

No temo, Anatolio, para vos el contajo de tan odioso ejemplo ; pero caeríais en un extremo de no menor peligro, aunque de naturaleza opuesta, si llevaseis la bondad hasta el punto de familiarizaros con vuestros discípulos. Procurad cuidadosamente ponerlos al alcance de los niños, pero no vayais á convertirlos en niños vos. No tengais para ellos complacencias pueriles. Un padre se las puede permitir alguna vez ; un maestro jamás. Es la autoridad de un padre tan inherente á su persona, que puede no abrigar el temor de comprometerla ; mas no siendo sino prestada la del maestro, se expondría á perderla si un solo instante lo olvidara. Acaso hayais leído que Enrique IV, para divertir á sus hijos, corria con ellos por su cuarto á caballo sobre un bastón. Léjos de oscurecer su gloria semejante debilidad de su amor de padre, realza su esplendor ; pues gusta ver tan buen padre en quien era tan gran rey. Pero vos siempre estais expuesto á que se os tache de pequeño de ideas. Para que no se os confunda, pues, con los niños á quienes enseñais, para que ellos mismos no se lleguen á tener como iguales á vos, es preciso que conserveis siempre la dignidad en la bondad. Esta misma dignidad no tiene mérito, mientras que una justa severidad no le dé valor. Los niños no aman sinceramente sino al que sabe hacerse temer ; no dan importancia, no aprecian la dulzura sino en aquel que da pruebas de energía.

Es pues un grande error el tratar siempre á los niños como á personas cuya razon está desarrollada por completo. Semejante conducta, seductora tal vez en teoria, es detestable en la práctica. Si el niño comprendiera todas las consecuencias de sus actos, si reflexionára antes de obrar, si supiera hacer el sacrificio de un goce presente por una ventaja futura, en una palabra, si tuviera razon como nosotros, añadiéndose á ella por otra parte su amable inocencia, la pureza de sus infantiles ideas y toda la castidad de su corazon, seria bien superior á nosotros. No esperemos una cosa tan contraria á la naturaleza.

Nada es más fácil para un espíritu recto y firme que obtenerlo todo de los niños por la autoridad, y seria una locura el querer sustituir á este medio de accion los razonamientos mal comprendidos y olvidados bien pronto. ¡Cuántas cosas se les debe prohibir, sin que permita la prudencia entrar en explicaciones sobre la causa de la prohibicion! ¡Cuántas veces los razonamientos les conducirán á su pérdida, cuando la obediencia sólo puede salvarlos!

Se ha hablado de guiar á la infancia únicamente por medio del sentimiento. Tal manera de educar, no seria, acaso y en rigor, absolutamente imposible para un niño aislado, cuyo feliz natural se hubiera dirigido desde el instante de nacer por una ternura ilustrada, y por una vigilancia continúa que tuviera por objeto librarle de las malas impresiones. Pero desde el momento en que los niños se reunen constituyendo lo que se llama clase, la ligereza de un jóven espíritu aumenta por el reciproco contacto, y sólo la autoridad puede impedir que degeneren en una disipacion capaz de perderlo todo. ¿Se trata de excitar un sentimiento á cada falta? No hay medio más á propósito para profanar lo santo y digno de respeto que el abuso: al corazon no debe llamársele sino en las grandes ocasiones.

Hay teorías en educacion, que son muy inocentes mientras se mantienen en su terreno de teorías; pero que se

convierten en perjudiciales desde el momento en que un maestro poco prudente las quiere poner en práctica; porque no se experimentan sino á costa de la juventud cuyo porvenir comprometen .

Sed muy reservado en el ejercicio de esta noble virtud que se llama *indulgencia*. Ser indulgente fuera de propósito, es decir, cuando el arrepentimiento no es profundo y sincero, y cuando la falta, sobre todo, lleva el carácter de malicia, no es sino animar á los niños para que obren mal en lo sucesivo. Estos no sabrán apreciar vuestra bondad, no la comprenderán : sólo verán la falta de castigo, que les hará peores. Los espíritus falsos, los malos corazones (y entre los de vuestros discípulos pueden muy bien hallarse) no son capaces de comprender los sentimientos elevados. Os creerian tanto más débil cuanto hubiérais sido más indulgente. ¿Quién puede prever hasta donde llegaria su insolente perversidad? Por el propio interés de vuestros discípulos, acertad á ser severo.

Si se ha cometido una falta contra vos personalmente, no cedais á ese movimiento de generosidad á que os moveria entre otras el temor de que el castigo se tradujera como venganza. No consintais jamás que se falte, en vuestra persona, al respeto que á su maestro debe siempre el discípulo. Las faltas de este género son mortales para la disciplina; si se renuevan con frecuencia, es imposible continuar dirigiendo la clase, y si se continua á pesar de ellas, valdria mucho más que se cerrara, pues la escuela entonces es un mal para los alumnos. Niños que faltan al respeto á su maestro no respetarán á nadie: ¡se burlarán mañana de sus padres, de las autoridades, de las leyes!

## CAPÍTULO XXII.

### ESTUDIAR EL CARÁCTER DE LOS NIÑOS.

Para que podais emplear con buen éxito los dos re-

sortes del temor y del amor, es preciso que conozcais perfectamente el carácter de los niños confiados á vuestro cuidado. Tienen estos, rasgos generales que son comunes á todos ; pero hay tambien una infinidad de rasgos particulares que los diferencian. No puede ser más difícil encontrar dos hojas de árboles enteramente iguales que dos caracteres de niños completamente gemelos.

Tratar de reducir á todos al mismo nivel, seria querer forzar la naturaleza ; dirigir á todos ellos por iguales medios, tentar un imposible. Estudiad, pues, cuidadosamente la diversidad de caracteres; recoged todas las noticias que sus padres, sus vecinos, sus amigos os puedan transmitir; observadlos sin afectacion en sus paseos y en sus juegos, en los cuales, libres de toda violencia, de la sujecion que en la escuela se les impone, aparecen tal y como son; ganad su confianza y obtened de ellos la revelacion de sus secretos pensamientos. Efectuando tal estudio, y valiéndose de semejantes medios, los llegaréis á conocer, y podreis emplear así con cada uno de ellos los resortes más apropiados á su naturaleza.

Hay niños cuyo natural vivo y alegre no les consiente tomar en serio cosa alguna, y cuyas faltas, hijas siempre de la ligereza, apenas tienen consecuencias.

Hay otros cuyo humor es sombrío y huraño, y que, cuando hacen algo malo, lo efectúan con una culpable premeditacion.

El exterior dulce, modesto y dócil de algunos es indicio de las más felices cualidades ; mientras que á otros iguales signos no les sirven sino para ocultar una profunda hipocresía, para cubrir como con un velo todos los vicios.

Los hay (apenas me atrevo á decirlo) á quienes es preciso no manifestar amistad nunca, porque el cariño de que se les dá pruebas los hace orgullosos é insolentes.

Hay algunos á quienes es preciso guardarse bien de herir con una palabra un poco viva; porque se exageran la

importancia de todo, creen que son objeto de la indiferencia ó del desprecio, se desaniman y no trabajan más.

Otros, por el contrario, decaerian si no se les excitára con palabras algo vivas; sin esa animacion del maestro que se comunica á ellos, permanecerian en una apatía incurable.

Debe hablarse á unos<sup>7</sup> con cierta especie de amistosa familiaridad, que, animándolos, los llena de alegría y de esperanza.

Y con otros, ha de procurarse que la voz sea siempre grave y severo el porte: es preciso que se les conserve á cierta distancia del maestro.

El temor detiene á unos, y á otros les embrutece y desanima.

Hay niños tan ardientes, tan impetuosos, que es indispensable moderarlos hasta para el mismo bien, y emplear con ellos sin cesar la brida y el freno.

Hay tambien algunos á quienes es necesario adivinar, y que, bajo un exterior casi estúpido, ocultan un espíritu penetrante y una profunda sensibilidad.

Y me detengo aquí; porque querer detallar los rasgos que diferencian todos los caracteres de los niños, seria emprender una tarea verdaderamente sin fin.

Se me dirá tal vez: «En medio de esta diversidad de caracteres, la mayor parte son malos: y ¿el apático, el indiferente, aquel á quien una justa severidad exaspera, aquel á quien una bondad indulgente anima para obrar mal, serán dignos de que por ellos se tome uno tanto trabajo? No hay bastante con reducirlos á todos á la obediencia por medio del rigor?»

No sereis vos, Anatolio, quien os permitais hacer semejante observacion. Sabeis muy bien que un maestro que sin consideracion obrase con esos tiernos espíritus los empujaria infaliblemente hácia el mal, y que el único medio de conseguirlos y mejorarlos, es usar con cada uno de ellos el remedio que pueda convenirle.

¿Qué se pensaría de un médico que no se dignara consultar el temperamento de un enfermo, y que á todos indistintamente aplicara el mismo tratamiento? ¿No le miraríais con razon como á un asesino? Y á un maestro que obrara del mismo modo ¿no podria considerársele con justo título como homicida de las jóvenes almas que se le confian?

Al empezar á ejercer vuestro cargo, es muy fácil que os equivoqueis mas de una vez en la apreciacion de los caracteres. Así que vuestras propias observaciones, ó la amonestacion de un superior ó de un amigo os adviertan vuestro error, apresuraos á repararle. Adquiriréis por fin irremisiblemente ese tacto que hace apreciar con seguridad y prontitud los caracteres, y ese hábito por cuyo medio, casi sin pensarlo, se emplea instintivamente con cada uno de ellos el procedimiento más á propósito.

## CAPÍTULO XXIII.

### INSPIRAR CONFIANZA Á LOS NIÑOS.

Antes de todo y sobre todo, es preciso que trateis de ganaros la confianza de los niños.

Este sentimiento, que se funda en el afecto y en la estimacion, no se ordena ni se impone; pues nace del corazon, de ese asilo inviolable de la voluntad individual, á que la voluntad extraña puede llegar muy bien por la persuasion, pero jamás por medio de la fuerza.

No lo olvideis jamás: vuestro discípulo está obligado á obedeceros, siendo este un deber que indispensablemente ha de cumplir; y si de él quiere evadirse, teneis medios para forzarle á que le cumpla. Pero no está obligado á tener confianza en vos, y si os la rehusa, no podeis arrebatarésla en modo alguno. Podreis muy bien arrancarle algunas demostraciones exteriores, algunas

palabras falsas, algunas promesas ilusorias; pero no ejerceréis sobre sus sentimientos imperio alguno mientras él mismo no os le conceda; y si obteneis de vuestro discípulo algun signo de un afecto que en realidad no experimenta, sólo conseguireis añadir al mal de la desconfianza el mal del disimulo.

Esta soberana independencia del corazon del discípulo es un hecho sobre el cual generalmente no se ha reflexionado bastante.

Los beneficios del padre y de la madre son tan incesantes y tan inmensos, su ternura tan ardiente y tan expansiva, que la confianza del niño se arroja, por decirlo así, en brazos de sus padres por un movimiento natural é instintivo; y la razon del hijo no se alimenta sino por la fe que tiene en los autores de sus dias. La confianza filial, por consecuencia, tiene á un mismo tiempo, como deber toda la lucidez de un axioma, como sentimiento todo el calor que de un corazon jóven es susceptible.

Mas para todos los demás, este jóven corazon, esta razon naciente reivindica sus derechos y se mantiene en una completa independencia. El niño no puede disponer de otro tesoro que del de su confianza, y no le concede sino de veras.

Y reparad en que á nadie se le ocurre nunca decir á un niño: «Yo te mando estimar... exijo que tu ames...» sino que cuando se trata de infundirle semejante sentimiento respecto á cualquier persona, se le pinta esta con los colores mas favorables, se le describen sus buenas circunstancias, se elogia su conducta: en una palabra, se trata de persuadirle.

Comprended bien este ejemplo; y si quereis que vuestro discípulo os conceda su confianza, es decir, que os estime y ame, persuadidle bien, por todos vuestros actos, de que no tiene mejor guia ni mejor consejero que vos, despues de sus padres.

Os citaré al efecto la respuesta que dió un dia cierto preceptor á su discípulo.

Estaba encargado este maestro hacia algunos meses de la educacion de un niño de doce años, caprichoso en extremo y muy mimado hasta entonces. A la dulzura y á la paciencia unia el maestro la firmeza y la exactitud, cualidades que no eran del gusto de su discípulo. El niño, por consecuencia, no prestaba á su maestro sino una obediencia exterior, su corazon permanecia indócil. Resentíase en todo su conducta de tan fatal disposicion; eran sus progresos casi nulos, porque estudiaba de mala gana; y, sin faltar jamás con su maestro á las reglas de la conveniencia, le dejaba entender con bastante claridad la aversion que le tenia. Un dia en que este sentimiento se manifestó mas vivamente que de ordinario, el maestro le dijo: «Yo os obligaré á cambiar por completo.—¿Y cómo? replicó el niño mirándole con un aire frio é irónico.—Os amaré tanto, dijo el maestro, que al fin os vereis obligado á amarme.» Antes de un año, se cumplió la prediccion. Reconoció el niño en su maestro un afecto tan verdadero y tan nobles cualidades, que insensiblemente fué la aversion haciendo lugar á una amistad sincera. Esta amistad dura todavía, tan afectuosa como nunca, á pesar del largo tiempo transcurrido desde que terminó la educacion del jóven.

Luego semejante estimacion, base de la confianza, la llegaréis á obtener indudablemente si os mostrais tal como sois, y si sois lo que debeis.

No hay cosa alguna que inspire á los niños mas confianza que la sinceridad y la franqueza, ni nada que enaíene su corazon como el disimulo y la hipocresía. La mentira, que tiene el defecto de permitirse á si mismos con mucha frecuencia, y que les parece (por mas que sea erróneo) muy excusable respecto á ellos, á causa de su debilidad y de su posicion dependiente, merece toda su execracion y la tienen por odiosa y vil cuando la ven

usada por cualquier persona que ejerza sobre ellos alguna autoridad. Y extienden su desprecio á todos los defectos que tienen alguna afinidad con la mentira, como el disimulo, la afectacion, la exageracion.

No creais, además, que el engañarlos sea fácil. Cuando no se ha observado de cerca á los niños, no es posible figurarse hasta que punto llega su penetracion y su finura para distinguir los sentimientos mas ocultos de su maestro. No hallándose distraida su atencion como la de los hombres sobre una multitud de pensamientos diversos, se concentra sobre una persona á quien tanto les importa conocer; nada se les escapa; ven y comprenden cuanto delante de ellos pasa, y aun adivinan mucho de lo que se les reserva. Juzgan mal algunas veces, pero observan bien; y para conocer los afectos, es inútil el juicio, bastando la observacion. La falta de acuerdo entre lo que un hombre es en realidad y entre lo que aparenta ser choca á un espíritu j6ven y sencillo tan naturalmente, como á un oido delicado las disonancias musicales; no siendo preciso para 6sto ni experiencia, ni estudio.

¿ Creais, por ejemplo, que puede obtener la confianza de los niños un maestro que, en presencia de los padres y de las autoridades, habla con dulzura á sus discipulos y los reprende con paciencia, y que cambia luego de tono, mostrándose rudo y colérico, cuando con ellos queda solo? Mas le estimarian si le vieran mostrarse siempre tal cual es, sin cubrirse con una máscara en ciertas ocasiones. Por muy desagradable que sea sopor-  
tar la impaciencia y la rudeza, les chocarian mucho menos estas cualidades que la de contemplar hipócrita á su maestro. Se puede estimar á un hombre brutal, pero jamás se estima á un hombre falso.

A fin de que un maestro pueda mostrarse ante los niños tal y como es, es absolutamente necesario que sea lo que debe.

Sed pues cariñoso en realidad, sed en realidad modesto. Os lo he recomendado ya, y nada tengo que deciros sobre tan importante objeto. Me bastará llamar vuestra atención sobre dos puntos, relativos, el uno al efecto de los maestros, y el otro á la modestia.

Cuanto mas animado esteis de cariño hácia vuestros discípulos y hácia vuestros deberes, menos debéis hablar de este cariño: quien bien ama da testimonio de sus sentimientos por su conducta, no pensando jamás en decir: «Yo amo». Las protestas de cariño y celo, por muy sinceras que quieran ser, tienen siempre algo de teatral, no parece, al hacerlas, sino que se está representando un papel. El hombre honrado, por regla general, no habla de su probidad, ni el valiente de su valor: haced lo mismo por lo que respecta á vuestras circunstancias, y muy especialmente sobre la que me ocupa. No habéis jamás de vuestro celo, vuestras obras hablarán por vos.

El consejo que os debo dar sobre la modestia, tiene alguna relacion con el que precede: hélo aquí en dos palabras: nunca habéis de vos con vuestros discípulos, y observad con ellos, mas escrupulosamente aun que con el público, el precepto que os he dado ya sobre este punto (1).

Hay hombres tan llenos de si mismos, que en toda conversacion se están poniendo en escena á cada instante. No cesa el *yo* de salir de su boca: sus estudios, sus trabajos, sus esperanzas, sus temores, son el único objeto de su conversacion. Acaso no haya hombres mas expuestos á esta manía que los que enseñan, porque tienen la seguridad de encontrar siempre en sus discípulos unos oyentes que, no sólo acogen con ardor sus confidencias, sino que tienen algunas veces un maligno placer en provocarlas.

No hay duda en que semejante defecto es leve cuando

---

(1) Capítulo XIII.

no proviene de idea de suficiencia ni de orgullo, cuando es su origen solamente la necesidad de expansion de un alma amante, necesidad que hace mas imperiosa aun la vida estudiosa y solitaria que lleva el hombre encargado de instruir á la juventud. Como se interesa vivamente por los niños, cree que estos se interesan del mismo modo por cuanto á él concierne, y semejante creencia es un error. Sed, pues, afectuoso con vuestros discípulos, pero digno siempre; habladles mucho de ellos, y muy poco de vos.

Lo que tambien importa mucho á un maestro para conservar la confianza de sus discípulos, y especialmente al dar principio á su carrera, es el no incurrir en equivocaciones al suministrar la enseñanza. No os recomendaré bastante, por mucho que lo haga, que estudiéis y penseis detenidamente cuanto hayais de enseñar, á fin de evitar la menor falta de esta especie, el mas pequeño error. Cuando se trata con hombres instruidos, nada mas comun que decir: «Me he equivocado.» Pero con vuestros discípulos, que no tienen conocimiento del mundo, con el público que os rodea, y cuya inteligencia no ha sido bastante cultivada para saber hasta que punto es fácil al hombre mas instruido incurrir en error, nada habria mas sorprendente ni que os perjudicara tanto que un dicho semejante. ¿Qué cosa mas natural, por ejemplo, que equivocarse en una operacion de aritmética? Esto nos sucede á todos: no hay banquero ni comerciante que, al enviar una cuenta á sus corresponsales, no añada estas palabras: *Salvo error ú omision*. Pues bien, si á vos os sucediera el cometer un error de este género, las personas que os rodearan quedarian tan sorprendidas como descontentas, y no le achacarian á la irreflexion ni á la distraccion, sino que la imputarian de ignorancia. Se diria desde luego: «No sabe su oficio.» Y lo mismo puede decirse de la ortografía, de la geografía y de las demas asignaturas. Proceded con lentitud siem-

pre que efectueis operaciones; tomaos tiempo para contestar á lo que se os pregunte; mas no opereis ni contesteis sin plena seguridad de acierto. No os comprometais en su caso sino á decir : «Quiero examinar despacio esta cuestion , reflexionaré sobre este punto.» Mejor es esto que equivocaros. Vuestra falta seria un objeto de vanagloria para el que hubiese podido notarla , y de murmuracion para todo el mundo. Aun pasados diez años se hablará de ella ; aun despues de diez años , despues de veinte , se preguntará á los discípulos de vuestra escuela: «Dimé, ¿ se equivoca algunas veces todavía el maestro?... ¡ Cómo se lo noté *yo* hace veinte años ! »

Esto seria un verdadero obstáculo para el éxito de vuestras tareas y para los progresos de vuestros discípulos; porque, como ha dicho perfectamente un célebre filósofo, *es indispensable que el discípulo tenga fé en su maestro.*

Figurarse que es posible incurrir impunemente en un error dirigiéndose á los discípulos , es conocerlos bien mal , es ignorar lo muy dispuestos que se hallan (á lo menos en las ciudades) á examinar lo que saben sus maestros , y la avidez con que recogen toda falta por la cual pueda dudarse de sus conocimientos; si el maestro es jóven , se dice que aun no sabe ; si es viejo, que no sabe mas.

## CAPÍTULO XXIV.

### MEDIOS DE ANIMAR Á LOS NIÑOS PARA EL CUMPLIMIENTO DE SUS DEBERES.

Los medios de que el maestro puede disponer para obrar sobre los caractéres tan distintos de sus discípulos son de dos clases, de excitacion los unos y de repression los otros: una sábia combinacion de ambos produce resultados mas seguros.

Los primeros encaminan la voluntad del discípulo hácia

el bien por las emociones del placer y de la esperanza, y los segundos apartan del mal por las impresiones del temor y del dolor.

Ocupémonos de los primeros.

Tales son la razon, los sentimientos religiosos, el amor filial, las alabanzas, la emulacion y las recompensas.

Puede muy bien hablarse á la razon de los niños, con tal que sobre ellos se conserve la bastante autoridad para hacerse obedecer sin necesidad de recurrir á este lenguaje. Si habitualmente son dóciles, ¿por qué no explicarles pudiendo hacerlo sin inconveniente, los motivos de la conducta que con ellos se observa?

«Buscad, dice Fenelon, todos los medios de hacer agradable á los niños lo que de ellos exijais. Cuando les propongais que hagan alguna cosa difícil, hacedles entender que el placer seguirá muy pronto á la pena que se hayan de tomar. Mostradles siempre la utilidad de lo que les enseñeis, hacedles ver su uso..» «Esto, les direis, «es para ponerlos en estado de cumplir luego como se «debe con las obligaciones que os imponga la profesion «ú oficio que sigais; es para formar vuestro juicio; es «para enseñaros á hacer vuestros negocios por vosotros «mismos, sin temor de ser engañados; para quitaros una «costumbre que puede seros perniciososa.»

El sentimiento religioso excede mucho en fuerza á la razon. Dichoso el maestro que le sabe emplear con éxito, y aprovechar la inocencia de sus jóvenes discípulos para dar á todas las determinaciones de estos, como primer móvil, el deseo de complacer á Dios. No dejará nunca la pureza de adornarlos, y bajo la proteccion de este guardian divino, conservarán todas aquellas hermosísimas virtudes que constituyen el mérito y hacen el encanto de la infancia. Mas para obtener, Anatolio, semejante resultado, es ante todo indispensable que seais digno de él. Hablad de la religion con entusiasmo, pero estad animado vos mismo de un espíritu religioso

vivo y sincero. Quien no siente este ardor sagrado y contagioso es incapaz de transmitirlo.

Infundid cuidadosamente en el alma de vuestro discípulo el deseo de agradar á sus padres; haced que considere la satisfaccion de estos como la mas bella corona que puede recompensar sus esfuerzos: que se dedique al trabajo con intencion de complacer á aquellos, que se aparte de cuanto es malo para evitar disgustos á un padre cariñoso y á una tierna madre. Ya os he dicho que es una especie de sacrilegio el abusar del sentimiento tratándose de educar por este medio, sabiamente empleado, suaviza el carácter y eleva el alma del discípulo.

La alabanza, á la cual naturalmente son los niños muy sensibles, puede asimismo producir los mas dichosos resultados; pues tanto cuanto temen la vergüenza y el desprecio, les satisface recibir pruebas de estimacion. Sabed por consecuencia hacer un buen uso de la alabanza para estimular á vuestros discípulos; pero no la empleis sin una prudente reserva; la alabanza prodigada pierde por completo su valor, volviendo al niño insensible á sus encantos; dada sin discernimiento produce orgullo, y hace que se considere el niño superior á cuantos le rodean, que se haga vanidoso, exigente, obstinado. No le alabeis sino rara vez, con reserva: y hacedle comprender que lo que en él se elogia, no es sino en virtud de lo débil de su edad; que conozca siempre la indulgencia en el fondo de la alabanza.

Estableced y conservad la emulacion entre vuestros discípulos; un niño á quien las mas vivas exhortaciones no son capaces de sacar de su apatia, será posible que haga á veces esfuerzos extraordinarios por no quedar inferior á sus compañeros. La emulacion sin envidia es un excelente resorte en manos de un maestro hábil. Algunos moralistas injustos con la emulacion, le atribuyen males que no son originados por ella. Si en algunos espíritus jóvenes degenera en celosa fiebre, es porque

están ya corrompidos ó se hallan próximos á estarlo. Para los jóvenes cuyo corazón se conserva puro, es la emulación un sentimiento lleno de encanto, que no solo se liga con la amistad, sino que la hace ser mas viva; esos inocentes combates que se libran por amables niños bajo las miradas de su maestro, no tienen otro resultado que derrotas sin humillacion y victorias sin orgullo.

El imperio de la emulación es tanto mas poderoso, cuanto que el niño, naturalmente imitador, está pronto á seguir y aun á sobrepujar el ejemplo que los demás niños le dan; y se avergonzará bien pronto de ser inactivo ó indócil, si todos cuantos le rodean se disputan la palma de la obediencia y del trabajo.

Poderoso aguijon para la juventud son las recompensas: un maestro hábil y celoso las sabrá variar hasta el infinito, y hacer que los niños consideren como tales mil pequeños favores que sin discernimiento les conceden otros; no las reservará todas para el buen resultado, sino que las concederá tambien, y no son estas las menos merecidas, á la aplicacion constante y á la conducta sin mancha ni reproche.

Asi las recompensas como las alabanzas pierden mucho de su valor cuando se multiplican. No las distribuyais sino con una extrema reserva, poniendo mucho cuidado en animar al discípulo cuya esperanza haya decaido, sabiendo hacérselas esperar, y sobre todo, mostrarle á que las gane.

## CAPÍTULO XXV.

### MEDIOS DE RIGOR.

Los medios de represion ó de rigor son los reproches, las reprensiones y los castigos. En el empleo de estos remedios, destinados á volver al alma su salud, debe usar

el maestro tanta prudencia, como el médico en los que emplea para que obren sobre el cuerpo.

Hé aquí lo que dice Fenelon sobre este asunto :

«Jamás para reprender á un niño, os dejéis guiar por su primer movimiento, ni por los primeros movimientos que experimenteis vos mismo. Si seguís vuestros impulsos, el niño se apercibirá de que obráis movido por la cólera ó por el arrebató, no por la razon ni por el afecto, y perdereis así sin recurso toda vuestra autoridad. Si le reprendeis en su primer movimiento, no teniendo el espíritu bastante libre para conocer su falta, para vencer su pasion y para conocer la importancia de vuestro aviso, expondreis al niño á que falle al respeto que os debe. Comprenda él que os dominais: nada será capaz de hacerle ver mejor y mas claro que vuestra paciencia. Observádle, si es preciso, durante muchos dias y en todos los momentos, para reprenderle despues qual corresponda.»

Escuchad bien lo que dice Rollin, el mas virtuoso de los hombres, el guia inmortal de quien aspire á ser digno de educar la juventud.

«La primera regla que se ha de tener presente en la aplicacion de castigos, es la de no imponerlos en el instante mismo de la falta; pues esto, agriando al niño, podria inducirle á cometer faltas nuevas. Debe dársele tiempo para que reconozca aquella, para entrar en sí mismo, para que conozca su culpa, y con ella la necesidad y justicia del castigo; poniéndole así en disposicion de que este le sea provechoso.

«El maestro, por su parte, no debe castigar jamás apasionadamente ni con cólera. Por poco que se trasluzca la emocion en el rostro del maestro, ó en sus maneras, ó en su tono, el discipulo inmediatamente se apercibe de ella, y conoce bien que no es el celo de sus deberes el que le mueve á castigar, sino el ardor de la pasion que ha encendido el fuego que manifiesta: y no se necesita

mas para perder todo el fruto del castigo; porque los niños, por muy pequeños que sean, alcanzan que sólo la razon tiene derecho para corregir... La cólera, que en sí es un vicio, no puede nunca ser remedio propio para extirpar los vicios de los demás.»

Meditad estos sabios preceptos, Anatolio, y tened muy presente que lo que habeis de temer sobre todo, es el acostumbrar á vuestros discípulos á los castigos y reprehensiones. El hábito lo endurece todo: quien recibe frecuentes reprimendas, se hace ordinariamente insensible. Espérase el castigo como una borrasca que ha de pasar, ó inquieta poco.

¿No habeis observado que las madres son, por regla general, mucho menos respetadas de los niños que los padres? Hablan aquellas mucho, reprenden con frecuencia, amenazan sin cesar y no producen casi ningun efecto. El padre no habla tanto, amenaza poco y se hace obedecer.

Las reprehensiones deben ser para los niños accidentes varios y desagradables, es preciso que conserven de ellas un recuerdo penoso, y que teman por consecuencia su repetición. Pero si continuamente se les riñe, si oyen siempre á su alrededor y sobre ellos el ruido de la tormenta, les sucederá como aquellos pueblos situados en las inmediaciones de las grandes cataratas, que, á fuerza de vivir en medio del ruido, dejan de apercibirse de él.

El niño á quien se castiga muchas veces por ser ligero, acaba con frecuencia en convertirse en malo, que es lo que principalmente ha de tratarse de evitar.

No hableis jamás delante de vuestro discípulo de sus defectos, como de una cosa sobre la cual teneis formada vuestra opinion y tomado vuestro partido; pues él por su parte tomará el suyo, y no hará, para corregirse, esfuerzos que considerará desde luego como supérfluos.

Guardaos sobre todo de esas siniestras predicciones que se permiten algunas veces los maestros imprudentes: «Este niño es malo: acabará mal.» Tales prediccio-

nes, en boca de un maestro, no son inconvenientes sólo, sino hasta crueles. Cerrad vuestro corazón á semejantes pensamientos, donde, si acaso han llegado á penetrar contra vuestras intenciones, deben permanecer profundamente ocultas.

Hay veces en que la cólera mueve al discípulo á desobedecer, encendiéndose en él una especie de fiebre, que se anuncia exteriormente por una implacable obstinacion. Haced entonces uso de circumspeccion extrema; no le provoquéis dando lugar á que os falte. Prevenid las consecuencias que su indocilidad puede producir. Cuando el discípulo llega á olvidarse de sus deberes hasta el punto de mirar con aire furioso á su maestro, cuando en presencia de este deja llevarse por algun acceso de insolente cólera, no hay entonces nada que esperar: es preciso que el discípulo y el maestro se separen. Sabed, con una calma llena de firmeza, prevenir este triste resultado.

En tales circunstancias, no creáis haberle domado porque le hayais castigado con rigor; pues sólo agriarle, irritarle mas únicamente es lo que habreis llegado á conseguir. Disimulará sus malos sentimientos, esperando la primera ocasion de hacerlos conocer. No será malo solamente, sino tambien hipócrita.

No deja tambien de suceder á veces que el niño, cuyo carácter ha sido dominado con poco tacto, no se cuida de disimular su rencor. Su aire de enojo y obstinacion durante la clase, sus réplicas siempre calculadas para disgustaros, su prontitud en aprovecharse de todas las ocasiones en que pueda poner de manifiesto una mala voluntad, son una perpetua declaracion de guerra á la disciplina.

Para inculcar mejores sentimientos en un discípulo de disposiciones semejantes, se necesita una acertada mezcla de dulzura y de energía, y una perseverancia á la que no haya cosa alguna que pueda desanimar. Pero lo que ha de procurarse principalmente, es impedir á toda costa

que el niño caiga en un estado tan peligroso , estado de que es mas fácil preservarle que hacerle salir despues.

## CAPITULO XXVI.

### IGUALDAD DE CUIDADOS Á LOS DISCÍPULOS.

Prestar igual cuidado á todos los discípulos , hé aquí Anatolio, una de las mas sagradas obligaciones del maestro, y desgraciadamente , una de las que descuida más.

El maestro no piensa muchas veces sino en el interés de su propia reputacion, y trata de que brillen algunos discípulos de lo más sélecto, en quienes ha podido descubrir gran aptitud , queriéndose hacer honrar con sus progresos y descuidando á los otros niños.

Los discípulos y sobre todo sus padres (porque los discípulos se acomodan muy fácilmente á la indiferencia del maestro , que favorece su apatía) , tiene derecho á echar en cara al profesor semejante preferencia , que les causa un doble perjuicio : pues , dejando de prestar á un niño los cuidados que se les deben , no sólo se le priva de las ventajas morales que la religion y la ley han querido asegurarle, sino tambien de las ventajas materiales que de la instruccion son consecuencia y que hubieran mejorado su suerte.

Considerad, Anatolio, como infinitamente culpable al maestro que, en interés de su vanidad, cuida sólo de algunos discípulos, á quienes condena muchas veces á un excesivo trabajo, contentándose con exigir de los otros la inmovilidad y el silencio. Si algunos de estos niños, tan indignamente descuidados, se abandonan á la distraccion ó hablan, se irrita contra ellos, no porque pierdan tiempo ni se habituen al desorden , sino porque le distraen en el exclusivo cuidado con que á los otros se dedica. ¿Puede imaginarse nada mas inicuo? nada mas odioso?

Es verdad que algunas veces no le mueve al maestro para semejantes preferencias el interés de su vanidad, sino el placer que experimenta cultivando inteligencias tan sobresalientes como dóciles. Huyen las horas, sin que él mismo se aperciba, empleándolas en el cumplimiento de una tarea tan agradable. Dedicado por completo á un trabajo, que es un placer al mismo tiempo, no piensa en los perezosos, en los indóciles, en las inteligencias toscas y de comprensión falsa ó difícil, y si acaso al fin piensa en ellas, es á última hora cuando á la vez advierte su omisión y la imposibilidad en que se encuentra de repararla.

Semejante conducta es digna de excusa en principio, pero condenable en los resultados que produce. Temed mucho, Anatolio, el dejaros seducir por tan peligroso placer. Los cuidados de un buen maestro son como el rocío, que fecunda con igualdad todas las plantas, las mas raras como las mas comunes.

Todos vuestros discípulos son igualmente preciosos á los ojos de Dios y del país. Si habeis sido nombrado maestro público, es para que reciban de vos, cualesquiera que fueren sus disposiciones naturales, todos los cuidados que su edad reclama. Dispertar la apatía, activar la pereza, reprimir las malas inclinaciones, y sobre todo mover y estimular los espíritus lentos y débiles, ilustrarlos con vuestras luces, comunicarles vuestro ardor, tal es vuestra tarea. No os es dado descuidarla para con ninguno de ellos sin que incurrais en culpa.

Al maestro á quien domina la vanidad, le diria yo: «¿Queréis brillar por medio de vuestros discípulos? Pues bien, instruird á ese pobre niño que parece condenado por la suerte á no poder aprender jamás. Haced que penetre el dia en esos ojos á quienes parece estan cubriendo unas tinieblas eternas. ¡Qué esa estatua se anime bajo vuestras manos! ¿Hay obra alguna que sea capaz de daros tanta honra?

El conseguirlo es bien penoso, requiere gran fatiga, convengo en ello; pero ¿os habeis llegado á figurar que la carrera del Magisterio está sembrada de rosas? ¿No habeis podido comprender aún que es una tarea infinitamente laboriosa, llena de fatigas y de trabajo? Habeis pensado que para tallar el mármol, labrar la madera, cultivar un terreno ingrato, se necesita más trabajo que para roturar y cultivar las inteligencias? ¿Os figurais que el país espera más celo y mayores sacrificios del soldado que opone á sus enemigos exteriores, que de vos, infatigable soldado de la civilizacion destinado á combatir todos los enemigos que en su seno abriga, la ignorancia, la pereza, la ociosidad, el vicio?

Haced, pues, Anatolio, de suerte que ninguno de los niños que se os confían, tenga más adelante que quejarse de haber sido víctima del sistema de que me acabo de lamentar. En tanto que concurren á la escuela, acaso su pereza aplaudiría el poquísimo cuidado que en instruirlos empleárais; pero su razon se indignaría más tarde. Seriais para ellos un objeto de maldicion y de desprecio. No podrian oir pronunciar vuestro nombre sin exclamar amargamente: «Si nada sé, si no soy nada, ese es el hombre á quien se lo debo!»

## CAPÍTULO XXVII.

### SENTIMIENTOS QUE SE DEBE INSPIRAR Á LOS NIÑOS. (1)

Por vuestras lecciones, por vuestros ejemplos, por mil medios variados que vuestro celo os sugerirá, inspiraréis á los niños amor á la verdad y horror á la mentira, y fortaleceréis en ellos la afición al orden, á la economía, al trabajo; en una palabra, á todos los sentimientos dignos de alabanza, á toda buena costumbre.

---

(1) Algunos de los contenidos en este capítulo se desarrollan en el apéndice, al fin del volumen.

Procurad que lleguen á adquirir esos modales dulces y políticos, de que no siempre hallan modelo en el seno de sus familias y que sólo vos podeis darles.

Cuando se entra en un pueblo ó en una aldea y se ve jugar á los niños sin miedo ni disputas, cuando saludan al extranjero que se les aproxima, responden con complacencia á sus preguntas y se brindan á servirle de guia, se forma desde luego una favorable opinion del maestro. Pero cuando el extranjero no encuentra á su llegada sino niños groseros, brutales, feroces, que huyen al aproximárseles, ó que le rodean con insolente curiosidad ¿ puede creerse que su educacion ha sido esmerada?

Y no os encargo, Anatolio, solamente que acostumbreis á vuestros discípulos á ser corteses; pues las maneras agradables pueden no ser otra cosa que una mentida apariencia: lo que os pido es que sepais inspirarles esos generosos sentimientos de benevolencia cuyo signo es la política.

Que sean sobre todo sus camaradas objeto de semejante benevolencia. Hacedles considerar como una cobardía el abuso de la fuerza física, y como cobardía no menos culpable el abuso de la superioridad intelectual. Manifestad toda vuestra indignacion al que pegue á un compañero más débil que él, así como al que haga objeto de sus chazonetas, á un émulo inhábil. No sufrais tampoco que se burlen por cualquier causa que sea, á ménos que no veais inclinados á los niños á poner el vicio en ridículo, dichosa disposicion de que conviene aprovecharse pero que es muy rara.

A fin de mantener entre vuestros discípulos una constante armonía, guardaos con exquisito cuidado de cuanto sea capaz de turbarla. Cerrad vuestros oídos á las recíprocas delaciones. Acoged una queja justa, pues en tal deber os encontrais: todo niño maltratado debe encontrar su apoyo en vos. Pero exepctuando los casos en que se recurra á vuestra justicia, resignaos más bien á ignorar lo

que tengais deseo de saber, que á tener conocimiento de ello en virtud de esas relaciones que en sí llevan el carácter de espionaje, y que introducen en una escuela la desconfianza y la turbacion. No recurrais jamás á tan triste medio, á menos sin embargo que se trate de alguna accion contraria á la probidad ó á las costumbres: vuestra conciencia, en este caso, os inspirará lo que debeis hacer.

Tanto cuanto vuestros discípulos han de abrigar sentimientos de benevolencia para con sus iguales, tanto han de manifestar respecto á todas las personas cuya edad, cuya posicion social ó cualquier otra circunstancia les dé sobre ellos un carácter de superioridad. Insistid sobre este punto, mucho más importante de lo que podeis creer. Y no os contenteis con prescribirles demostraciones exteriores; obrad de tal manera que un sentimiento de respeto se arraigue profundamente en su corazon.

Algunos de vuestros discípulos, gracias á los cuidados que con ellos empleis, llegarán á conseguir una instruccion superior á la de sus padres. Si llegan á tomar aire de apercibirse de esta pequeña superioridad, si, cuando se tiene necesidad de sus servicios, los prestan con una especie de condescendencia desdeñosa, y algun defecto contra el lenguaje ó contra el uso hace aparecer en sus labios una sonrisa burlona, han comprado la instruccion muy cara: más les hubiera valido no aprender cosa alguna.

No son, Anatolio, de esperar semejantes resultados, hallándose bajo vuestra direccion los niños; vos conservaréis con cuidado en el corazon de vuestros discípulos el más profundo respeto hácia sus padres, el más tierno cariño para con su familia. Les enseñareis al mismo tiempo á amar con efusion su patria, esta grande familia, en la cual todas las otras particulares se confunden; y á la Reina, que es la representante de la patria, ó por mejor decir la patria personificada.

La ley es la voluntad del país, expresada por los que la

representan. El respeto á la ley y á los magistrados, órganos de la ley, debe ser con oportunidad y fuertemente inculcado á la infancia; que venga á ser para esta como una segunda naturaleza. Dichosa España, en que el respeto á las leyes, al jefe del Estado y á los magistrados ha venido á ser, junto con la grandeza del espíritu y el valor no desmentido nunca, uno de los caracteres distintivos de su pueblo. Vos podeis hacer mucho por la conservacion de semejantes sentimientos, y no seré yo quien dude de que emplearéis en tan sagrado fin vuestros esfuerzos. Así es como el maestro puede, por humilde que sea su posicion, merecer bien de su patria.

El buen éxito, en esta parte, será muy fácil en las aldeas. Pero si vuestra escuela está situada en una ciudad ó pueblo grande, acaso encontreis obstáculos que se opongan á la realizacion completa de tan santa obra. Tal vez habrá alguno de vuestros discípulos que esté más preparado para la enseñanza patriótica y moral. Acaso se le haya enseñado á detestar lo que vos le diréis que ha de honrar y bendecir. Es posible que el rugido de los motines haya resonado en sus oídos; que haya visto pasar por las calles y las plazas desordenadas saturnales; que haya crecido en medio de una incesante fermentacion, rodeado de hombres que imputan á las instituciones políticas y al orden social todos aquellos males, que solo son natural resultado de sus vicios. Acaso haya chupado con la leche el veneno de las doctrinas falsas y de los hábitos perversos.

Prodigad á estos desgraciados niños los cuidados más tiernos, y con extraordinaria asiduidad. Que sus espíritus tan agitados en la casa y en la calle reposen completamente en la calma de la escuela. Purificad sus ojos con el espectáculo del orden, sus oídos con sabias palabras y su alma con dulces emociones. Gracias á vos, sus corazones se irán abriendo insensiblemente al amor de la moral y de las leyes.

Acaso esta saludable reaccion llegue á propagarse hasta sus familias. Sí, Anatolio, se han visto ejemplos de padres abandonados á toda clase de desórdenes, para quien una hija llena de piedad, un hijo lleno de sabiduría y de dulzura ha sido el ángel de paz que los ha reconciliado con la sociedad y consigo mismos. La virtud, en el niño á quien se ama, tiene un atractivo tan poderoso y dulce! ¡Es tan cruel para un padre el sonrojarse ante las miradas de su hijo!...

No sé quien es el mas dichoso, si el niño que ha proporcionado á su familia los consuelos de la virtud, ó el maestro á quien es deudor este niño de semejante dicha.

## CAPÍTULO XXVIII.

### EL MAESTRO DEBE HACER AMABLE EL ESTUDIO.

Volvamos ahora al recinto de la escuela, y ocupémonos de vuestra enseñanza. Ante todo, tratad de hacer amable el estudio á vuestros discípulos. Sobre este importante objeto, voy á dejar hablar á Rollin. ¿Quién se atrevería á añadir algo á sus sabias palabras?

«Se encuentran bien pocos maestros que sean bastante dichosos para llegar hacer amable el estudio á sus discípulos. Depende mucho el éxito, en este punto, de las primeras impresiones, y toda la atencion de los maestros encargados de enseñar los primeros elementos debe fijarse en conseguir que un niño, no capaz aun de amar el estudio, no le tome aversion desde luego, y tema que la amargura experimentada al principio ha de sentirla en edad mas avanzada. Por esta razon es indispensable que el estudio sea para él como un juego, que se le concedan pequeños descansos, se le anime con alguna alabanza, que se le dé lugar á estar contento de sí mismo, y que comprenda bien que ha adelantado alguna cosa.

Algunas veces, cuando rehuse ó tenga poca gana de aprender, se enseñará á otro, para así estimularle; se le propondrán pequeñas cuestiones en que se le dejará creer que obtiene con frecuencia superioridad; se le moverá con pequeña recompensa, á las cuales su edad es tan sensible.

«Pero el gran secreto para conseguir que los niños amen el estudio es el de que el maestro sepa hacerse amar á sí mismo. A este precio, los discípulos escuchan con gusto, se vuelven dóciles, tratan de agradarle, reciben un placer escuchando sus lecciones, acogen gustosamente sus advertencias y consejos, son sensibles á sus alabanzas, y se esfuerzan en ganar su amistad cumpliendo bien sus deberes.

«Hay en los niños, como en todos los hombres, un fondo natural de curiosidad, es decir, un deseo de conocer y de aprender, del que se puede sacar gran provecho para hacer amable el estudio. Como todo es nuevo para ellos proponen sus cuestiones, interrogan y preguntan cuál es el nombre y cual el uso de cuanto á sus ojos se presenta. Es preciso responderles sin manifestar pena ni enojo, alabar su curiosidad, satisfacerla por medio de respuestas claras y precisas, y no dárselas jamás engañosas ó ilusorias, porque se aperciben muy pronto de que lo son, y se desaniman.

«En los elementos ó principios de todo arte y toda ciencia, hay siempre algo de seco y de desanimador. Y es por esta razon muy importante endulzar el amargor de cuanto se pueda, convirtiéndolo en agradable.

«Cuando se educa á los niños en particular, ó individualmente, un maestro hábil y observador pone en uso cuantos medios son precisos para que el estudio sea gustoso. Hácese niño como el niño, estudia su gusto, consulta su humor, mezcla el juego al trabajo, parece que le deja la eleccion, no hace una regla del estudio excita algunas veces el deseo con la negativa misma, y con la

cesacion ó interrupcion ; en una palabra , se reviste de mil formas é inventa mil arbitrios para llegar á su fin .

«En una clase numerosa, es casi impracticable semejante medio. La disciplina y el buen órden reclaman necesariamente que se siga una regla invariable, y que la sigan todos con exactitud, lo cual ofrece muchas dificultades, para el asunto que nos ocupa. Se necesita en un maestro mucha cabeza ó una destreza extraordinaria para conducir las riendas de tantos espíritus cuyo carácter es tan diverso: los unos vivos é impetuosos, los otros lentos y flemáticos; aquellos á quienes es preciso detener, estos á quienes hay que aflojar la brida; para manejar, dirigir al mismo tiempo todos estos espíritus, de modo que, á pesar de tanta diferencia de temperamentos, se les haga marchar concertadamente, atrayendo á todos á la vez. Es preciso confesar que, en punto á educacion, no hay otra cosa que requiera más habilidad y más prudencia.

«No es posible llegar á semejante resultado , sino á fuerza de dulzura, de razon, de paciencia , de moderacion y sangre fria. Es preciso no perder jamás de vista este gran principio; que el estudio depende de la voluntad que no sufre contradicciones. Puede muy bien el cuerpo ser contrariado , es posible conseguir que un niño permanezca inmóvil en su puesto , á pesar suyo, duplicar su trabajo por castigo, obligarle á cumplir una tarea que se le imponga , privarle por esta causa del juego ó del recreo; pero ¿ha de estudiar un niño como trabajo forzado? Qué quedaria de semejante estudio sino el ódio á los libros, á la ciencia y al maestro, acaso muy frecuentemente, para el resto de su vida? La voluntad es, pues, lo que hay que ganar primero , y no es posible conseguirlo sino por la dulzura, el afecto, la persuasion, y, sobre todo, por el atractivo del placer.

«Como nacemos perezosos, enemigos del trabajo y de la contrariedad, no es extraño que se encuentre todo el

placer por una parte y todo el aburrimiento por la otra, todo el aburrimiento en el estudio y todo el placer en las diversiones; así que el niño soporta el uno con impaciencia, y corre ardientemente tras las otras. La habilidad del maestro consiste en presentar el estudio de una manera agradable, haciendo así que el discípulo llegue á encontrarle dulce.»

## CAPÍTULO XXIX.

### ENSEÑANZA.—SISTEMAS.

Seguid en la enseñanza que suministreis la marcha á que vuestros maestros os hayan acostumbrado; guardándoos de esos sistemas que, bajo el nombre de nuevos métodos, nacen cada año para morir ántes del siguiente.

No es permitida su aplicacion, sino en cuanto deje de perjudicar á vuestros discípulos. Por mucho mérito que un sistema pueda tener, basta que su éxito sea dudoso para que vos no hagais experimentos sobre esas jóvenes inteligencias, cuyo porvenir depende de vuestros cuidados. Si, por salir del camino ordinario, haceis perder tiempo á vuestros discípulos ¿cómo os justificareis? ¿Bastará que digais, para vuestra disculpa, *me he dejado seducir*? Despreciable excusa, hija de una culpable presuncion.

Esos sistemas os parecerán satisfactorios; pero os atreveréis verdaderamente á juzgaros capaz de apreciarlos? ¿No comprendéis que el inventor, excitado por el interés ó ciego por el amor propio, se ha esmerado en disimular sus defectos?

Esos síntomas que se presentan como nuevos, son por regla general, conocidos desde hace mucho tiempo, y hace ya mucho tiempo que se han descrito. Se los rejuvenece con algunos cambios poco importantes, y la ignorancia y

la presuncion caen siempre en el lazo que les han tendido sus presuntos inventores.

El uno establece como principio incontestable que todos los métodos predecesores al suyo han embrutecido al género humano; el otro reduce la solucion de todas las dificultades del lenguaje á una operacion puramente mecánica; gracias á los rápidos procedimientos de un tercero, puede saberse en una semana lo que hasta aqui necesitaba un año; y hay quien dice presentar tan divertido el estudio, que, encantados inmediatamente los niños por tan atractivo juego, no querrán ninguno otro. Acaso algunos de estos hombres obran de buena fé; pero los especuladores que van tras ellos explotan, á sabiendas, y en perjuicio de la infancia, la credulidad de las familias. Bien pronto se conoce su impostura y se desechan sus métodos. Ellos, con semejante conducta se dedican sencillamente á explotar una novedad, casi siempre con ventaja; pues no hay sistema tan absurdo que no pueda esperar un triunfo de uno ó dos años.

He de haceros sin embargo una observacion: estos métodos, que al cabo de algun tiempo son abandonados con desprecio, han producido al principio algunos resultados especiosos. Esto no debe sorprenderos: el inventor, para asegurar algun éxito á su sistema, suele prodigar tiempo y esfuerzos, en virtud de los cuales llega á obtener resultados que deslumbran, resultados que, por más que se atribuyan á su método, no tienen otro origen que su esmerado celo.

Emplead en la aplicacion del método ordinario y legal ese celo ardiente, inquieto, infatigable que despliegan los especuladores en interés de su vanidad ó de su fortuna, y obtendreis un éxito tan brillante como duradero.

Y ¿cuál es este método? El que vuestros maestros han empleado en instruiros.

Que la enseñanza sea simultánea, mútua ó mixta, la marcha es la misma siempre. Principiar por las nocio-

nes más fáciles, no decir nada sin explicarlo claramente, asegurarse de que cada uno de los discípulos lo ha comprendido, continuar después con la enseñanza de nociones más complicadas, recordar las lecciones precedentes repasándolas sin cesar, hacer un alto de tiempo en tiempo para considerar en conjunto lo que ya se ha visto en detalle, ejercitar continuamente la memoria, pero no recayendo este ejercicio sino sobre objetos que la inteligencia haya podido comprender, medir la dosis del trabajo sobre la capacidad natural de los niños, y ser en toda esta obra paciente, activo, complaciente, infatigable: tal es el método que vuestros maestros han empleado para instruiros, tal el que debeis seguir.

Si tiene alguno de vuestros discípulos inteligencia torpe, memoria infiel, concepcion difícil, no os desaniméis: preservadle con asiduidad del desaliento, que para él sería mortal; y como tiene necesidad de trabajar más que los otros, tratad de aumentar sus fuerzas.

Y las aumentaréis excitando su valor, inspirándole confianza en sí mismo. Será preciso escuchar con imperturbable complacencia todas sus divagaciones, volverle al buen camino sin hacerle comprender que de él se ha apartado, no manifestar que se da mas importancia á sus faltas que á las ménos notables de sus émulos, llamar la atencion de los otros y la suya hácia la más leve apariencia de progreso. Ya que no podais alabar en él lo mejor, alabad lo ménos malo.

Es raro que, en una escuela, existan en gran número estos niños tan desheredados por la naturaleza; sino que se encuentran más frecuentemente, sobre todo en ciertas provincias, niños de inteligencia bastante precoz y aventajada. La disipacion de su natural demasiado vivo ofrece á las buenas intenciones del maestro una incesante guerra.

Para fijar la atencion de estos jóvenes aturdidos, os sugerirá vuestro celo toda especie de inocentes astucias.

Les concederéis algunas veces un ratito de recreo; les dejaréis respirar durante algunos minutos; les proporcionaráis descanso con la narracion de alguna historia interesante, prometida á la aplicacion y concedida al buen éxito. Les dispensaréis de algunas explicaciones y exigiréis que aprendan ántes por si mismos. Multiplicaréis entre ellos los concursos y todos los medios de emulacion.

Sean los que quieran su aturdimiento y vivacidad, no ceséis jamás de poseeros. La enseñanza debe ser siempre grave. Hablad generalmente más bien en baja que en alta voz. Cuando el maestro la levanta, el discípulo eleva la suya, uniformando naturalmente su tono con el de aquel. A favor de este ruidoso cambio de palabras, se establecen con facilidad en la escuela mil conversaciones particulares. Por el contrario, cuando el maestro habla bajo, ningun discípulo puede hablar sin ser oido. Nada más absurdo que esa preocupacion, tan estudiada en las poblaciones de poco vecindario, por la cual se concede más mérito al maestro que, sea en la iglesia, sea en la escuela, aturde más los oidos: preocupacion tan perjudicial á una buena disciplina como á la salud del maestro, que se gasta en esfuerzos tan ridículos.

Por otra parte, el que grita se agita necesariamente; siéndole difícil conservar esa compostura decente y digna que da la autoridad á la enseñanza. Yo no os prohibo, sin embargo, guardáos bien de creerlo, esas vivas emociones que, comunicándose del maestro á los discípulos, reparten por toda la escuela el calor y la vida. Es bueno que el maestro se anime, y que, de tiempo en tiempo, levante la voz sin dar gritos. Fatigase así más, pero es mejor la enseñanza. Me gusta que un maestro, al salir de la clase, esté rendido, y que le sea el reposo mucho más necesario que á los niños.

### CAPÍTULO XXX.

#### MODELOS DIGNOS DE SEGUIRSE.—GERSON, ROLLIN.

No quiero terminar, Anatolio, mis instrucciones sin proponer á vuestra imitacion dos nobles modelos, escogidos entre otros que podria ofrecer. Como dice un antiguo adajo: *Leccion empezada, ejemplo acabado*. Escuchad y retened estos dos nombres, pues son el honor de nuestra patria y la gloria de la enseñanza : Gerson, Rollin.

Hace cuatro siglos que floreció Gerson. Era un hombre de alta inteligencia, de ciencia profundísima, de una virtud á toda prueba, de carácter dulce y modesto. Brilló por su elocuencia en la Universidad, en el púlpito, en los concilios. Manifestó una fuerza de alma igual á sus talentos, y en las épocas de turbacion y de anarquía inflamó el valor civil hasta el heroismo, reclamando venganza para las víctimas bajo los puñales de los asesinos. Dió á luz, entre otros escritos célebres, la *Imitacion de Jesucristo*, que un célebre filósofo ha llamado la mas bella obra que ha salido de mano de los hombres.

Este ilustre defensor de todas las sanas doctrinas, hallándose aun en la fuerza de su edad, quiso acabar sus dias en una oscuridad laboriosa. Fué á Lyon, á sepultarse en una escuela de niños pobres, dedicándose á su instruccion por completo.

Convertido en maestro de escuela el que habia sido oráculo de la Iglesia universal, no creyó abatirse descendiendo hasta los niños más pequeños, encontrándose al lado de estos tan contento y tan en su lugar, como si estuviera hablando aún en presencia de los concilios y de los reyes.

El confuso ruido del mundo, que todavía, aunque en vano le llamaba á reinar de nuevo sobre él por el ascen-

diente de su virtud y de su elocuencia, venia á expiar ante la puerta de su humilde clase. Su majestuosa frente, sus ojos en que brillaba el fuego del génio, estaban sombreados por el velo de una piadosa humildad. Nada revelaba en él su condicion anterior, á no ser una especie de gracia majestuosa que no le podia abandonar; y nada tampoco le distinguia de un maestro ordinario, exceptuando una sublimidad de paciencia y de celo dignos de Aquél que nos ha enseñado á imitarle.

Por toda recompensa á sus cuidados, sólo pedia á sus discípulos que añadieran todos los dias á sus oraciones estas palabras: «Dios mio, tened piedad de vuestro pobre servidor Juan Gerson.» Y en su testamento suplica á todos aquellos á quienes ha prestado sus cuidados, que paguen el mismo tributo á su memoria.

¿No admirais, Anatolio, semejante modelo? ¿No os inflama con generosa emulacion el ejemplo de este gran hombre? ¿Os sonrojais de esa oscuridad que preferia á todas las glorias del mundo? ¿Os quejariais de esas fatigas que escogió él como descanso de una vida agitada por largo tiempo? ¿Dejariais de estar en contacto de los niños, sabiendo que él quiso pasar sus últimos dias en medio de ellos, y que fundó todo su consuelo en el amor de estas inocentes criaturas y en la esperanza de lo que alcanzarian sus oraciones?

El segundo ejemplo que os quiero citar es de distinta especie. No ha ocupado Rollin en el mundo destino tan brillante, no ha sido sino simplemente un maestro de escuela; pero sobresaliendo tanto en la enseñanza, que, tratando sólo de imitarle los que se dedican en una esfera más humilde á trabajos análogos, se harán más y más dignos de su mision. ¡Dichosos si pueden reproducir algunos de los rasgos de tan venerable imágen!

Rollin, nacido bajo el reinado de Luis XIV. tan fecundo en grandes hombres, fué la gloria de la Universidad de París. Discípulo, profesor, director, rector, se

hizo estimar constantemente y constantemente querer, por la reunion de las más raras cualidades.

El mismo día en que se le concedió la honra de dirigir un colegio, renunció á toda relacion con el mundo; no salió más de su estudianto asilo, de donde, si le alejaban alguna vez momentáneamente sus deberes, no se alejaba nunca su pensamiento.

Extendíase su solicitud á todos los detalles administrativos, así como á todos los cuidados de la educacion. La disciplina era irreprochable. Los maestros, que eran escogidos por él con infinitas precauciones, secundaban sus esfuerzos, y los conducia con tanta habilidad, que insensiblemente les inspiraba su espíritu. Cuánto exigió de los otros, lo practicaba él primero, siendo más rígido para sí mismo que para los demás. Era el más puntual y el más asiduo á todos los ejercicios, y aun ausente, presidió á todos; porque los discípulos, acostumbrados á él, le veian en todas partes ó creian verle, en tanto que estaban inflamados por su pensamiento, y les imponía su recuerdo casi tanto como su presencia.

Dedicado por entero á la educacion de sus queridos discípulos, se ocupaba de cada uno de ellos como si hubiera sido uno solo. Así en sus instrucciones generales, como en los consejos que particularmente suministraba, no cesaba de excitar en el alma de sus alumnos el fuego de todo noble sentimiento; y, gracias á la direccion eminentemente moral que sabia dar á su instruccion, era para ellos el estudio de las letras la escuela de la virtud.

La ternura que les profesaba le hacía extraordinariamente sensible á sus adelantamientos. Se dice que, en la distribución de premios, rayaban en embriaguez su alegría y entusiasmo. Estrachaba con efusion entre sus brazos á los vencedores; y encontraba para los vencidos aquellas dulces palabras que reaniman el valor.

Se juzgará por la anécdota siguiente, de la confianza que inspiraba. Un padre de familia, que habitaba en una

provincia apartada, y que no conocía sino por su reputacion al virtuoso director, le llevó su hijo, pidiéndole que le admitiera entre sus pensionistas. Rollin rehusó, porque el número de sus discípulos era ya muy considerable, y, para convencerle, le hizo recorrer todos los dormitorios, donde no quedaba ni un solo sitio de que se pudiera disponer. Este desolado padre no se quiso rendir á la evidencia. «He venido expresamente á Paris, le dijo entónces, para traeros mi hijo; le hareis acostar en una clase, en un patio, donde vos querais: una vez que esté en vuestro colegio, estoy contento y me marcho con tranquilidad.» Y se fué, ó mejor dicho, se escapó, dejando al niño; que Rollin se vió obligado á alojar en su propio gabinete, hasta que le pudo proporcionar sitio entre los otros.

La virtud de este hombre, tan generalmente admirada y estimada, no estuvo sin embargo al abrigo de la calumnia. Rollin, en virtud de una denuncia injusta, recibió orden de dimitir la direccion del colegio, y por un resto de consideracion, se dió la órden en secreto.

En este momento critico, olvidándose Rollin de si mismo, no pensó sino en sus queridos alumnos. Buscó un sucesor digno de reemplazarle, le encontró, tuvo la dicha de que se aprobara su eleccion y se retiró tranquilamente.

El domingo que precedió á su marcha, nadie sabia aun en la casa la desgracia que sobre ella iba á caer. En una corta instruccion que dirigió despues de vísperas, habló de su situacion actual, pero de modo que no fuera comprendida: representó á un cristiano que era víctima de un gran dolor. «Habia recibido la mision de hacer bien á sus hermanos, pero tal vez abrigó al cumplirla sentimientos demasiado terrenales. Un golpe de cayado del soberano pastor le previno se retirara, y él se sometió, lleno de confianza en la bondad paternal de aquel que le affigia.» Semejantes palabras no fueron comprendidas sino despues del acontecimiento.

En fin, al otro día, Rollin ejecutó su resolución. Sobre las cinco de la tarde, despues de haber ido á la capilla á ofrecer su sacrificio á Dios, salió solo, y sin que persona alguna se apercibiera de ello, excepto algunos de los principales maestros. Despues de cenar fué cuando supieron los pensionistas la triste nueva.

Entónces se conoció lo que Rollin era amado. Desde que se supo con certidumbre que habia salido del colegio para no volver á él, no hubo más que lágrimas y sollozos. El recreo que siguió á la una no fué recreo. Nadie jugó. Los discípulos, dispersos por el patio, se paseaban tristemente vertiendo todos lágrimas como si hubieran perdido un padre.

Rollin se retiró á un barrio solitario, en que habia comprado una casa, que habitó hasta la muerte.

Esta desgracia, léjos de reducirle á la inaccion, le abrió una carrera más vasta. Desde que cesó en la direccion de su colegio, fué para todos los otros un bienhechor y un maestro, inspirando á los profesores encargados de instruir á la juventud los sentimientos que le animaban: tal es el fin de la excelente obra que compuso sobre la instruccion pública y que se designa ordinariamente bajo el título de *Tratado de los estudios*.

Bajo el mismo pensamiento compuso luego otras dos obras muy dignas de consideracion, sobre la historia antigua y sobre la historia romana.

Estos inmensos trabajos no le distrajeron nunca del cumplimiento de sus deberes religiosos, que llenaba con fervor extraordinario, y vivia en el seno del estudio y de la amistad hasta más de los ochenta años, siendo hasta su último dia el más virtuoso, el más amable, el más dichoso de los hombres.

## CAPÍTULO XXXI.

## ULTIMO CONSEJO.

Al terminar este opúsculo, faltaria á mi deber si no añadiera un último consejo sobre los medios de conservar, en medio de las contrariedades inherentes á vuestra profesion, la paz del alma, y por consecuencia, la dicha.

Implorad todas las mañanas el socorro de la misericordia divina; pedíos todas las noches una rigurosa cuenta de lo que hayais hecho durante el día, no os dispenseis jamás el cumplimiento de este doble deber.

Todas las mañanas tambien, antes de empezar vuestro trabajo, decíos: «Voy á ponerme en relacion con niños, es decir, con seres naturalmente ligeros, inquietos, indóciles, dispuestos á la ingratitud y á la mentira.» Si estais bien penetrado de semejante pensamiento, los defectos de vuestros discípulos no podrán causaros admiracion alguna; sus mentiras mismas, su misma ingratitud no turbarán vuestro espíritu: os ocuparéis con calma en instruirlos y en corregirlos, y no os irritaréis ni decaerá vuestro ánimo.

Así mismo, por lo que á los padres hace referencia, decíos: Las personas con quienes he de tratar son poco ilustradas; su amor propio las dispone fácilmente á la prevencion y á la injusticia: son gentes que me pagan ó por quienes se me paga, y creen bajo tal supuesto, que no se me debe más gratitud que la que quieran otorgarme.» Gracias á semejantes reflexiones, soportaréis con paciencia sus caprichos. Resistiéndooos á las exigencias inconvenientes ó injustas, conservaréis toda la tranquilidad de vuestra alma. Si vuestros servicios no son apreciados no debeis tener de ello estrañeza ni deberéis

quejaros. Diréis entónces: «Desearia que las cosas sucedieran de otro modo, pero es muy natural que pasen como pasan.»

Pondréis en Dios vuestra confianza, y Dios os dará fuerzas. Un hombre célebre, Winckelman, que fué algun tiempo maestro de escuela, y para quien estuvo erizada de espinas semejante profesion, se decia á sí mismo en sus más rudas pruebas, para calmar su alma agitada:

«¡Paz, corazon miol aun es mayor tu fuerza que tus males.»

—En fin, Anatolio, voy á presentaros el retrato del hombre digno de educar la juventud. He encontrado en los colegios semejante modelo; pero la mayor parte de los rasgos que le caracterizan pueden tambien honrar una enseñanza más modesta:

«Sin elevarse á la sublimidad de la ternura paternal, puede á lo menos un maestro aproximarse á ella.»

«Por una ilusion, que esta misma ternura hace comprender, cree ver en sus discípulos hijos suyos. Apasionado por los adelantos de estos, desgraciado por sus defectos, dichoso por sus progresos y virtudes, experimenta penas y alegrías semejantes á las de un padre.»

«Sea el que quiera el número de sus discípulos, cada uno de ellos es tan querido por él como si estuviera solo. Su inquieta ternura no cesa de interrogar el pasado, de vigilar el presente y de preparar el porvenir. Con tal que sus discípulos adelanten, son agradables para él los más penosos trabajos. La frivolidad de la infancia, el fuego de la juventud, léjos de apagar su ardor, vienen á ser entre sus manos elementos de buen éxito. Emplea sus esfuerzos segun el carácter de los discípulos; sabe destruir sus inclinaciones peligrosas, convirtiéndolas en buenos sentimientos.»

Trabaja sobre sí mismo tan asiduamente, como sobre los otros. Para que sus lecciones y sus ejemplos sean

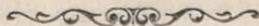
más útiles á sus discípulos, aspira siempre á obtener progresos nuevos en la carrera que estos sigan; trata de enriquecer constantemente el manantial que ha de proporcionarles instruccion, y de hacer más perfecta cada día el alma sobre la cual han de modelar la suya.

«La calma de que goza no está exenta de nubes. Las faltas de sus alumnos le persiguen hasta en su retiro, le agitan en sus paseos solitarios, interrumpen su sueño. Severo siempre para sí mismo, siempre indulgente para con sus discípulos, es él solo, frecuentemente, quien se acusa de los extravíos de estos. Se pregunta si con cuidados más asíduos no hubiera podido ahogar en un principio los defectos que le inquietan, si no hubiera tenido mayor docilidad con firmeza más exigente, mayor confianza con bondad más provista de indulgencia.

«Al placer de haber hecho el bien se mezcla siempre el dolor secreto de no haber podido llegar á aquel mejor que parece huir delante de sus esfuerzos. Jamás llegan sus discípulos á ser tal como su amor los desea. ¡Qué no pueda infundir en su alma, para inflamarlos, un amor inmenso al estudio y á la virtud (1)!»

---

(1) *Del amor filial.*





## APÉNDICE.

### Consejos para la direccion de una escuela, bajo el concepto de la educacion.

1. Podrán pareceros minuciosos algunos de los detalles en que voy á entrar sobre la manera de dirigir la clase, bajo el concepto de la buena educacion de los niños; sin embargo, os exhorto á que no los descuideis. Todo es importante en educacion; y aunque algunas de las prescripciones que os voy á dar no sean capaces de proporcionaros sino ventajas muy ligeras, tened presente que muchas ventajas pequeñas reunidas forman una grande.

Voy á tratar detalladamente esta cuestion:

¿Qué se debe exigir á los niños de una escuela en provecho de su educacion?

Reflexionándolo maduramente, reconocereis conmigo que la primera cosa que el Maestro debe exigir de sus discípulos, es la obediencia.

#### De la obediencia.

2. La obediencia es el principio de toda virtud en los niños, así como la aplicacion lo es de todo buen éxito en los estudios. La obediencia, por sí sola, puede pro-

ducir la buena conducta. Todo hombre, en el curso de su vida, debe saber obedecer á la ley, á sus superiores, á la necesidad: pero no puede aprender á practicar esta virtud y á amarla sino en la niñez, y es sobre todo en la niñez cuando tiene necesidad de ella.

Ser *obediente* significa ejecutar con prontitud y sin repugnancia lo que legítimamente se nos mande, aun cuando nos sea penoso. A esto es á lo que un buen Maestro debe esforzarse á habituar á sus discípulos. De otro modo estará obligado incesantemente á excitar, á reprimir y á castigar; perdiendo así el tiempo, distrayéndose el Maestro y los discípulos de sus ocupaciones, perdiendo mucho en tranquilidad y en bienestar, y saliendo, por consecuencia de todo esto, perjudicada en alto grado la instruccion.

3. A fin de habituar á nuestros discípulos á la obediencia, no debeis exigir de ellos nada que no sea razonable y útil. Y por consecuencia, no debeis multiplicar las prescripciones que les impongais. La multiplicidad de mandatos y de prohibiciones no hace otra cosa que embarazar á los niños y confundirlos, haciéndoles unos que se olviden de los otros. La prohibicion que no es necesaria subleva los ánimos; porque se figuran muchas veces que no se les manda con otro fin que el de que sientan su dependencia, haciéndoles comprender que el que manda es su Maestro; y este pensamiento los descontenta, disponiéndolos á la desobediencia.

Antes de que prescribais cosa alguna á vuestros alumnos, reflexionadlo con detencion y preguntaos á vos mismo: «¿Produce alguna utilidad lo que voy á exigir de mis discípulos? ¿es oportuno el exigirselo?» y determinad despues, segun el resultado de semejantes reflexiones.

4. No deis jamás una orden que sea para vuestros discípulos de muy difícil cumplimiento. Todo se pierde muchas veces cuando median exigencias exageradas. Los niños se desaniman y concluyen por abrigar odio,

contra vos y por no escuchar vuestras amonestaciones. Antes de mandarles que hagan ó que eviten alguna cosa, reflexionad pues, sobre la mayor ó menor facilidad que han de tener, en obedeceros.

5. Cuando una prescripcion os parezca útil, oportuna y de una ejecucion fácil, expresad vuestra voluntad en términos claros y precisos, con calma y en tono grave pero firme. Por ejemplo: «Hagan Vds esto.—Dejen Vds. eso.—Estén Vds. quietos.» Tened presente que no debéis mandar nada con aire de importancia, ni en tono arrogante ni pedantesco. Así ordenando y prohibiendo, como en todo cuanto hagais, dad ejemplo á vuestros discípulos de urbanidad y buenas maneras. Guardaos de contraer esos hábitos imperiosos, y á la vez vulgares, que caracterizaban tan frecuentemente á los Maestros de otro tiempo, imprimiéndoles el sello de un ridículo indeleble.

La delicadeza exige la abstencion de aquellos términos que hagan sentir vivamente que sois vos el que mandais. No digais pues: «Yo os ordeno, y os mando;» sino «yo os recomiendo, os digo,» ó bien, «yo os pido.»

6. Cuando hayais mandado alguna cosa en conformidad con las reglas que acabo de daros, mantened vuestra prescripcion, y en tanto que subsistan las circunstancias que la hayan motivado, exigid que se observe. Porque si cambiais fácilmente de voluntad sin que haya causa para ello, ¿cómo quereis que vuestros discípulos os obedezcan con confianza? Lo prescrito una vez debe ser observado como inmutable regla, asi por vos como por vuestros discípulos, en tanto que nuevas circunstancias ó vuestras propias reflexiones no os obliguen á derogarlo.

No es inútil recordar algunas veces lo mandado, á fin de evitar el que los niños, en virtud de su natural ligereza, lo puedan olvidar: «Recordad que está prohibido el... —No olvidéis que os tengo recomendado el...» Así es como evitareis muchos pretextos de desobediencia: porque

el niño se excusa frecuentemente diciendo (sea verdad ó no lo sea): «No pensaba en eso; lo habia olvidado.»

7. Sed siempre, y sobre todo al principio, muy celoso en hacer que se ejecuten vuestras órdenes. Este pensamiento: «El Maestro no repara si ejecuto ó no lo que me ha mandado,» excita ya al niño á la desobediencia.

Explicad algunas veces á vuestros discípulos, especialmente á los mayores, los motivos de vuestros mandatos. Y digo *algunas veces*, no queriendo aconsejaros que lo hagais siempre, porque habria casos en que seria inoportuno y aun inútil; y añadido á los *mayores*, porque cuanto más jóvenes son los niños, más pueden y deben, por todos estilos, ser conducidos por una obediencia ciega; en tanto que, cuanto mayores y más razonables sean, tanto más difícil y aun injusto seria el exigir de ellos una obediencia semejante.

Cuando os llegue un nuevo discípulo, aprovechad los primeros dias para acostumbrarle á la obediencia. Es un abuso perjudicial, admitido principalmente en las escuelas de Alemania, el dejar á los recién venidos completamente libres para hacer lo que quieren durante los ocho ó quince primeros dias. «Esto es, se dice para poder conocer su carácter: para hacer más agradable el principio del camino, siempre penoso de la vida escolar.» Pero estas son muy malas razones. El buen orden de la clase y el mismo interés de los niños exigen que desde luego los acostumbreis á observar las reglas establecidas.

### El orden y el silencio.

8. En todos los estados, en todas las condiciones, en toda ocupacion, nos proporciona el orden tales ventajas, que nunca será temprano para empezar á acostumbrarse á él. Se dice con mucha frecuencia que el orden, en cualquier trabajo, hace la mitad de la tarea; y nada hay más cierto. Por el contrario, el desorden en las ocupaciones y en los negocios produce la confusion en nuestro espíritu,

nos hace estar descontentos de nosotros mismos y nos quita mucha aptitud para lo bueno.

Esmeráos, pues, en mantener un orden perfecto entre vuestros discípulos; y vos mismo, con semejante intencion, observad en vuestra enseñanza cierto orden, y nunca dejéis de guardarle sin motivo. Siempre es perjudicial el seguir una marcha en las lecciones de un dia, y otra distinta en las del siguiente. Es muy ventajosa la regularidad; ya por sí misma, ya por las ideas de orden á que habitúa el espíritu de los niños.

9. A fin de acostumbrar á vuestros alumnos al orden que es debido, exigid que concurren siempre á la clase ántes que el reloj que señale la hora, ó la campana por cuyo medio se les congregue, haya concluido de sonar; y que al aproximarse á la casa de la escuela, se abstengan de dar gritos y de todo juego ruidoso.

Vigilad para que no medien entre ellos disputas ni habladurias, y para que observen el más profundo silencio.

No permitais que, cuando un niño sea preguntado, responda otro en su lugar y sin haberlo exigido; que los discípulos apunten la respuesta ó la leccion á los que tienen inmediatos, pues este abuso, uno de los más arraigados en las escuelas mal dirigidas, es uno de los mayores obstáculos para el progreso de los niños; que muevan la cabeza, los piés, las manos; que tengan estas bajo las mesas, pues son abusos que no debeis sufrir bajo ningun pretexto.

Exigid que no entren en la clase bruscamente y con un aire de indiferencia ó distraccion, y que no salgan tumultuosamente y apretándose unos á otros; sino que entren con aire modesto y que salgan con tranquilidad y con orden.

Cada uno debe ir provisto de los objetos que le sean necesarios, colocar sin ruido sus libros y su gorra en el sitio correspondiente, y ponerse luego en su lugar.

Semejante orden no es difícil de establecer ni penoso

de observar sino durante los primeros dias ; luego que los niños se acostumbran á él, se conforman fácilmente y casi sin pensar , siempre que el Maestro no omita la debida vigilancia.

Hay autores que aconsejan que no se permita á los niños el jugar en la sala de la escuela ántes ni despues de la clase, á fin de que la idea del silencio y del órden venga á ser inseparable para ellos de la del local donde reciben la enseñanza, convirtiéndose este así á sus ojos en un verdadero santuario que no es permitido profanar.

10. Es de la más alta importancia, á fin de prevenir todo desórden , el que vos llegueis á la escuela ántes que los niños.

Deben ser muy raras vuestras ausencias de esta, y tan cortas como sea posible. La presencia del maestro es necesaria para el buen órden. En caso de absoluta necesidad, un discípulo más adelantado que sus compañeros, en edad y en juicio, podrá encargarse de la vigilancia por espacio de dos ó tres minutos; pero si se le deja por más tiempo á la cabeza de la clase, se difundirá el desórden bien pronto.

Hacen muy mal los maestros que depositan en un niño, durante más ó ménos tiempo, la vigilancia de la clase: no saben ellos el abuso que tal vigilante , rara vez imparcial, puede hacer de su autoridad, abuso que ocasionará una gran pérdida de tiempo para hacer las pesquisas necesarias y asegurar la verdad de las relaciones que se hayan hecho, viniendo á resultar así mucho tiempo que, debiendo haber sido bien empleado, se ha perdido inútilmente ; y que se ha producido por semejante causa más desórden que el que se ha tratado de impedir.

11. A fin de mantener vuestra clase en un órden perfecto, no admitais jamás esos niños muy jóvenes, cuyos padres no los envían á la escuela sino para desembarazarse de ellos. Os será imposible suministrarles los cuidados que necesitan sin descuidar la buena direccion de

vuestra escuela, y serán causa, por otra parte, de muchas distracciones y desórdenes.

#### Aseo.

12. Cuidad mucho de que los niños no se ensucien á propósito sus vestidos y de que los conserven limpios la mayor parte del tiempo posible; que se laven bien las manos y la cara; que se peinen cuidadosamente, y que no concurran á la escuela con ropas desgarradas ó descosidas: puede tenerse limpia la blusa que sea más pobre; los padres mismos, en la indigencia, pueden peinar á su hijo ó cuidar de que él se peine. No se necesita para todas estas cosas sino un poco de tiempo, de buena voluntad y de agua. Sed, bajo este concepto, en extremo exigente, y obtendréis sin duda alguna cuanto llegueis á exigir; el niño á quien hayais dirigido observaciones, primero en particular, y luego en público, sobre la negligencia que se tiene en su cuidado, las repetirá á sus padres; las repetirá con muestras de disgusto, y aun llorando; y como temerá que se le humille delante de sus compañeros, como es muy probable que estos mismos compañeros, dóciles á vuestra voz rehusen jugar con él mientras no se presente perfectamente limpio, obligará á sus padres, por decirlo así, á que hagan lo que bajo tal concepto hayais prescrito.

Entónces vos, por vuestra parte, felicitadle por semejante mejora; excitad á sus camaradas á que se aproximen á él y obrad de modo que sienta y haga sentir á sus padres las dichas consecuencias de este cambio: no será él solo quien adquiera gusto en el aseo, sino que hasta aquellos llegarán á adquirirle.

13. Debeis entender bien que no se trata aquí de la elegancia, sino del aseo. Los andrajos más miserables, cuando se arreglen bien y estén bien limpios, deben ser tan bellos á vuestros ojos como los trajes de capricho con que la señora principal del pueblo quiera adornar á los hijos que os envía. Tened mucho cuidado, al hablar

del desaseo, de no dejar se os escape una sola palabra que, mal interpretada por los niños, parezca dirigirse á la miseria. Vos mismo no debeis ver ni aun querer averiguar si son finos ó groseros los vestidos de vuestros alumnos, si están ó no remendados; no distinguiréis sino dos especies de trajes, los que están en orden y los que no lo están; y lo estarán indudablemente todos, gracias á vuestra perseverente voluntad, así como perfectamente peinadas todas las cabezas, exactamente lavadas todas las caras y manos, y los calzados limpios.

14. Es indisculpable que haya Maestros descuidados en punto tan importante, y crean que les basta dirigir á sus discípulos algunas advertencias generales, fiados en que los padres harán las demás. Olvidan estos maestros que se les encarga la educacion de los niños así como su enseñanza, y que los hábitos de limpieza constituyen una parte esencial de la educacion.

Si hay en vuestra Escuela algun niño que haya tenido la desgracia de perder á su madre, redoblaeis para con él la vigilancia por lo que respecta al aseo, porque es muy raro que á una madre se la reemplace bien en esta especie de cuidados.

Los niños atacados de una enfermedad contagiosa ó de un mal que sin serlo, provoque un sentimiento de repulsion ó disgusto, deben dejar de concurrir á la Escuela hasta que estén curados.

#### Modestia (4).

15. Es la modestia la salvaguardia de la inocencia: los hábitos de decencia y de modestia contraídos desde la más tierna infancia, preservan mucho más á los jóvenes del desorden que lo podrian hacer las lecciones y los consejos.

Deben ser vigilados los niños, bajo tal concepto, con extremo cuidado; carecen naturalmente de la idea de de-

(1) La palabra *modestia*, en este artículo, significa la *decencia exterior*, signo de la *pureza interior*.

ciencia exterior, puesto que ignoran lo que es vicio; es preciso pues dirigirles al objeto severas prescripciones, y hacerles contraer estos hábitos que vienen á ser más tarde como una barrera y un insuperable obstáculo que se oponen á las peligrosas seducciones de los sentidos.

Dan á la niñez una maravillosa gracia la inocencia y la modestia: las dichosas cualidades de la primera edad se mantienen por ellas hasta la adolescencia en toda su pureza; más quien ha perdido la modestia y la inocencia corre rápidamente á la pérdida total de las costumbres.

Vigilad pues con esmero sobre este punto, y cuidad de que conserven los niños esa pureza exterior que es verdadera imágen de la del alma.

46. No llameis la atención de vuestros alumnos sobre una falta que alguno de ellos por descuido haya podido cometer contra la modestia: reprendedle particularmente; y si la falta se ha cometido en público, castigadla con un aire de desprecio y de disgusto. Obrareis así con más acierto que si reprendiérais ó amenazárais.

47. Hablad poco en general de lo que pueda herir la modestia; pues al lado de la ventaja de preservar la inocencia está el peligro de abrirle los ojos. Os lo repito, haced que vuestros discípulos contraigan buenos hábitos: he aquí la sola cosa importante sobre este particular. Entendeos al objeto con los padres, y obtened que adopten en el hogar de las familias todas las precauciones que reclaman la conservación de una virtud tan importante, y si los padres se os presentan algunas veces un poco indiferentes bajo tal punto de vista, contad con que sereis secundados por las madres con todo su poder.

48. A un niño que cometa algunas faltas contra la decencia exterior, no le consideréis desde luego como inmodesto y corrompido; pues hay por parte de los niños muchas cosas que no significan absolutamente nada, á causa de su misma inocencia y de su ignorancia. No

creais fácilmente en el mal ; pero sed muy celoso en prevenirle , é impedid cuidadosamente que tales faltas degeneren en hábito.

Os renuevo aquí la recomendacion de no permitir jamás que los niños tengan sus manos bajo la mesa. No consintais nunca que una seccion de la clase pueda ocultarse de vuestra vista cuando deis leccion á otra.

Siempre que sea oportuno, dad á vuestros discípulos esta leccion: «No hagais ni digais jamás nada , estéis solos ó con vuestros compañeros, que no podais repetir á vuestros padres.—Dios lo vé todo.—Dios vela sobre vosotros y lee en el fondo de vuestros pensamientos.»

### Complacencia.

19. La falta de complacencia y de espontaneidad en servir á los otros, reconoce su principio en el egoismo; vicio perjudicial que es preciso desarraigar muy pronto del alma de los niños.

Debe ejercitárselos en lo posible en que sean complacientes y serviciales: las ocasiones que para esto se presentan en la escuela son muy raras ; pero se pueden encontrar, y la habilidad del Maestro dará ocasion á que las haya. Un niño , por ejemplo , puede prestar gustoso su libro á otro ; un discípulo puede corregir las faltas que en su tarea cometa un compañero, y enseñarle, con permiso del maestro, á aprender mejor su leccion.

Podréis recomendar á los mayores el que acompañen á la casa á sus vecinos más jóvenes, vigilándolos por el camino; y excitarlos á visitar á un compañero enfermo, á hacerle compañía, á rendirle algun servicio.

20. Insisto sobre esta amable cualidad , de que los niños tienen el gérmen, pero que el desacertado orgullo de los padres ó la irónica necedad de sus compañeros suele ahogar con frecuencia: «Por qué haces eso por él? Eres tú su criado?... ¡Vaya! deberías avergonzarte! Si le ayudas otra vez á recoger en el campo su ganado, ¡ya verás!...»

¿Se hablaría y se obraría de otro modo teniendo decidida intencion de dañar el corazon de los niños?

A vos es á quien toca reparar ó prevenir este mal, aprovechando en la escuela cuantas ocasiones se os ofrezcan de hacer á los niños serviciales y complacientes los unos para los otros.

24. En cuanto á los servicios que os podrian rendir á vos mismo, no los acepteis sino en muy raras ocasiones, y, sobre todo, no permitais que por vos hagan nunca un trabajo que sea útil á vuestros intereses ó á vuestra casa.

### Cortesía.

22. No es preciso exigir de los niños una cortesía esmerada; pues no adquiririan semejante cualidad sino á expensas de la sencillez y de la franqueza, cualidades infinitamente más preciosas; pero si es preciso:

1.º Inspirarles el sentimiento de la verdadera cortesía, de la cortesania del corazon, que consiste en preferir los otros á sí mismo, y en procurar serles agradable;

2.º Enseñarles esas maneras exteriores que son el signo de los sentimientos interiores, y sin las cuales un niño pasaria por grosero y por mal educado, aún cuando en sí mismas no tienen importancia alguna: saber, por ejemplo, á propósito de saludar, descubrirse, tenerse de pié.

3.º No permitir entre ellos expresiones groseras, injurias, ni contradicciones insultantes; exigir que se llamen los unos á los otros, por sus verdaderos nombres de familia ó por sus apellidos, y nunca por motes, á lo menos en clase, y sobre todo, donde quiera que vos estéis.

23. Dadles ejemplo de cortesía, habladles siempre con dulzura y sin nada de familiaridad; que jamás salga de vuestra boca un término injurioso. Decir á un discípulo: «Vd. no sabe nada, Vd. no estudia,» es una reprehension y un aviso; pero decirle: «Es Vd. un borrico,»

es una grosera injuria, que hace reir á los niños á expensas del discípulo insultado, y que les enseña á ser duros y crueles.

### Sinceridad.

24. No hay defecto más frecuente entre los niños que la mentira, ni otro tampoco que ofrezca á su educación mayor obstáculo.

Los niños, por regla general, no mienten por el sólo placer de mentir, pero puede haber algunos sin embargo que hayan contraído tan deplorable manía; sobre todo, en alguna de nuestras provincias meridionales, donde hay muchas personas que del mentir hacen un juego y donde pasa como un proverbio que es permitida la mentira cuando no perjudica á nadie. No os aconsejo que repuleis como indignas mentiras esos juegos de una imaginacion desordenada; mostrad únicamente que os inspiran aversion ó desprecio, y que experimentais por los que se las permiten una compasion mezclada de alguna desconfianza. Es muy probable que con conducta tan sensata y prudente contribuireis mucho á desarraigat, en las personas con quienes estéis en relacion, esa detestable falta.

25. En cuante á la mentira propiamente dicha, es un vicio muy grande, que va mezclado á todos los demás. Es preciso que la combatais con todas vuestras fuerzas, pero sin debilitar por la exageracion el efecto de vuestras palabras. No digais á los niños como con frecuencia y muy poco á propósito se les dice, que es *peor un embustero que un ladron*. En primer lugar, esto, lo sabeis muy bien, no es verdad: el niño que, por librarse de un castigo, dice que ha dejado olvidada en su casa una copia que no ha hecho, y aun que va en su mentira mucho más allá ó mienta más gravemente, no será por cierto tan criminal á vuestros ojos como un ladron, y no es bueno mentir para apartar á vuestros discípulos de la mentira. En segundo lugar: cuan-

do hablais vos así, el niño, en el fondo de su corazón no os cree, no puede creerlos; pues su razón, por muy débil que sea, se subleva contra vuestro exagerado juicio; resultando, como consecuencia natural, que perderá mucho de la confianza que debeis inspirarle; ya porque os atribuya interiormente opiniones exageradas, ó porque crea vuestro lenguaje poco sincero. En fin: el horror que debe inspirar el robo, y la infamia que debe atribuirse al nombre de ladrón, se debilitan necesariamente con tan imprudentes comparaciones.

Dejad pues las cosas tales como son: no citeis, á propósito de la mentira, ni al ladrón ni al asesino: sino mostradle este defecto tal y como es, es decir, como una falta vergonzosa en su principio y peligrosa en sus consecuencias, que, cuando degenera en costumbre, deshonra á quien la usa é impide que se le crea, aun cuando diga la verdad.

26. No serán muchos nunca cuantos esfuerzos hagais para acostumar á los niños á ser sinceros: sin esto, será imposible su buena educación. Porque ¿cómo podreis dirigir con inteligencia y con buen éxito á quien no conocéis? ¿Y cómo podreis conocer á quien os miente?

Los niños, en general, tienen un recurso en la mentira para ocultar sus faltas, su ignorancia, sus malas intenciones, así como también para obtener lo que desean ó librarse de lo que temen.

Hay dos clases de mentiras: una referente al pasado, y otra al porvenir. Tiene lugar la primera cuando se niega lo que se ha hecho, cuando se afirma haber hecho lo no efectuado, ó, en general, cuando á sabiendas se habla contra la verdad de las cosas. Y tiene lugar la otra cuando se promete lo que no hay designio de cumplir, cuando se manifiesta una intención distinta de la que en realidad se tiene.

27. Esta segunda especie de mentira, muy común por desgracia entre los hombres, es rara entre los niños.

Y no porque dejen de faltar con frecuencia á las promesas que han hecho y á las intenciones que han manifestado: sino por ser hijas semejantes faltas de olvido, ligereza ó debilidad, mucho más que de propósito deliberado: cuando ellos prometen, es con intencion de cumplir; por consecuencia, son sinceros. Lo que les falta en este caso no es sino firmeza para permanecer fieles á sus buenas resoluciones; pudiendo suceder tambien que no hayan comprendido, al ofrecer, aquello á que se comprometian; pues no tienen, en general, sino una idea muy vaga de los obstáculos que se pueden oponer al cumplimiento de una promesa y de los esfuerzos que se necesitarán para vencerlos. Su razon, poco formada aun, basta apenas á las necesidades del presente: ¿Cómo podrá ilustrarles sobre el porvenir? Esto es lo que no comprenden muchos padres imprudentes que á cada instante exigen de un niño promesas que le comprometen á lo que no sabe. Es una verdadera manía de parte de los padres, y con ella dan lugar á que puedan los niños disculparse de no cumplir lo que prometen. En vez de obrar con firmeza cuando un niño comete una falta de esta especie, y de velar sériamente para que ésta no se repita, se prefiere exigirle promesas que no puede rehusar, que él da muy contento para salir de apuro, y que pasados dos ó tres dias se han de olvidar. Se satisface al mismo tiempo con esta manía la que se tiene de ser indiscretos con los niños, cambiando con ellos un diluvio de palabras inútiles, y haciéndoles, en virtud de ella, contraer un hábito que no puede sino serles muy funesto en el curso de la vida; pues se les acostumbra á contratar haciendo promesas, dadas al azar, y á profanar la santidad de los compromisos, mucho tiempo ántes que la ley los reconozca aptos para contratar.

28. No imitaréis vos á estos padres imprudentes; no exigiréis promesas sino de aquellos de vuestros discípulos que sean ya bastante razonables para conocer la im-

portancia de aquellas, y si llegan á faltar no les acusaréis por esto de mentira: porque es preciso aplicar á cada falta el nombre que le conviene, y no dar á una debilidad el nombre de un vicio; si fueron sinceros al hacer la promesa, no han mentido cuando despues la han echado en olvido, han tratado de eludirla, ó aun la han violado.

En este último caso, sin embargo, la cosa es grave, siempre que el niño haya comprendido bien lo que ha hecho. Importa, pues, que le expongais lo menos posible á semejante peligro.

Es un grande error el obrar con un niño como se obraría con un hombre, y el decirle por consecuencia: «Me habia V. dado su palabra, y debí contar con ella.» El niño no tiene todavía lo que se llama una palabra. Poneos en su lugar, en vez de suponerle en el vuestro, y no achaqueis á sus determinaciones una importancia que no tienen.

No quiero decir con esto que el niño jamás falte bajo tal sentido, ni que dejen de exigirsele ni aceptársele sus promesas; sino que se debe usar de este recurso sólo en ocasiones muy raras, con muchas precauciones, sin dar realmente á sus promesas una importancia muy grande, y sin tratarle de embustero cuando las olvide.

29. En cuanto al juramento, no creo yo que haya en el mundo un Maestro bastante insensato para permitir á un niño que profiera uno sólo: si esta frase *yo os juro* saliera espontáneamente de su boca, es indispensable que sobre la marcha se le haga retractar. Un juramento, en la boca de un niño, es casi un sacrilegio.

30. Y volvamos á la mentira propiamente dicha, esto es, á la que consiste en hablar á sabiendas contra la verdad de las cosas.

El niño está muy dispuesto á creer que una mentira alegada al Maestro, para evitar las consecuencias desagradables de una falta, es excusable, y aun á aplaudirse interiormente de ella, como de un triunfo obtenido por la astucia sobre la fuerza.

Fórmase tambien algunas veces un espíritu detestable, uniéndose los niños entre sí para ocultar al Maestro la verdad. Léjos de ruborizarse por los vergonzosos resultados de esta falta, se vanaglorian entre sí, llamando atrevidamente las cosas por su nombre. Asi dicen: «¡Cómo le he atrapado! ¡Qué bien le he mentido!»

Puede suceder aun (y este es el exceso del mal) que la mentira, en vez de ser un recurso sugerido por la necesidad de las circunstancias, venga á ser hija de un cálculo premeditado. Pueden concertarse para hacer una cosa que les está prohibida, combinar entre sí anticipadamente la mentira que ha de sacarles de su apuro, y preparar respuestas para cuantas preguntas puedan dirigírseles. Los mejores discípulos entónces movidos por el espíritu de compañerismo ó por la ocasion, forman parte del complot. Una cosa parecida es la que S. Agustín nos refiere con motivo de una falta grave cometida por él y sus camaradas, en una edad más próxima á la juventud que á la infancia: «¡Oh amistad enemiga! dice á este objeto, ¡oh seducción inexplicable! Se oye decir: vamos, hagamos esto, y se tendria vergüenza de no hacer lo que es realmente vergonzoso!»

Tales son los niños, y no es posible cambiarlos. Es, pues, de la mayor importancia el impedir que este mal espíritu se introduzca en la clase, y, por lo tanto, combatir la mentira desde su origen, ó mejor aun prevenirla.

31. Nada por regla general que anime más al embustero que el buen éxito. Para que el espíritu de mentira no se introduzca en vuestra escuela, importa mucho que no tenga lugar ninguna sin ser descubierta y castigada.

Y llegaréis á obtener semejante resultado, si no cesais, por una parte, de vigilar á los niños como es debido, y si manteneis, por otra, buenas relaciones con las personas del pueblo, y sobre todo con los padres de familia.

En efecto, el remedio se encuentra colocado cerca del mal. Esa misma ligereza que hace á los niños tan prontos

para mentir, les hace ser al mismo tiempo indiscretos é imprudentes. Es en extremo raro que sepan ser reservados con todo el mundo sobre las cosas que hayan disimulado ó desfigurado en las conversaciones que con vos hayan tenido. Ellos las contarán con todos sus detalles, sea á sus hermanos y hermanas, sea á sus compañeros, sea á otros; la cosa acabará por llegar á oídos de alguna persona razonable y ésta no tendrá, en contárosla, dificultad ninguna : porque existe dichosamente entre las personas sensatas una especie de vínculo contra los defectos y vicios de los niños ; y como en las localidades pequeñas no hay personas que no los conozcan á todos por sus nombres, tienen los parientes ocasiones continuas de encontrarse, nada se os escapará ; todavía se irá delante de vos en semejantes cuestiones, si se ve que estais dedicado sincera y vivamente á vuestros discípulos y al cumplimiento de vuestro deber.

32. Os recomiendo, por otra parte, que seais en extremo prudente bajo tal concepto, y que no induzcáis á los niños á mentir.

Quando sospecheis que un niño ha de tener repugnancia á hacer os algunas manifestaciones, no la soliciteis, á ménos que no os sea de indispensable necesidad el obtenerla.

Si ésta necesidad existe, estudiad bien ántes, para el caso de que el niño mienta, los medios de que podeis valeros para convencerle de su mentira.

Guardaos muy bien de preguntarle con tono y gestos que le hagan temer algun peligro si confiesa la verdad.

No entreis bruscamente en materia, no le apostrofeis con rudeza, diciéndole : «¿ Ha hecho V. esto?» Sino preparadle para la confesion de sus faltas testimoniándole vuestro afecto y haciéndole comprender las funestas consecuencias que originaria una mentira.

Preguntas bruscas y poco meditadas, un aire severo, una voz amenazadora, son causa con frecuencia de que

se incurra en mentira y de que á la principal sigan muchas otras.

33. Puede llegar el caso de que se haya cometido una falta grave, y de que, para descubrir la verdad, no conteis absolutamente con ningun otro medio que el de recurrir á la sinceridad de vuestros discípulos.

¿Qué deberéis hacer entónces?

La impunidad es un gran mal : la mentira es un mal mayor aún. Soy de opinion, en este caso, que si no tenéis la certidumbre de obtener respuestas sinceras haréis mejor en no dirigir preguntas. Hay ocasiones en que os costará mucho tal reserva ; pero si no contais con la fuerza necesaria para imponeros, no haréis mas que provocar á los niños á que mientan, sin la esperanza de descubrir lo que quereis. Es mucho mejor, en este caso, disimular vuestro descontento, y tomar vuestras precauciones para el porvenir. Fiad en la indiscrecion y en el aturdimiento de la niñez. Más pronto ó más tarde, sin duda alguna, descubriréis la verdad.

34. Cuando se acuse un niño con espontaneidad y franqueza de una falta, ó cuando responda á vuestras preguntas con sinceridad completa, no debeis castigarle á menos que no tengais justos motivos para temer que esta indulgencia, fundada sobre la sinceridad de la confesion, anime al niño á cometer nuevas faltas.

35. El medio más seguro de prevenir la mentira, es el inspirar á los niños confianza. Si están bien persuadidos de vuestro cariño para con ellos, de vuestra equidad, de vuestra fidelidad á lo que prometeis, de vuestra fraternal indulgencia, de vuestro deseo de evitarles todo disgusto y toda pena, así como tambien de vuestra incesante vigilancia y de vuestro inteligente celo por el descubrimiento de la verdad, si observais las reglas de prudencia que acabo de indicaros, será muy rara la mentira en vuestra escuela, y aun tal vez desconocida.

### Disciplina.

36. Conoceis las reglas generales de disciplina y su aplicacion á las escuelas de niños. Me creo, sin embargo, en el deber de llamar vuestra atencion sobre algunos puntos que no se observan con bastante rigor en todas partes.

Es preciso, en tanto que sea posible, que la disciplina se mantenga en virtud de una exacta vigilancia por parte del maestro y por los buenos hábitos que los niños hayan contraído, procurando que estos mismos cooperen á mantenerla, ya directa, ya indirectamente: directamente, cuando estén encargados por el maestro de tomar parte en la vigilancia; indirectamente, haciéndoles indicaciones en particular sobre la conducta de sus compañeros.

No trato de hablar de las circunstancias excepcionales que á un maestro prudente y celoso pueden obligar á salirse de las reglas ordinarias ni tampoco de la marcha regularmente seguida en una escuela mútua bien organizada. Pero si os digo: «Salvo estos casos que acabo de indicar, no delegueis jamás en un alumno parte alguna de la autoridad que ejercéis, ni escuchéis nunca acusaciones ni denuncias de boca de vuestros discípulos.»

37. Ocupémonos de lo primero que os he dicho, esto es, de no delegar jamás en un discípulo parte alguna de vuestra autoridad.

No razeis por induccion de lo que pasa en las familias, donde se encarga con frecuencia al primogénito de velar sobre los hermanos más jóvenes y de dar cuenta exacta de la conducta de estos á los padres. El espíritu de la familia no es el espíritu de la escuela: los deberes ó las afecciones de un hijo ó de un hermano no son los deberes y las afecciones de un escolar. Cuando se dice que una escuela es una familia, que el maestro es el padre, que los discípulos son hermanos entre sí é hijos del maestro, se hace uso de una bella y conmovedora

figura de estilo, de una comparacion agradable á la vez al espíritu y placentera para el corazón; pero es indispensable guardarse muy bien de tomar al pié de la letra semejantes expresiones. Debe ser la escuela en lo posible la imágen de la familia; pero la escuela no es la familia. Es indispensable por consecuencia no introducir en la una las costumbres de la otra.

Un padre, al salir, dice á su hijo: «Pablo, te dejo sólo con tu hermano pequeño; vela sobre él, y si hace alguna de las cosas que le tengo prohibidas me lo dirás á mi vuelta.» El padre, hablando así á Pablo y encargándole semejante comision, le realza á sus propios ojos; fortifica en él el espíritu de familia; le asocia al cumplimiento del sagrado deber de la educacion. Conoce Pablo instintivamente que su padre tiene el derecho de hacerse secundar por el más razonable de sus hijos en el gobierno de la familia; se reconoce honrado con la confianza que se le manifiesta, y la ternura fraternal no le consiente que abuse de su encargo.

Pero vos, maestro, decís á Pablo: «Hay al rededor de V. algunos niños perezosos: vigilélos, y si no estudian, adviértamelo V.» Con esto dais á Pablo una fatal leccion: exigís de él que se mezcle en lo que no le interesa, y le enseñais, con vuestro ejemplo, á descargar en otro el cumplimiento de un deber que uno por sí mismo ha de llenar. Comprende Pablo muy bien que no teneis el derecho de delegar en él vuestra autoridad; que de ningun modo está obligado, en conciencia, á aceptar semejante delegacion, y que, si se le envia á la escuela, no es para velar sobre la conducta de otro, sino para aprender á arreglar la suya de un modo conveniente. Y sabe por fin que, si tiene deberes como discípulo, también los tiene como compañero, y que no hace parte la vigilancia de los unos ni de los otros.

38. Por otra parte, si es preciso decirlo todo, no os disimularé que exponeis á Pablo. Si, por bondad de corazón ó por no perder su crédito de buen compañero, no cor-

responde bien al encargo que le habeis dado, le habréis inducido á que cometa una falta muy grave: habrá aprendido, gracias á vos, á abusar de la confianza y á hacer un juego de cosas serias.

¿Y si cumple mal vuestro encargo, en virtud de que se le haya seducido por algun pequeño regalo, por alguna promesa, ¿á qué le habeis expuesto?...

Quiero creer que no se mostrará nunca exigente ni injusto por animosidad, por malignidad ni por despecho; pero, en fin, ¿no puede pasar esto? Y así, por vuestras imprudencias, habrán hecho los niños en la escuela el aprendizaje del vicio.

Dejad pues á Pablo que se ocupe tranquilamente en su propia instruccion y en su conducta propia, sin encargarle que vigile la de otro.

39. Debo añadir sobre este punto, que no puedo aprobar la costumbre que se empieza á introducir en algunas escuelas, sobre todo en Paris, de llamar á los niños á decidir, por sus votos, sobre los premios que se han de dar á sus camaradas, y alguna vez sobre sus faltas y sobre el castigo que ha de imponérseles.

Por ninguna circunstancia ni por ningun motivo que sea, creo que es conveniente el sujetar á los niños á que voten. Esto no es sino una iniciacion de la vida política, es una risible parodia.

Esos tribunales de niños, de que habla Jenofonte en su novela moral de la Ciropedia, no han existido nunca sino en la imaginacion brillante de su autor; y en cuanto á esos que segun se dice, se han formado en Mettray, quiero creerlos útiles para un establecimiento de tal género; pero no es á las colonias penitenciarias á donde se debe ir á buscar modelos para la educacion de nuestros discípulos.

Sólo á la fuerza moral, sólo á la razon es á quien corresponde decidir sobre las recompensas, y á ella sola tambien el aplicar los castigos.

Los niños, dígase lo que se quiera, carecen de las luces necesarias para juzgarse perfectamente unos á otros, y para apreciar en las acciones el mérito ó el demérito,

Los niños tienen siempre necesidad de indulgencia. La bondad, de que son objeto continuamente debe reflejarse sobre ellos; la dulzura y el afecto son el encanto de su edad.

Concibo perfectamente que un niño trate de disculpar á su compañero y que pida gracia para él; pero que le juzgue y que pronuncie su castigo, eso no lo concibo yo. Hay en esto un trastorno de las relaciones establecidas por la naturaleza, que causa horror.

En cuanto á los premios, estableced esta costumbre de que los distribuyan los niños en escrutinio secreto, y veréis lo que resulta. Ya se ha dicho, hablando del discípulo coronado, como para manifestar el mérito de la recompensa: «Son sus mismos compañeros quienes le han juzgado el más digno.» ¡Hé aquí un grande honor para el maestro! ¿Es más glorioso el ser recompensado por los discípulos que por aquél? ¡Habrà sin duda en el Maestro ménos equidad ó menos luces! Oigo decir que *los niños se conocen perfectamente entre si...* Se conocen con la medida de su inteligencia, y segun la nocion muy confusa que tienen del bien y del mal. ¡Cuántas veces miran como estúpido á un discípulo de inteligencia superior! ¡Cuántas veces han llamado y aun llaman *hipócrita* á aquél cuya piedad es sincera, y *cobarde*, al que tiene valor de resistir á los malos consejos! ¡Qué indulgencia tienen hácia todas las inclinaciones á las malas costumbres, cuya gravedad no conocen ellos! ¡Qué naturales les parecen muchas veces la cólera, el rencor, la venganza! ¿No disimulan ellos nunca? ¿No mienten jamás? ¡Hé aquí jueces bien ilustrados, bien al abrigo de toda prevencion!...

40. Pero si no se debe de ningun modo asociar los niños al poder del maestro, invistiéndolos con las atri-

buciones de este , aun menos deben ejercer sobre sus determinaciones influencia alguna , haciéndole lo que se llama *confidencias*.

No debéis nunca (salvo en casos muy contados , que vuestra prudencia os indicará) provocar confianza de ninguna clase. Un Maestro irreflexivo echa mano á veces de este medio para la conservacion de la disciplina, y encuentra en él, efectivamente, un recurso momentáneo. Pero es preciso no emplear nunca aquellos remedios que producen más mal que bien ; y la delacion se encuentra en este número.

41. Sucederá frecuentemente que se os harán *confidencias* sin que vos las hayais provocado : porque hay niños inclinados á hacer semejantes relaciones , ya con la esperanza (muy ilusoria) de conciliarse la gracia del Maestro, ya por envidia , por ódio, por deseo de venganza ó por el placer de hacer daño , ya solamente por ligereza y por comezon de hablar.

Será mucho mejor, por lo tanto, que rehuséis absolutamente toda especie de acusacion, y que os lo propongais con tal firmeza, que ninguno se atreva á dirigíroslo.

Si creéis, sin embargo, que no os es posible obrar así en todas las ocasiones , y si teneis motivos para no rechazar una acusacion sin haberla oido , examinad cuidadosamente cual es la intencion que la ha dictado.

Si os parece que el niño obra movido por una causa vituperable , reprendedle con severidad y prohibidle que se dirija de nuevo á vos para semejante objeto. Si os parece , por el contrario , que su intencion ha sido buena y pura, no le alabeis ; no le reprendais tampoco; decidle que , habiendo obrado segun conciencia y con buena intencion , queda por aquella vez exento de reprehension , pero que hará muy bien , por regla general, en no permitirse acusacion alguna. Si, por ligereza y efecto de la imprevision naturales á su edad, os cuenta alguna cosa de que podia muy bien haberse dispensado de hablar , hacedle conocer su falta con dulzura.

42. El medio más seguro de mantener la disciplina en una escuela, no es escuchar acusaciones, sino el hacerlas inútiles por medio de una vigilancia exacta é incesante. Siempre reina el orden cuando los niños están seguros de que no pueden decir nada que el Maestro no oiga, ni hacer nada que no vea.

43. Para que los niños no puedan decir nada sin que vos lo oigais, mantened en la clase el silencio más riguroso.

No consentais pues, bajo pretexto de que se aprenden más fácilmente las lecciones, que los niños estudien en voz baja: sé que este ligero ruido de las voces anima en algun modo á los discípulos y les excita á estudiar mejor, pero se compra muy cara esta ventaja, porque padece el orden. ¡Cuántas veces un discípulo, con los ojos fijos sobre su libro, tiene el aire de repetir con aplicación y con ardor las palabras de su leccion, y no hace en realidad otra cosa que charlar con su vecino, que parece tan ocupado como él! Es preciso tambien no consentirles que muevan los lábios. Cuando hayan tomado la costumbre de estudiar mentalmente, aprenderán de este modo sin trabajo, y tan deprisa como del otro.

Para conservar el silencio, es bueno acostumbrarles á que no den sus lecciones en voz muy alta; pues á favor de una recitacion ruidosa, pueden muy bien establecerse conversaciones particulares.

Suele decirse, lo sé muy bien, que es preciso hacer hablar alto á los niños para fortificar su pecho y su voz. Estad tranquilo sobre este punto. Ellos hablarán bien alto en los campos, en las calles, donde quiera que se llamen los unos á los otros y donde se dediquen á cualquier juego animado.

Por otra parte, cuando el niño grita al recitar, pueden los que están cerca de él dirigirle indicaciones muy fácilmente, sin que el maestro se aperciba, lo que tiene la doble desventaja de mover á los discípulos á ser pere-

zosos, y de poner en ridículo al maestro: porque siempre es objeto de risa aquél á quien se engaña con frecuencia é impunemente.

No habéis vos mismo muy alto; mantened siempre vuestra voz en un justo medio, y escucháos siempre que habléis.

44. *Para que no puedan los niños hacer nada sin que vos lo veáis*, no debéis jamás apartar de ellos vuestras miradas.

Un maestro hábil oye por medio de los ojos tan bien como por el oído: conoce en las miradas, en el juego de la fisonomía, en movimientos imperceptibles para los demás, si los discípulos hablan, y aun si se disponen á hablar, si languidece su aplicacion, si su pensamiento se distrae. No solamente adivina todas las faltas que se cometen contra el orden, sino que va más léjos todavía: las previene. Porque el niño que se apercibe de que su maestro no le pierde jamás de vista, no piensa jamás en hacer nada mal hecho, no abandona el cumplimiento de su deber, sino cuando tiene la esperanza de que aquél no ha de apercibirse.

Os lo repito: es la fisonomía de los niños como un espejo, donde se reflejan todos los sentimientos que los ajita; ó, por mejor decir, es un libro en que un maestro hábil, puede leer todos los pensamientos de sus discípulos. Mas, para leer bien en este libro, es preciso no perderle nunca de vista.

45. Es, pues, de la más alta importancia que el maestro sepa de memoria cuanto hace recitar ó leer á sus discípulos, á fin de no verse jamás obligado á seguir por sí mismo, en los libros ó en los carteles, lo que ven ó recitan.

No dejan de encontrarse, en los colegios y demás establecimientos de enseñanza, algunos profesores que descuidan semejante precaucion. No saben nada de memoria. Inmóviles en su sitial, y con los ojos fijos sobre

el libro mientras que el discípulo recita, siguen á éste con una atención extraordinaria. Estos profesores quedan generalmente muy satisfechos de lo bien que los niños han sabido la lección. ¿Y cómo no estarlo? Todos los discípulos recitan perfectamente. Al uno le ayuda su vecino, apuntándole con tal destreza y con voz tan baja, que no es posible apercibirse de ello sino por el movimiento de sus labios; baja el otro los ojos al recitar, como para mejor recordar sus ideas, no haciéndolo realmente sino para consultar su libro que tiene un poco entreabierto; otros permanecen con los ojos fijos sobre el profesor, ó más bien sobre el sitial, donde se ha colocado hábilmente un papel en que está escrita la lección en gruesos caracteres, papel que con habilidad se quita después de la recitación. Y el maestro continúa imperturbable leyendo en su libro. Mientras tanto, hay discípulos que hablan en voz baja, y los hay que leen, si quieren, en un libro prohibido. Nada de esto sucederá, si el maestro sabe de memoria lo que se recita ó lo que se explica en su clase.

46. Os encargo, por igual motivo que no corriais en la escuela las copias ó ejercicios de composición á que sujetéis á vuestros discípulos; pues os veréis obligados á leerlas con mucha atención, para que no se os escape ninguna falta, y durante este tiempo, no podríais fácilmente vigilar la clase. Llevaos dichos escritos; corregidlos en vuestra casa, y advertid luego á vuestros discípulos sus faltas y sus omisiones.

«Esto, podrá decirse, es en extremo trabajoso! Saber de memoria cuanto se haya de recitar ó explicar! Corregir fuera de las horas de clase tantos ejercicios!» Pero ¿ignorais que la tarea del Maestro es infinitamente laboriosa? ¿Creeis que no debe á sus discípulos sino las horas de clase? ¿No sabeis que la mayor parte de su tiempo pertenece á estos?

47. Siguiendo los preceptos que os acabo de indicar,

llegaréis á establecer en vuestra escuela una exacta disciplina.

Debo añadir, sin embargo, algunas reglas particulares.

No concedais ningun favor, ningun privilegio, ninguna exencion especial á ningun niño, sea el que quiera, á no ser por razones de salud.

Señalad á cada discípulo y para cada cosa un sitio bien determinado; que nunca pueda haber quejas ni duda sobre tal particular.

No tengais tampoco juntos á dos ó más de vuestros discípulos, en los cuales hayais reconocido un carácter muy ligero, ó propio para que, mútuamente, se distraigan; separadlos y colocad entre ellos los discípulos más razonables.

No seais muy exigente, y sabed pasar desapercibidas esas ligeras faltas que no pueden producir ninguna mala consecuencia.

Reprimid, desde el principio, toda falta, por ligera que sea, que pueda degenerar en hábito ó producir consecuencias desagradables.

Acostumbrad á los niños á que no salgan con frecuencia de la clase: procurad que sus ausencias sean cortas, y no descuideis bajo este punto de vista ninguna de las precauciones indicadas por los reglamentos ó sugeridas por la prudencia.

No olvidéis que está prohibida toda especie de cambio, de don ó de venta entre los discípulos.

Añadiendo á estas prescripciones las que os tengo ya dirigidas sobre los hábitos de orden y de silencio que es preciso hacer contraer á los niños, tendréis una idea completa de cuanto á la disciplina es concerniente.

FIN.



# ÍNDICE

de las materias contenidas en la Direccion moral para los Maestros.

## PRIMERA PARTE.

### EL MAESTRO.

	<u>Páginas.</u>
Capítulo I.—Vocacion. . . . .	5
Capítulo II.—Preparacion. . . . .	8
Capítulo III.—Ventajas de las Escuelas Normales. . . . .	11
Capítulo IV.—Conducta que debe seguirse en la Escuela Normal. . . . .	14
Capítulo V.—Noviciado y principio en el ejercicio de la enseñanza. . . . .	18
Capítulo VI.—Eleccion de una Escuela.—Estabilidad. . . . .	21
Capítulo VII.—Amor á su profesion, primera cualidad del Maestro. . . . .	24
Capítulo VIII.—Opinion y conducta privada. . . . .	27
Capítulo IX.—Método de vida que conviene á un Maestro. . . . .	31
Capítulo X.—Relaciones del Maestro con las autoridades escolares. . . . .	34
Capítulo XI.—Relaciones del Maestro con las autoridades locales. . . . .	37
Capítulo XII.—Relaciones del Maestro con los padres de familia. . . . .	40
Capítulo XIII.—Relaciones del Maestro con el público. . . . .	44
Capítulo XIV.—Relaciones del Maestro con sus discípulos. . . . .	47
Capítulo XV.—El maestro en sus relaciones de familia. . . . .	51
Capítulo XVI.—Influencia del Maestro.—Uso que de ella debe hacer. . . . .	55
Capítulo XVII.—De los acontecimientos prósperos y de los adversos. . . . .	61

Capítulo XVIII.—Conveniencia de retirarse á tiempo.	65
---	----

## SEGUNDA PARTE.

### LA ESCUELA.

Capítulo XIX.—Celo.—Paciencia.	69
Capítulo XX.—Exactitud.	72
Capítulo XXI.—Bondad.—Severidad.	76
Capítulo XXII.—Estudiar el carácter de los niños.	79
Capítulo XXIII.—Inspirar confianza á los niños.	82
Capítulo XXIV.—Medios de animar á los niños para el cumplimiento de sus deberes.	88
Capítulo XXV.—Medios de rigor.	91
Capítulo XXVI.—Igualdad de ciudádanos á los discípulos.	95
Capítulo XXVII.—Sentimientos que deben inspirarse á los niños.	97
Capítulo XXVIII.—El Maestro debe hacer amable el estudio.	101
Capítulo XXIX.—Enseñanza.—Sistemas.	104
Capítulo XXX.—Modelos dignos de seguirse.—Gerson—Rollin.	108
Capítulo XXXI.—Último consejo.	113

### APÉNDICE.

Consejos para la direccion de una escuela, bajo el concepto de la educacion.	117
De la obediencia.	117
El órden y el silencio.	120
Aseo.	123
Modestia.	124
Complacencia.	126
Política.	127
Sinceridad.	128
Disciplina.	135

FIN.

LOS EVANGELIOS EXPLICADOS Y COMENTADOS

AL ALCANCE DE LA JUVENTUD

DR. PABLO PASCOAL DE BARRIO

Impreso en la imprenta de la Universidad de Chile

Valparaíso, 1900

El libro en 2.<sup>o</sup> de 250 páginas. Precio en cobre

12.00 en parte 1.<sup>o</sup> en parte 2.<sup>o</sup> en parte 3.<sup>o</sup>

Se vende en todas las librerías de Chile

En el extranjero por medio de los señores

JUAN BASTINOS É HIJO; EDITORES.

AÑO EVANGÉLICO PARA LAS NIÑAS

LOS EVANGELIOS EXPLICADOS Y COMENTADOS  
AL ALCANCE DE LA INFANCIA.

LIBRO Á PROPÓSITO PARA LEER EN LAS ESCUELAS  
LOS SÁBADOS POR LA TARDE PARA LA EXPLICACION DEL EVANGELIO  
DEL DIA SIGUIENTE,

POR

D.<sup>a</sup> PILAR PASCUAL DE SANJUAN.

REVISADO

Por el Rdo. Dr. D. Manuel Rodriguez,

Catedrático del Seminario Conciliar.

Un tomo en 4.º de 320 páginas. Precios: en rústica  
12 rs., en pasta 16, en percalina, corte dorado, con  
una magnífica plancha alegórica 20 rs.

Véndese en la librería de sus editores.